

La
BIBLIA
Popular

Filipenses

Colosenses

1 Tesalonicenses

2 Tesalonicenses

1 Timoteo

2 Timoteo

Tito

Filemón

Hebreos

Santiago

1 Pedro

2 Pedro

Richard E. Lauersdorf

La Biblia Popular

ROLAND CAP EHLKE

Editor General

ARMIN J. PANNING

Editor del Nuevo Testamento

G. JEROME ALBRECHT

Editor del Manuscrito

Hebreos

Richard E. Lauersdorf

EDITORIAL NORTHWESTERN
Milwaukee, Wisconsin, EE.UU.

Ilustraciones internas por Glenn Myers.

Derechos reservados. Ninguna porción de este libro puede ser reproducida, ni almacenada en ningún sistema de memoria, ni transmitida por cualquier medio sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabado etc., excepto por citas breves en artículos, sin permiso previo de la casa de publicaciones.

Todos los pasajes bíblicos son tomados de la Santa Biblia, versión Reina Valera Estándar 1995 [América Latina], derechos reservados.

EDITORIAL NORTHWESTERN
Milwaukee, Wisconsin
LOC # 00-132229

Tarjeta de la Biblioteca del Congreso 2002100796
Northwestern Publishing House
1250 N. 113th St. Milwaukee, WI 53226-3284
© 2001 por Northwestern Publishing House
Publicado en 2001
Impreso en los Estados Unidos de América
ISBN # 0-8100-1218-9

CONTENIDO

<i>Prefacio del Editor</i>	v
<i>Prefacio a la edición en español</i>	vi
Introducción a Hebreos	1
Cristo es superior en su persona es superior como la perfecta revelación de Dios (1:1-3).....	7
Es superior los ángeles (1:4-2:18).....	9
Cristo es superior a Moisés (3:1-4:13)	24
Cristo es superior en su sacerdocio es un sacerdote superior en idoneidad (4:14-6:20).....	43
Es un sacerdote superior en oficio (7:1-28).....	66
Es un sacerdote superior en santuario y pacto (8:1-13).....	82
Es un sacerdote superior en sacrificio (9:1-10:18).....	91
Acerquémonos a Dios con plena confianza (10:19-39)	115
Recordemos a los héroes de la fe (11:1-40)	128
Crezcamos en fe por medio de la disciplina de Dios (12:1-29)	150
Vivamos en fe para con los que nos rodean (13:1-17)	168
Instrucciones personales y saludos finales	179

ILUSTRACIONES

Moisés y los Diez Mandamientos	26
La vestidura del sumo sacerdote	47
Las ofrendas de Melquisedec	68
El tabernáculo.....	94
El arca del pacto	95
Consumado está.....	108
Abraham sacrifica a Isaac.....	137
Las aguas se dividieron	142
El Buen Pastor	180

PREFACIO DEL EDITOR

La Biblia Popular es precisamente lo que su nombre implica: un comentario bíblico para el pueblo. Incluye el texto completo de las Sagradas Escrituras usando la *Versión Reina-Valera 95*. Los comentarios que siguen a las secciones de las Escrituras contienen el trasfondo histórico, explicaciones del texto y aplicaciones personales.

Los autores de *La Biblia Popular* son eruditos que tienen un discernimiento intelectual práctico, adquirido en años de experiencia en la enseñanza y la prédica ministeriales. Han intentado evitar el vocabulario técnico que ha hecho que otras series de comentarios sean material solamente útil para estudiosos profesionales de la Biblia.

La característica más importante de estos libros es que tienen como centro a Cristo. Hablando de las Escrituras del Antiguo Testamento, Jesús mismo dijo: “Ellas son las que dan testimonio de mí” (Juan 5:39). Cada volumen de *La Biblia Popular* dirige nuestra atención a Jesucristo quien es el centro de toda la Biblia, nuestro único Salvador.

Los comentarios cuentan con mapas, ilustraciones e incluso información arqueológica, cuando es apropiado. Todos los libros disponen de encabezamientos en las páginas, que permiten que el lector encuentre fácilmente el pasaje que busca.

Esta serie de comentarios fue iniciada por la Comisión sobre Literatura Cristiana del Sínodo Evangélico Luterano de Wisconsin.

Es nuestra oración que este empeño continúe tal como comenzó. Dedicamos estos volúmenes a la gloria de Dios y al bien de su pueblo.

Roland Cap Ehlke

PREFACIO A LA EDICIÓN EN ESPAÑOL

Los comentarios de esta edición en español han sido ligeramente modificados del original para su mejor adaptación a la Versión Reina-Valera 95.

Cuando el comentario, originalmente referido al texto de la New International Version, no concuerda plenamente con el de la Versión Reina-Valera 95, se cita la Nueva Versión Internacional o alguna otra versión española de la Biblia. En caso de que algún fragmento del texto bíblico de la versión en español no aparezca en ninguna de las versiones antes mencionadas, damos nuestra propia traducción del mismo, haciendo la correspondiente aclaración.

Este volumen fue traducido por Fernando Delgadillo López, natural de Bogotá, Colombia. La Sra. Irene Acuña, también natural de Bogotá, realizó la revisión de este libro. Agradecemos la valiosa labor de estos siervos de Dios.

El día de la Reforma de 2001
Paul Hartman, coordinador
Ronald Baerbock, editor de teología
Publicaciones Multilingües
Sínodo Evangélico Luterano de Wisconsin
El Paso, Texas

DONATIVO ESPECIAL

La Comisión para Coordinar las Publicaciones del Sínodo Evangélico Luterano de Wisconsin, WELS Kingdom Workers, la Sociedad Misionera de Damas Luteranas (LWMS) y dos compañías de seguros -Lutheran Brotherhood y Aid Association for Lutherans- contribuyeron con donativos especiales a Publicaciones Multilingües para apoyar la publicación de este volumen. Agradecemos su valioso aporte.

INTRODUCCIÓN A HEBREOS

El autor

El libro de Hebreos ha sido llamado el enigma del Nuevo Testamento. Tomemos, por ejemplo, el asunto de su autor: en ninguna parte del libro menciona su nombre ni descubre su identidad, aunque da algunos indicios. Indica en 2:3 que no ha recibido la palabra de salvación de primera mano del Señor sino de “los que oyeron”. Parece que perteneció al círculo de los amigos y colaboradores de Pablo, así lo indican expresiones como “hermano Timoteo” en 13:23. Su escrito muestra que tenía un amplio conocimiento del Antiguo Testamento y estaba bien familiarizado con la vida de adoración y las enseñanzas religiosas de los judíos.

Con base en esas llamativas sugerencias, se han hecho muchas conjeturas sobre la identidad del autor. A finales del siglo segundo se relacionó el nombre del apóstol Pablo con la carta, pero el estilo diferente de Pablo para escribir, la afirmación que hace en 1 Corintios 15:8 de que recibió el evangelio directamente del Señor y la invariable costumbre de mencionarse como autor de sus epístolas, parecen ser argumentos en contra de esta posibilidad. Otros mencionan a Bernabé, el compañero de viaje de Pablo, de quien Hechos 4:36 dice que es “levita natural de Chipre”, como posible candidato.

Lutero sugirió a Apolos, a quien se presenta en Hechos 18:24,25 como “un judío... elocuente... poderoso en las Escrituras... instruido en el camino del Señor... hablaba y enseñaba diligentemente lo concerniente al Señor”. La suposición de Lutero es tan buena como cualquiera otra, pero a fin de cuentas tenemos que estar de acuerdo con el padre de la iglesia primitiva en que “sólo Dios sabe con certeza quién escribió la epístola”.

La incertidumbre sobre el autor no disminuye la certeza sobre el libro; en cada una de sus partes es evidente la autoría del Espíritu

Santo y para él es la gratitud por este gran libro. Por la inspiración del Espíritu Santo a un autor desconocido, surgió un libro con un mensaje vital para todo tiempo. Bella y hábilmente, el libro de Hebreos se centra en Jesucristo como el perfecto Salvador del pecado y como la respuesta total para toda necesidad.

Los destinatarios

Tampoco es claro a quién le escribió el desconocido autor. El título “A los Hebreos”, que encontramos en las Biblias en Español, no es parte de la carta original, sino que fue añadido posteriormente en el siglo segundo. El libro tampoco nombra a sus lectores, aunque también da ciertos indicios al respecto; como indica en 13:19, los lectores fueron un grupo definido de cristianos con los que el autor vivió en una ocasión y con quienes tenía la esperanza de reunirse. Habían estado en la fe por algún tiempo, como muestra en 5:12, pero ahora estaban en peligro de no proseguir. Habían sufrido persecución, como leemos en 10:32-34, y ahora estaban en peligro de sufrir más; todavía eran creyentes en Cristo pero ahora estaban en peligro de apartarse de él. También parece que eran de cultura judía, puesto que el libro, con sus muchas citas del Antiguo Testamento y sus muchas referencias a la vida de adoración al Dios del pueblo del Antiguo Testamento, indica que los lectores estaban muy familiarizados con esos tópicos.

Tampoco es claro dónde vivían los lectores. La referencia en 13:24 a “los de Italia” que enviaban saludos podría indicar cristianos originarios de Italia que enviaban saludos a su iglesia madre. También, por el hecho de que ciertos autores romanos citaron esta carta e hicieron referencia a ella, algunos han concluido que los lectores originales fueron cristianos que residían en Roma.

Nuevamente, la incertidumbre sobre los destinatarios no disminuye la certeza que tenemos sobre el libro. Independientemente de quiénes hayan sido los destinatarios

originales, este libro con sus fuertes exhortaciones pastorales tiene algo que decirles a todos los creyentes. ¿Quién de nosotros no necesita ese llamado inspirador a permanecer aferrado a la verdad cristiana, como un barco amarrado al muelle, a mantener firme confianza en Cristo, y avanzar en la madurez cristiana?

La fecha

Tampoco estamos seguros de la fecha exacta en que fue escrito. Tuvo que ser antes del año 96 d.C., cuando se encontraron citas de esta carta en otro escrito, pero es difícil decir qué tanto antes. Un indicio que da el mismo libro es la referencia a la persecución. Los lectores habían sufrido insultos y persecución anteriormente; dice en 10:34 que algunos habían sido encarcelados y habían perdido sus bienes. Hasta ese momento, la persecución no había conducido a derramamiento de sangre (12:4), pero comenzaba a enardecer. La historia de Roma nos dice que la persecución de Nerón contra los cristianos estaba completamente desatada en el año 64 d.C. y que continuó por algunos años. Este libro muy bien pudo haber sido escrito durante ese período de persecución.

Otro indicio es la ausencia de cualquier referencia a la caída de Jerusalén en la carta. Esa famosa ciudad de los judíos, con su amado templo, cayó ante las legiones romanas en el año 70 d.C. La ruina del templo y todas las calamidades ligadas a esa catástrofe habrían sido una prueba convincente para la afirmación que hace el autor de que Cristo y su obra hicieron obsoleto el sistema sacrificial del Antiguo Testamento. La falta de referencia a la caída de Jerusalén hace que algunos piensen que el libro fue escrito poco antes del año 70 d.C.

Quizás la mayor aproximación que podemos lograr es fechar Hebreos en algún momento entre los años 64 y 70 d.C., pero ciertamente su mensaje central de la supremacía de Cristo y su obra salvadora es eterna.

El propósito

Sobre el propósito de la carta no puede haber duda, la epístola fue escrita para exhortar a la gente a no abandonar la fe en Cristo. En 13:22, el autor dice que son “palabra de exhortación”; y parece más bien un sermón, en el sentido de que ciertas doctrinas se explican primero y luego se aplican a la vida de las personas. En la primera parte de la epístola, el autor establece las doctrinas de la supremacía de Cristo y de la total suficiencia de su obra; en la segunda, le aplica estas verdades a la vida de sus lectores. Es como si les dijera: “consideren el supremo tesoro que tienen en Cristo y en el cristianismo”, y les preguntara: “¿y ahora qué van a hacer con este tesoro?”

Esas palabras eran muy apropiadas para los judíos cristianos que estaban ante la tentación de volverse a su antigua religión judía. El cristianismo fue prohibido cuando Nerón comenzó la persecución religiosa, pero el judaísmo siguió siendo legal y permaneció bajo la protección del estado. La presión para devolverse a la seguridad del judaísmo era real, y aumentaba en la medida en que la persecución se enardecía.

Algunos ya habían caído; otros estaban en peligro de caer y el autor los exhortó: “No lo hagan”. Luego les dijo por qué no, cuando les mostró de una manera hermosa y con lujo de detalles la supremacía del cristianismo. Con amplios y bellos pincelazos pintó la visión panorámica del diseño del Antiguo Testamento, mostrando cómo halló su cumplimiento en la persona y la obra de Cristo. Una y otra vez utilizó la palabra clave *mejor* en la medida en que mostró al cristianismo como la única religión verdadera, la revelación perfecta y final de Dios al hombre.

Algunos evaden este libro porque lo consideran como uno de los más difíciles del Nuevo Testamento; ¡pero es un gran libro! Demuestra la supremacía de Cristo y lo presenta como la perfecta palabra de Dios para el hombre y el perfecto representante del hombre delante de Dios. Describe el ministerio de Cristo para el

pueblo, un ministerio que todavía realiza en el cielo. Habla de descanso incommovible en una época en la que todo a nuestro alrededor se sacude sin descanso; exhorta a los hijos de Dios a que no se queden quietos ni se vuelvan atrás, sino que avancen a grandes pasos en la senda abierta por Cristo; levanta a los hijos de Dios cuando están desanimados y les da el incentivo para el ascenso al hogar celestial. ¡Con toda seguridad, un libro así tiene mucho que decirnos!

El esquema

Uno no quisiera tratar de hacer esquemas del libro por temor a interferir con su fluidez. Sus casi 7.000 palabras se pueden leer en menos de una hora, algo que el lector debe considerar hacer antes de proseguir, pero un esquema nos puede ayudar. La primera parte de la epístola es de naturaleza doctrinal (1:1–10:18), establece la supremacía de Cristo y la suficiencia de su obra; la segunda parte es práctica (10:19–13:17), nos exhorta a aplicar estos tesoros a la vida diaria. En la primera parte de la carta, el autor va directamente al grano con advertencias y aplicaciones, pero la aplicación comienza propiamente en la segunda parte donde una y otra vez usa el subjuntivo; luego viene una breve conclusión (13:18-25).

- I. Cuán supremo tesoro tenemos en Cristo (1:1–10:8)
 - A. Cristo es superior en su persona (1:1–4:13)
 - 1. Es superior como la perfecta revelación de Dios (1:1-3)
 - 2. Es superior a los ángeles (1:4–2:18)
 - 3. Es superior a Moisés (3:1–4:13)
 - B. Cristo es superior en su sacerdocio (4:14–10:18)
 - 1. Es un sacerdote superior en idoneidad (4:14–6:20)
 - 2. Es un sacerdote superior en oficio (7:1-28)

3. Es un sacerdote superior en santuario y pacto (8:1-13)
 4. Es un sacerdote superior en sacrificio (9:1–10:18)
- II. Qué debemos hacer con este supremo tesoro (1:19–13:25)
- A. Acercuémonos a Dios con plena confianza (10:19-39)
 - B. Recordemos a los héroes de la fe (11:1-40)
 - C. Crezcamos en la fe por medio de la disciplina de Dios (12:1-29)
 - D. Vivamos en fe para con los que nos rodean (13:1-7)
 - E. Instrucciones personales y saludos finales (13:18-25)

Cuán supremo tesoro tenemos en Cristo

(1:1–10:18)

Cristo es superior en su persona

Es superior como la perfecta revelación de Dios

1 Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas, ² en estos últimos días nos ha hablado por el Hijo, a quien constituyó heredero de todo y por quien asimismo hizo el universo. ³ Él, que es el resplandor de su gloria, la imagen misma de su sustancia y quien sustenta todas las cosas con la palabra de su poder, habiendo efectuado la purificación de nuestros pecados por medio de sí mismo, se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas,

En todo el Nuevo Testamento, ninguna otra epístola llega al punto tan rápidamente; sin introducción ni saludos, el autor da comienzo a su tema. Es como si no hubiera podido esperar para manifestar la gloriosa superioridad de Jesucristo.

Al escribirle a gente con tendencia a volver al judaísmo por causa de dificultades y peligro, el autor optó por comenzar con un punto con el cual difícilmente se podría estar en desacuerdo. Ciertamente Dios les habló en el pasado a sus predecesores; en muchas ocasiones y en las diversas formas de ley, historia, poesía y profecía, les había hablado por medio de sus profetas, desde Moisés hasta Malaquías. Pero el ministerio de los profetas fue parcial y su mensaje incompleto; aún había más para completar lo que ya se había registrado divinamente, no para cancelarlo.

Así ocurrió, como se les había dicho a los padres. Moisés les dijo en Deuteronomio 18:15, “Profeta de en medio de ti, de tus hermanos, como yo, te levantará Jehová tu Dios; a él oiréis”. ¡Y

así ocurrió! “En estos últimos días”, en este período del Nuevo Testamento en el cual vivimos y después del cual sólo viene la eternidad, Dios ha hablado en la persona de su Hijo.

Note el énfasis en la inspiración, Dios habló por medio de los profetas y ahora por medio de su Hijo. Ellos hablaron las palabras de Dios: los profetas hablaron por Dios; el Hijo habló como Dios. Ahora, habiendo hablado por medio de su Hijo, Dios no tiene nada más que decirles a los hombres; su Hijo, el Redentor, a quien señalaba el Antiguo Testamento, es la Palabra final y la perfecta Revelación de Dios. ¡Qué necio el que le vuelva la espalda a esa revelación, por cualquier motivo!

Sigue luego una serie de siete afirmaciones que señalan la superioridad de Cristo como la perfecta revelación de Dios. 1) Al final de todo se le ve como el “heredero”, dueño y gobernador de todo. 2) Al comienzo de todas las cosas aparece como “creador”, participando en ese acto sobrecogedor.

3) Además, él es “el resplandor de su gloria”; la gloria de Dios, el conjunto de sus atributos divinos, irradia de Jesús. Este resplandor es una brillantez interna que irradia como el sol en el cielo con su raudal de luz. Ver esa luz es ver el sol; ver a Jesús es ver la gloria de Dios. 4) Y él es “la imagen misma de su sustancia”. La palabra griega aquí traducida “imagen” se refiere a una impresión idéntica hecha con un instrumento, como una moneda estampada por un troquel. Así Jesús representa exactamente al Padre; así, conocer a Jesús es conocer la naturaleza y la gloria de Dios. Podemos decir que Jesús es “Dios a la vista”. Jesús lo expresó mejor cuando dijo en Juan 14:9, “El que me ha visto a mí ha visto al Padre”.

5) Además, Jesús no sólo participó en la creación, sino también “sustenta todas las cosas con la palabra de su poder”. Dejemos que los científicos teorizen y experimenten; sabemos quién mantiene juntas todas las cosas y las lleva a su meta final. Es aquel cuya poderosa palabra llevó a la existencia todas las cosas en el comienzo. “Y él es antes que todas las cosas, y todas las cosas en

él subsisten”, dice Colosenses 1:17. En las fuertes manos de un Cristo así, los creyentes están eternamente seguros.

6) La sexta declaración nos lleva al meollo del asunto. Toda la carta fue escrita para mostrar que Cristo es superior porque ha venido a efectuar “la purificación de nuestros pecados”. El pecado mancha, corrompe y condena; sólo uno podía purificar y sólo una vez necesitó hacerlo. En la cruz del Calvario, el Creador y Sustentador se hizo el portador del pecado. ¡He aquí su más asombrosa gloria! ¡Qué pensamiento tan sorprendente, el soberano Señor se hizo el Cordero del sacrificio!

Terminada la obra de redención, (7) “se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas”. “La diestra” se refiere a una posición de poder y de honor; “la Majestad en las alturas” se refiere a Dios y a toda su sobrecogedora grandeza. El ascendido Señor Jesús sostiene el cetro en sus manos con cicatrices de clavos, gobierna todo en el cielo, en la tierra y en el infierno. ¡Qué imagen de grandeza!

Agobiados por la aflicción y a punto de darse por vencidos debido a la persecución, aquellos judíos cristianos necesitaban una visión así del perfecto y victorioso Cristo; ¡también nosotros! Luchando por mantener la fe en un mundo cada vez más hostil, muy frecuentemente comprometidos en lo que no parece más que una acción estancada, necesitamos elevar los ojos al Señor Jesús, quien es la perfecta revelación de Dios. Que lo que el autor nos muestra de la gloria de Cristo nos impulse a decir: “¡Señor mío y Dios mío!” (Juan 20:28).

Es superior a los ángeles

⁴ hecho tanto superior a los ángeles cuanto que heredó más excelente nombre que ellos.

⁵ ¿A cuál de los ángeles dijo Dios jamás:

**«Mi Hijo eres tú,
yo te he engendrado hoy»,
ni tampoco:**

**«Yo seré un padre para él,
y él será un hijo para mí»?**

‘Y otra vez, cuando introduce al Primogénito en el mundo, dice:

«Adórenlo todos los ángeles de Dios.»

En el Antiguo Testamento la ley fue dada por medio de ángeles. En aquellos días, con frecuencia le aparecían ángeles al pueblo de Dios, así que los judíos cristianos seguramente conocían y respetaban la alta posición de esos seres celestiales. Pero Jesús estaba completamente por encima de ellos, o sea, es eminentemente “superior” a los ángeles, nos dice el autor, utilizando una comparación que aparece repetidamente en Hebreos, trece veces en total. De hecho, Jesús era superior a todos y a todo, y era el Salvador de *ellos*. ¿Cómo podían pensar de alguna manera en abandonarlo?

Aquellos judíos cristianos debían estar bien versados en las Escrituras del Antiguo Testamento y dispuestos a aceptar su autoridad; por eso el autor deja que el Antiguo Testamento hable. En cada uno de los capítulos de su carta hay por lo menos una cita del Antiguo Testamento; ¡en este capítulo hay siete! La lectura de las citas nos hace maravillarse por la profundidad del Antiguo Testamento.

El Mesías estaba en el corazón y en el centro de toda la Escritura del Antiguo Testamento; estaba en pasajes en los que ni siquiera hubiéramos imaginado que estuviera. En Juan 5:39 el Mesías les dijo a los judíos sobre el Antiguo Testamento: “Escudriñad las Escrituras...ellas son las que dan testimonio de mí”. En Hechos 10:43 Pedro le repitió ese formidable pensamiento a Cornelio: “De éste dan testimonio todos los profetas, que todos los que en él crean recibirán perdón de pecados por su nombre”. ¡Y el autor de Hebreos subraya el punto! Bajo la inspiración del Espíritu Santo y con el Espíritu Santo como intérprete, él muestra hábilmente cómo el Antiguo Testamento dio testimonio acerca de Cristo.

La primera cita es del Salmo 2; para probar el punto de que Jesús tiene un nombre mucho más grande que los ángeles, el autor cita el versículo siete del salmo de David. Se cita al Padre en el cielo diciéndole esto a su Hijo: “Mi hijo eres tú, yo te he engendrado hoy”. Desde toda la eternidad Jesús es el Hijo de Dios, la segunda persona del Dios Trino, verdadero Dios con el Padre y con el Espíritu Santo.

Pero el nombre “Hijo” es suyo también en un sentido especial. El ángel Gabriel se refirió a él en Lucas 1:32 cuando le dijo a María sobre el niño que iba a nacer de ella: “Éste será grande, y será llamado Hijo del Altísimo”. En su encarnación, Jesús heredó el nombre de “Hijo” también de acuerdo con su naturaleza humana; el Dios hombre Jesús es Hijo de Dios. En el Jordán, donde Jesús fue bautizado y en el monte de la Transfiguración, donde brilló su gloria, el Padre lo dijo para que todos lo oyeran: “Tú eres mi Hijo amado; en ti tengo complacencia” (Lucas 3:22, 9:35).

Con la resurrección, el Padre le puso los signos de admiración a esta afirmación. Lea Hechos 13:33 para que vea cómo utilizó Pablo este mismo versículo del Salmo 2 y lo conectó con la resurrección de Cristo para mostrar que Jesús es el Hijo de Dios. La palabra “hoy” se refiere a todo el evento del Hijo que se hace hombre para quitar los pecados del mundo, la misión para la cual el Padre lo había enviado y que lo señala como muy superior a los ángeles.

Sigue luego 2 Samuel 7:14: “Yo le seré a él por padre, y él me será a mí por hijo”. Estas palabras, dichas originalmente sobre Salomón, tenían un significado más profundo, ya que señalaban al más grande y eterno hijo de David cuyo reino no tendrá fin. Note que el autor duplica las palabras: no es suficiente llamar a Jesús “Hijo”, sino que él también llama a Dios “Padre”. Nunca se aseveró que los ángeles tuvieran esa divina condición de hijos.

¿Necesitamos más pruebas de que Jesús es superior a los ángeles? Entonces dirijamos la mirada hacia el gran día del juicio cuando Dios otra vez “introduce al Primogénito en el mundo”. En

ese día Jesús seguramente aparecerá como “Primogénito”, primero en rango y posición, mientras todos los ángeles se inclinarán delante de él en adoración. En Apocalipsis 5:11 y 12, Juan nos da una visión previa de la escena: “Miré, y oí la voz de muchos ángeles alrededor del trono... Su número era millones de millones, y decían a gran voz: ‘El Cordero que fue inmolado es digno de tomar el poder, las riquezas, la sabiduría, la fortaleza, a honra, la gloria y la alabanza’.”

Algunos están perturbados por la última parte del versículo seis, porque en el texto hebreo las palabras “Adórenlo todos los ángeles de Dios” faltan en Deuteronomio 32:43. Esas palabras, sin embargo, se encuentran en la Septuaginta, la antigua traducción griega del Antiguo Testamento, que el autor de Hebreos evidentemente utiliza aquí. Este aparente problema no nos perturba cuando recordamos que el autor de Hebreos cita guiado por el Espíritu Santo. El Espíritu mismo interpreta, guiando a su escritor del Nuevo Testamento a ver la intención y lo que quiere decir el profeta del Antiguo Testamento.

⁷ Y ciertamente, hablando de los ángeles dice:

**«El que hace a sus ángeles espíritus,
y a sus ministros llama de fuego.»**

⁸ Pero del Hijo dice:

**«Tu trono, Dios, por los siglos de los siglos.
Cetro de equidad es el cetro de tu Reino.**

**⁹ Has amado la justicia y odiado la maldad,
por lo cual te ungió Dios, el Dios tuyo,
con óleo de alegría más que a tus compañeros.»**

¹⁰ También dice:

**«Tú, Señor, en el principio fundaste la tierra,
y los cielos son obra de tus manos.**

¹¹ Ellos perecerán, mas tú permaneces.

Todos ellos se envejecerán como una vestidura;

¹² como un vestido los envolverás, y serán mudados.

**Pero tú eres el mismo,
y tus años no acabarán.»**

13 ¿A cuál de los ángeles dijo Dios jamás:

**«Siéntate a mi diestra,
hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus
pies»?**

**14 ¿No son todos espíritus ministradores, enviados para
servicio a favor de los que serán herederos de la
salvación?**

Superior en nombre, el Hijo es también superior en naturaleza. Al citar el Salmo 104:4, el autor habla de “ángeles”, palabra que significa “mensajeros”, y de “ministros”, palabra que se refería a las personas que desempeñaban un oficio. En verdad, los ángeles son mensajeros exaltados y se desempeñan en alto oficio. Ligeros como el viento, les llevaban los mensajes de Dios a algunas personas; como el fuego, ejecutaban los juicios de Dios sobre otros. Por medio de un ángel, María oyó el mensaje de Dios en Lucas 1:26-38, y por medio de un ángel el rey Herodes sintió el juicio de Dios en Hechos 12:23. No obstante, eso es todo lo que pueden ser los ángeles: mensajeros y servidores bajo el completo control de Dios.

Ahora mire el Salmo 45:6,7 y vea la supremacía del Hijo. Tanto el salmista como el autor de Hebreos lo llaman “Dios” cuyo trono es “por los siglos de los siglos”. Él no es un simple mensajero, sino el eterno gobernante de todo. ¡Y un gobernador perfecto! Su cetro es “equidad”, no hay parcialidad ni prejuicio en él, como ocurre con los reyes terrenales, sino un gobierno recto y justo. En su corazón hay amor por la justicia y aborrecimiento a la maldad, como puso en evidencia durante su vida sobre la tierra. Durante los 33 años de la vida de Jesús no hubo imperfección ni falla; él hizo perfectamente la voluntad de su Padre. Ahora ungido “con óleo de alegría”, una referencia al gozo y bienaventuranza a la diestra de Dios, el ascendido Dios hombre gobierna en el cielo.

El Padre, regocijado en la consumación y el cumplimiento de la obra de su Hijo, lo ha puesto por encima de sus “compañeros”, aquellos creyentes que compartirán su alegría.

Hay todavía más: mire las espléndidas puestas del sol, el océano que golpea los acantilados, el cielo enojado de estrellas. ¡El Hijo estaba allí antes de que existieran! Él ayudó a poner sus cimientos. Esos cimientos, aparentemente tan sólidos, envejecerán como una vestidura, para ser enrollados, desechados y reemplazados. “Pero tú”, dice el autor, citando el Salmo 102:25-27 y refiriéndose a Jesús, “eres el mismo, y tus años no se acabarán”. El tiempo lo no puede tocar; la muerte no puede respirar sobre él; sus años nunca se acaban. Este Rey eterno e inmutable es verdaderamente Jesucristo, “el mismo, ayer, y hoy, y por los siglos”. ¡Qué gobernante es! Su trono comienza en un establo, sostiene el cetro en manos sin pecado, su reino permanece para siempre y sus hermanos comparten su alegre regocijo.

El autor concluye con las notables palabras del Salmo 110:1. Ningún ángel oyó jamás a Dios decir, “Siéntate a mi diestra”; esa posición de poder y gloria está reservada para el Hijo y todos sus enemigos yacen indefensos en el polvo delante de él como un escabel debajo de sus pies. Toda la historia viene a ser su historia, que él escribe en el interés eterno de su iglesia.

¿Y los ángeles? Lo más que pueden hacer es ser “espíritus ministradores, enviados para servicio a favor de los que serán herederos de la salvación”. Su tarea y también su límite es llevar a cabo la voluntad de Dios para los creyentes. En toda la jornada hacia su hogar celestial, hasta el menor de los creyentes puede tener su servicio, pero es mucho mejor tener a aquel que es en todo aspecto “superior a los ángeles”, el Salvador eterno que promete en 13:5: “No te desampararé, ni te dejaré”.

ADVERTENCIA
NO SE DESVÍEN DE LO QUE HAN OÍDO

2 Por tanto, es necesario que con más diligencia atendamos a las cosas que hemos oído, no sea que nos deslicemos. ² Porque si la palabra dicha por medio de los ángeles fue firme y toda transgresión y desobediencia recibió justa retribución, ³ ¿cómo escaparemos nosotros, si descuidamos una salvación tan grande? La cual, habiendo sido anunciada primeramente por el Señor, nos fue confirmada por los que oyeron, ⁴ testificando Dios juntamente con ellos, con señales, prodigios, diversos milagros y repartimientos del Espíritu Santo según su voluntad.

El autor se parece mucho a un pastor. En medio de su argumentación detallada de la supremacía de Cristo como la revelación final de Dios y como muy superior a los ángeles, se detiene con interés pastoral para hacerles esta advertencia a sus a sus lectores. La primera frase del capítulo dice: “Por tanto es necesario que con más diligencia atendamos a las cosas que hemos oído”, y la NVI traduce la siguiente frase “no sea que marchemos a la deriva”. Ambas frases nos recuerdan el mar: “deriva” nos recuerda un barco que está a la deriva en lugar de entrar en la seguridad del puerto. Algún viento voluntarioso lo lleva lentamente, casi sin notarlo, fuera de su destino. “Que con mucha más diligencia atendamos” nos hace pensar en marineros que sudan y se empeñan, sin escatimar ningún esfuerzo para llevar su barco al puerto con seguridad.

Esta preocupación por parte del autor no es ociosa, porque la deriva que lleva lejos del puerto ya había comenzado para aquellos judíos cristianos; los vientos de la persecución y la opresión los estaban llevando mar adentro. Alguien tenía que lanzar el grito de alarma y advertirles que volvieran a poner rumbo al puerto. En ese

tiempo, como ahora, el deslizarse lejos de Dios y de su palabra puede ser un proceso lento, inadvertido. Como una llanta con la válvula resquebrajada, la fe puede perder su aire poco a poco hasta que esté completamente desinflada.

Por eso el autor les advertía perentoriamente, reforzando su advertencia con una pregunta penetrante. Todos los lectores judíos sabían lo serio que era la ley de Dios; hasta la manera como se dio la ley mostró su seriedad. Dios mismo la proclamó (Éxodo 20:1), la escribió en dos tablas de piedra (Deuteronomio 5:22), utilizó de alguna manera *ángeles* para transmitirla (Gálatas 3:19) y obligó a todos con ella. Todo el que violara la ley por traspasarla en pensamiento, palabra u obra y todo el que la desobedeciera por no querer oírla sería justamente castigado. Ningún pecado de comisión ni de omisión quedaría sin castigo por un Dios justo e imparcial; así lo mostró la historia del pueblo de Dios del Antiguo Testamento.

Si así fue como Dios consideró la ley, dice el autor usando un argumento de lo menor a lo mayor, entonces, “¿cómo escaparemos nosotros, si descuidamos una salvación tan grande?” Entra en detalle cuán grande fue esa salvación, que fue “anunciada por medio del Señor”. No fueron los ángeles, sino el Señor mismo que trajo el glorioso mensaje del evangelio y fue él quien dijo en Lucas 19:10: “Porque el Hijo del Hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido”. De sus labios vinieron las palabras de Mateo 20:28: “El Hijo del hombre... vino... para dar su vida en rescate por muchos”. Él es al mismo tiempo mensajero y mensaje, proclama las buenas nuevas y las hace posibles por el sacrificio de sí mismo.

La proclamación de esta gran salvación no cesó con su ascensión, sino que los primeros discípulos, comisionados por él, emprendieron su tarea de dar testimonio y confirmar lo que habían oído de primera mano. “Confirmada” es un término jurídico que designa una cosa apropiadamente documentada. ¿Qué corte en la tierra podría desechar evidencia llevada por verdaderos testigos oculares?

El Señor no dejó a los apóstoles solos para dar testimonio, sino que él testificó “juntamente con ellos, con señales, prodigios, diversos milagros y repartimientos del Espíritu Santo según su voluntad”. El evangelio no era especulación humana, sino revelación divina. No era pensamientos humanos, sino verdad de Dios. ¡Y Dios lo demostró claramente!

La palabra “señales” pone el énfasis en el significado de los milagros. Los milagros no fueron demostraciones sin propósito, sino indicadores, como cuando Jesús en Juan 6 alimentó a 5.000 y luego utilizó ese milagro como señal para mostrarse a sí mismo como el Pan de Vida.

“Prodigios” se refiere al efecto del milagro sobre los observadores, y los “milagros” se refieren al poder sobrehumano involucrado, señalando como fuente al Omnipotente.

El Espíritu Santo distribuyó sus dones para autenticar el mensaje del evangelio. Que los que en la actualidad insisten en esos dones noten bien estas palabras: “Según su voluntad”, es decir, que era el Espíritu quien decidió a quién, cuándo, dónde, y cuáles dones dar. Además, cuando dio un don, fue para dar testimonio de ese gran mensaje de salvación.

Tal fue el mensaje dado por Dios mismo, confirmado por quienes lo oyeron y autenticado por los dones del Espíritu. Es el único mensaje que puede salvar. Tanto al creyente como al incrédulo está dirigida la pregunta seria: “¿Cómo escaparemos nosotros, si descuidamos una salvación tan grande?” El autor deja la pregunta pendiendo amenazadoramente en el aire. Que cada uno responda por sí mismo, y que cada uno le preste atención a la advertencia del autor: “Es necesario que con más diligencia atendamos a las cosas que hemos oído”.

⁵ Dios no sujetó a los ángeles el mundo venidero, acerca del cual estamos hablando. ⁶ Al contrario, alguien testificó en cierto lugar, diciendo:

**«¿Qué es el hombre para que te acuerdes de él,
el ser humano para que lo visites?»**

**⁷ Lo hiciste un poco menor que los ángeles,
lo coronaste de gloria y de honra
y lo pusiste sobre las obras de tus manos.**

⁸ Todo lo sujetaste bajo sus pies.»

En cuanto le sujetó todas las cosas, nada dejó que no le sea sujeto, aunque todavía no vemos que todas las cosas le sean sujetas. ⁹ Pero vemos a aquel que fue hecho un poco menor que los ángeles, a Jesús, coronado de gloria y de honra a causa del padecimiento de la muerte, para que por la gracia de Dios experimentara la muerte por todos.

En 1:14, el autor describió a los creyentes como herederos de la salvación. Ahora, después de dar su advertencia pastoral, vuelve a tomar ese pensamiento. No escribe respecto de esta pequeña tierra que habita el hombre por unos pocos años y donde sólo puede reclamar un título duradero de posesión de una tumba, sino sobre el “mundo venidero”, y en esa tierra prometida del cielo gobernarán con Cristo no los ángeles sino los hombres. Los creyentes se sentarán en el trono con aquel que es el “heredero de todo” (1:2). Aunque la Escritura no nos revela por completo lo que implican ese mundo venidero y nuestro reinado allí, sí nos dice claramente cómo llegar allá.

Cuán insignificante aparece el hombre, como un punto minúsculo cuando se compara con los cielos estrellados. No obstante, ¡mire lo que Dios ha hecho de él! Citando el Salmo 8, el autor se maravilla con David por la gracia de Dios en su trato al género humano. En primer lugar, Dios hizo al hombre objeto de su especial favor. El que ordena el universo y sostiene los cielos en sus manos está interesado en el hombre y cuida de él. Recuerda a los hombres constantemente, los vigila y los cuida de muchísimas maneras.

Luego, Dios hizo del hombre una criatura de privilegio especial, no clasificado con los animales, sino muy por encima del resto de la creación y sólo un poco menor que los exaltados

ángeles. Además, Dios hizo del hombre una criatura de dignidad única y de dominio indisputado; se le debía gloria y honor como la parte cimera de la creación de Dios. Para mostrar todo esto, Dios “todo lo sujetó bajo sus pies”, y eso significa lo que dice, como el autor demuestra al enfatizar que “nada dejó que no le sea sujeto”.

¿No suena esto como un eco de Génesis 1:26-28 donde dijo Dios: “Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza; y tenga potestad sobre los peces del mar, las aves de los cielos y las bestias, sobre toda la tierra y sobre todo animal que se arrastra sobre la tierra. Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó”? Sí, ¿qué es el hombre para que Dios lo trate con tanta gracia?

Sin embargo, ¿es esto lo que vemos cuando miramos la humanidad de hoy? Aquel que fue hecho para dominar, ahora es frecuentemente dominado; aquel que fue creado para gobernar, ha dejado que su cetro se le resbale. El autor no necesitaba explicar cómo llegó el hombre a abusar de sus privilegios, a ignorar su destino y a ser limitado en su dominio. Los lectores seguramente conocían los eventos que ocurrieron en el huerto de Edén, cómo el pecado convirtió al hombre de vencedor en víctima. Es por eso que “todavía no vemos que todas las cosas le sean sujetas”.

Pero ahora vemos ciertamente a Jesús coronado con gloria y honor, y el autor utiliza el nombre humano “Jesús” para recordarnos que Dios se hizo hombre como nosotros. Nuestro Señor no se sentó en un remoto salón del trono en el cielo, observando y moviendo tristemente la cabeza al ver nuestros flacos e inútiles esfuerzos. Al contrario, vino personalmente a la tierra y asumió nuestra naturaleza humana. ¡Qué visión debe haber sido para los ángeles cuando su Señor bajó de su gloria eterna para vestirse de carne humana y hacerse un poco menor que ellos!

Sin embargo, ahora él está “coronado de gloria y de honra” en un sentido más alto que el que David dio a entender cuando habló del hombre en el Salmo 8. Él tiene “el nombre que es sobre todo nombre”, un nombre delante del cual “se doble toda rodilla de los

que están en los cielos, en la tierra y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es SEÑOR, para gloria de Dios Padre”, como dice Filipenses 2:9-11.

Todo esto “a causa del padecimiento de la muerte, para que por la gracia de Dios experimentara la muerte por todos”. Jesús se hizo hombre para morir por los hombres. “Experimentar la muerte” es más que simplemente probar la terrible copa, es beberla completamente, experimentarla plenamente. El autor hace hincapié en que Jesús hizo esto “por todos” de modo que todos puedan decir: “Él murió por *mi*”. También el autor nos recuerda que él hizo esto “por la gracia de Dios”. *Gracia* es una de las grandes palabras cristianas y se refiere a un regalo completamente inmerecido. Ciertamente esa palabra es apropiada aquí, porque es un regalo inmerecido de Dios que Jesús haya experimentado plenamente la muerte por todos los culpables pecadores y de esa manera haya pagado por los pecados de ellos.

¿Cómo puede el hombre alcanzar la tierra prometida? ¿Cómo puede estar preparado para vivir y reinar en el mundo venidero? Sólo hay un camino: mirando a Jesús, porque sólo por medio de la obra salvadora de Jesús se puede hacer eterna realidad el destino glorioso del hombre. ¿Quién se arriesgaría a apartarse de él?

¹⁰ Convenía a aquel por cuya causa existen todas las cosas y por quien todas las cosas subsisten que, habiendo de llevar muchos hijos a la gloria, perfeccionara por medio de las aflicciones al autor de la salvación de ellos, ¹¹ porque el que santifica y los que son santificados, de uno son todos; por lo cual no se avergüenza de llamarlos hermanos, ¹² diciendo:

**«Anunciaré a mis hermanos tu nombre,
en medio de la congregación te alabaré.»**

¹³ Y otra vez dice:

«Yo confiaré en él.»

Y de nuevo:

«Aquí estoy yo con los hijos que Dios me dio.»

¿Puede haber objeción a que el hombre sea elevado a la gloria por medio del sufrimiento de Jesús? Entonces sépase que este plan de salvación no ocurrió accidentalmente, sino que comenzó en el corazón y en la mente de un Dios eterno “por cuya causa existen todas las cosas, y por quien todas las cosas subsisten”. Dios, por cuya gloria y por cuya mano todo existe, no permite que nada, mucho menos el plan de salvación, ocurra por accidente.

Un Dios justo y santo no llevó al hombre a la gloria del cielo ignorando sus pecados, sino tratando con ellos, hizo esto al enviar a su Hijo para ser el “autor de la salvación”. “Autor” se puede traducir también como “fuente” y entonces es paralelo al pensamiento contenido en 5:9, donde leemos: “Vino [Cristo] a ser fuente de eterna salvación para todos los que lo obedecen”. Jesús no simplemente condujo a la salvación; no sólo abrió una senda al cielo, sino que se hizo a sí mismo el único camino sin el cual, como afirma Juan 14:6, “nadie viene al Padre”.

Cuando el autor se refirió a esta fuente de salvación que Dios “perfeccionara por medio de las aflicciones al autor de la salvación”, utilizó una palabra que significa “alcanzar una meta”. La meta de Jesús era preparar la salvación, y lo hizo por medio de su sufrimiento. Sin su dolorosa muerte, nadie sería llevado a la gloria como hijo de Dios. Así fue el plan que salió del corazón de amor eterno de Dios.

Qué gran amor el que hizo que el Señor de todas las cosas bajara a la tierra y se hiciera uno con el hombre. El que hace santos a los hombres y los que son hechos santos son de la misma familia, comparten el mismo Padre y la misma naturaleza humana, aunque Jesús fue sin pecado. Son verdaderos hermanos y a Jesús no le dio vergüenza decirlo.

De nuevo, el autor vuelve al Antiguo Testamento para hacer una cita convincente para sus lectores judíos. Apropiadamente, en esta sección que está hablando de Cristo sufriente, él dirige al lector a Salmo 22, un salmo mesiánico que predijo la muerte de Jesús. Ese sufriente Salvador les anunció fielmente el nombre de

su Padre a sus hermanos. No sólo les mostró la semejanza de su Padre, sino también se unió a ellos para cantarle salmos y alabanzas.

Después, el autor introduce dos citas del capítulo 8 de Isaías. En el versículo 17, hablando como de un tipo del Mesías, el profeta dijo: “En él confiaré”. Miren la vida de Cristo en la tierra, oigan sus oraciones y noten su completa dependencia de Dios. Incluso cuando estaba muriendo, dijo: “Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu” (Lucas 23:46). Luego, en el versículo 18, dijo: “Aquí estoy yo con los hijos que Dios me dio”.

Aunque el mensaje del Mesías fue rechazado, así como el de Isaías, y él mismo fue oprimido por los que lo rodeaban, sin embargo, junto con los hijos, es decir, los creyentes que Dios le había dado, él confió en su Padre. Las tres citas localizan a Cristo firmemente en medio de aquellos a quienes vino a salvar, y las tres nos hacen maravillarnos por el amor que haría a Cristo nuestro hermano.

¹⁴ Así que, por cuanto los hijos participaron de carne y sangre, él también participó de lo mismo para destruir por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo, ¹⁵ y librar a todos los que por el temor de la muerte estaban durante toda la vida sujetos a servidumbre. ¹⁶ Ciertamente no socorrió a los ángeles, sino que socorrió a la descendencia de Abraham. ¹⁷ Por lo cual debía ser en todo semejante a sus hermanos, para venir a ser misericordioso y fiel sumo sacerdote en lo que a Dios se refiere, para expiar los pecados del pueblo. ¹⁸ Pues en cuanto él mismo padeció siendo tentado, es poderoso para socorrer a los que son tentados.

¿Qué logró Cristo al hacerse nuestro hermano? Primeramente, el autor nos señala a Satanás. “Destruir” no es extinguir sino anular o volver ineficaz, y eso fue lo que Cristo le hizo al diablo, al que “tenía el imperio de la muerte”. La muerte era el imperio que el

diablo tenía sobre el hombre. Sólo Dios tiene control absoluto sobre la muerte; él determina quién va a morir y cuándo. Sin embargo, al traer el pecado al mundo, el diablo trajo la muerte sobre la tierra y en el infierno como paga del pecado. En la medida en que pueda mantener al hombre pecando, le puede exigir este horrible pago. ¿Y el resultado para el pecador? Esclavitud de por vida, empleada en servil temor cuando Satanás hace restallar el azote de la muerte.

¡Pero ya no más! En lugar de eso, el creyente se une a Pablo en la declaración libre de temor de Filipenses 1:23: “Teniendo deseo de partir y estar con Cristo, lo cual es muchísimo mejor”. Jesús, nuestro hermano, anuló al diablo y neutralizó su arma suprema, la muerte. Para lograrlo, “compartió nuestra herencia”, es decir, que asumió nuestra carne y hueso para poder morir y con su santa muerte libertarnos del cautiverio. Para derrotar a Satanás, Jesús utilizó exactamente lo mismo que Satanás usaba para intimidar y golpear al hombre. Satanás, como un perro rabioso, ha sido encadenado, y si todavía mueren algunos por su rabiosa dentellada, es porque se han descarriado llegando muy cerca de él y demasiado lejos del Príncipe de la Vida.

¿Qué más logró Cristo? Utilizando una terminología que sus lectores, como “descendencia de Abraham”, pudieran entender bien, el autor describió a Cristo como “misericordioso y fiel sumo sacerdote en lo que a Dios se refiere”. Sólo en el libro de Hebreos se llama a Jesús “sumo sacerdote”. ¡Y qué sumo sacerdote! Es misericordioso para con sus hermanos, sintió sus necesidades y se levantó para satisfacerlas por completo. Era fiel para con Dios en servicio, sin omitir nada, realizando la voluntad de su Padre en obediencia sin desvíos, aun cuando eso significara sufrir y morir.

“Expiar” era otra palabra bien conocida por los lectores judíos, y los devolvía al Antiguo Testamento, al gran día de la expiación, cuando el sumo sacerdote iba detrás de la cortina del templo para rociar la sangre del animal sobre el propiciatorio. De esa manera se simbolizaban la remisión del pecado y la paz resultante con Dios.

¡Ahora miremos a nuestro sumo sacerdote! La sangre que rocía es la suya; no es sangre simbólica, sino sangre santa, preciosa y suficientemente poderosa para quitar la más profunda mancha del pecado y para efectuar la verdadera expiación, satisfaciendo para siempre la ira de Dios por el pecado. No trajo tal socorro para ángeles sin pecado e inmortales, sino para hombres pecadores y mortales.

Con “descendencia de Abraham” y “el pueblo”, el autor se refería a Israel, ya que sus lectores eran judíos y descendientes de aquellos a quienes se les había dado la antigua promesa de salvación. Esto no niega el hecho de que Cristo pagó también los pecados de los gentiles, porque si Israel necesitaba tal sumo sacerdote, también lo necesita el resto de la humanidad.

El autor menciona un punto adicional que también yace en la encarnación de Jesús: el que no ha sido tentado no puede tener compasión; el vencido no puede prestar asistencia. Sin embargo, el tentado y triunfante Dios-hombre seguramente puede; ciertamente fue apropiado que Dios llevara a Jesús a su meta a través del sufrimiento (2:10). Aunque sus tentaciones fueron diferentes de las nuestras en el sentido de que vinieron enteramente de afuera y nunca de su interior, fueron muy reales. Verlo retorciéndose de dolor en el polvo de Getsemaní nos recuerda que tan reales fueron. ¡Pero venció! Ahora nuestras tentaciones son su especial preocupación y siempre está listo a defendernos contra todo asalto. No sólo aquellos atribulados judíos cristianos necesitaban esa seguridad, sino también nosotros.

Cristo es superior a Moisés

3 Por tanto, hermanos santos, participantes del llamamiento celestial, considerad al apóstol y Sumo sacerdote de nuestra profesión, Cristo Jesús,² el cual es fiel al que lo constituyó, como también lo fue Moisés en toda la casa de Dios.³ Porque de tanta mayor gloria que Moisés es estimado digno éste, cuanto mayor honra que la casa tiene el

que la hizo. ⁴Toda casa es hecha por alguien; pero el que hizo todas las cosas es Dios. ⁵Y Moisés a la verdad fue fiel en toda la casa de Dios, como siervo, para testimonio de lo que se iba a decir; ⁶pero Cristo, como hijo, sobre su casa. Y esa casa somos nosotros, con tal que retengamos firme hasta el fin la confianza y el gloriarnos en la esperanza.

Constantemente el autor ha anticipado el argumento que Jesús es superior a todos y a todo; ahora vuelve a una figura del Antiguo Testamento muy significativa en la historia y en el pensamiento de los judíos. Para un judío era muy difícil pensar en alguien más grande que Moisés, y el Nuevo Testamento se refiere a la grandeza de Moisés mencionándolo unas 80 veces, más frecuentemente que a cualquiera otra figura del Antiguo Testamento. Sin embargo, aunque Moisés fue grande, Jesús fue mucho más grande. En consecuencia, abandonar a Jesús traerá resultados mucho más terribles que abandonar a Moisés. ¡Qué advertencia para aquellos lectores judíos tentados por la persecución a hace precisamente eso!

El autor comenzó su sincera advertencia diciendo: “Hermanos santos, participantes del llamamiento celestial”. Por primera vez en la carta, se dirige a sus lectores haciendo esta admonición todavía más cálida y vital. Eran “hermanos”, compañeros creyentes en Cristo, “santos” limpios del pecado y consagrados para el servicio por Jesús el sumo sacerdote. El suyo era un “llamamiento celestial” que venía de Dios y llevaba finalmente a Dios en el cielo; seguramente no querrían arriesgar ese llamamiento.

Así que el autor les advierte: “Considerad a Cristo Jesús”. Se necesitaba atención seria, es decir, estudio cuidadoso y constante de Jesús. El uso de su nombre personal centra inmediatamente la atención en su obra sobre la tierra, la misión por la que Dios se hizo hombre para cumplirla. El título adjunto “apóstol y sumo sacerdote” se centra también en esa obra. La palabra “apóstol”, utilizada en relación con Jesús solamente aquí en el Nuevo



Moisés y los Diez Mandamientos

Testamento, incluye el pensamiento de misión, refiriéndose a aquel que es comisionado para algo. Dios envió a su Hijo como emisario autorizado para hablar en representación de él y para llevar a cabo su voluntad. “Sumo Sacerdote” se refiere a la naturaleza sacrificial de su misión, como hemos notado previamente en 2:17, y como veremos después en mayor detalle. Tal era el Jesús a quien esos lectores ya habían confesado y aún necesitaban confesar como la suma y sustancia de su fe.

La superioridad de Jesús sobre Moisés no era asunto de fidelidad, ambos fueron fieles en la realización de las tareas que les fueron asignadas. En Números 12:7 Dios dijo de Moisés: “Es fiel en toda mi casa”. Moisés vertió su vida en servicio a la casa de Israel, el pueblo escogido de Dios en el Antiguo Testamento, hasta ofreció que su nombre fuera borrado del libro de Dios a cambio del de ellos. Tampoco puede nadie dudar de la fidelidad de Jesús a aquel que lo comisionó como apóstol y sumo sacerdote. En Juan 17:4, la noche del jueves santo, le pudo decir a su Padre: “Yo te he glorificado en la tierra; he acabado la obra que me diste que hiciera”.

El punto de comparación no era la fidelidad, sino el oficio. Nadie le podría dar a una casa más honor que al constructor, independientemente de qué tan grandiosamente sea construida y amoblada. Poner en el mismo nivel al constructor y a la construcción es necio. Ahora, mire a Moisés y a Jesús; aunque Moisés fue importante como líder, era sólo una parte de la casa de Israel. No obstante, Jesús, como Dios, fue el constructor de esa casa, de la misma manera que es el “creador de todas las cosas”. Como criatura, Moisés ocupaba un alto puesto en Israel y era digno de honor. Sin embargo, como Creador de todas las cosas, incluyendo a Moisés e Israel, Jesús era digno del más alto honor.

De la misma manera que el creador es superior a la criatura, el hijo es superior al siervo. Moisés era un “siervo” en la casa de Israel, término que se refiere no a un esclavo que servía porque tenía que hacerlo, sino a un siervo libre que sirve porque quiere.

Era un siervo fiel como lo muestra el estribillo que corre por todo el libro de Éxodo: “Y Moisés hizo conforme a todo lo que Jehová le mandó”. Su más grande servicio fue “para testimonio de lo que se iba a decir”. En Juan 5:46 Jesús explicó lo que esto significaba, cuando les dijo a los judíos de su tiempo: “Si creyeráis a Moisés, me creeréis a mí, porque de mí escribió él”.

Pero “Cristo” es mayor, declara el autor, utilizando este título por primera vez en el libro. El nombre “Cristo” marca su alto oficio y el honor que se le debe, porque no era siervo en la casa, sino “hijo sobre su casa”. Es el dueño de la casa; la construye y la gobierna. Y esta “casa” no está por allá en el distante futuro, como en el tiempo de Moisés, sino que el autor habla de ella como de una realidad presente. ¿A qué casa se refiere el autor con las palabras “y esa casa somos nosotros”? Es la que se describe en Efesios 2:20,21 como “edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo. En él todo el edificio, bien coordinado, va creciendo para ser un templo santo en el Señor”. Todos los creyentes del Antiguo y del Nuevo Testamento son parte de esta gloriosa casa construida sobre el Hijo y gobernada por él.

¡Pero, alerta! Algunos han perdido su lugar en esta gloriosa casa, como mostrará pronto el autor. En estos versículos, sin embargo, él ofrece un estímulo, exhortándonos a retener “firme hasta el fin la confianza y el gloriarnos en la esperanza”. La “confianza” es ese sentimiento que permite que las palabras fluyan libremente. Esa confianza subjetiva no es nada sin la objetiva “esperanza” en la que nos gloriamos. La palabra que se traduce como “gloria” se refiere a la causa para gloriarnos, no al acto. La “esperanza” señala la causa y el contenido de nuestro gloriarnos, elevando nuestros ojos de fe a lo que tenemos y que siempre tendremos en ese superior Cristo Jesús.

ADVERTENCIA:
NO ENDUREZCÁIS VUESTRO CORAZÓN
EN INCRECULIDAD COMO HIZO ISRAEL

7 Por eso, como dice el Espíritu Santo:

«Si oís hoy su voz,

8 no endurezcáis vuestros corazones

**como en la provocación, en el día de la tentación
en el desierto,**

**9 donde me tentaron vuestros padres; me pusieron
a prueba**

y vieron mis obras cuarenta años.

**10 Por eso me disgusté contra aquella generación
y dije: “Siempre andan vagando en su corazón
y no han conocido mis caminos.”**

11 Por tanto, juré en mi ira:

“No entrarán en mi reposo.”»

El autor pasa de una comparación entre Cristo y Moisés a una comparación entre sus seguidores. Para los lectores judíos no podría haber un ejemplo de advertencia más efectivo que lo que le ocurrió a Israel durante sus cuarenta años de vagar por el desierto. Moisés registró esos eventos particularmente en las páginas del Éxodo, y David los resumió de nuevo en el Salmo 95:7-11. Ahora, citando el Salmo de David, el autor señala, “dice el Espíritu Santo”; de nuevo tenemos el hecho de la inspiración, y las palabras de David son las palabras del Espíritu. Más adelante en 4:7 se repite este mismo versículo y el autor declara aun más específicamente que Dios habló “por medio de David”.

¿Qué tiene Dios que decirnos por medio de David? Algo extremadamente serio: “Si oís hoy su voz, no endurezcáis vuestros corazones”. “Hoy” es el presente, el momento en el que Dios habla, un día cuya duración sólo él determina. “Endurecer” contiene la imagen de volver algo seco y tieso, como la rama de

un árbol que no se dobla ni cede. Aplicada al corazón, que el judío veía como el asiento de todo su ser, significaba catástrofe espiritual. Describía un corazón que muy bien sabía, que había gustado y conocía las bendiciones de Dios, pero que en incredulidad deliberada se había apartado de esas bendiciones. Ese fenómeno puede ser llamado suicidio espiritual, ya que es imposible para el Espíritu obrar el arrepentimiento en corazones así mientras perseveren en incredulidad deliberada.

¡Mire a Israel en el desierto! De los 600.000 hombres mayores de 20 años que se levantaron victoriosos a las orillas del Mar Rojo, después de pasarlo al comienzo del Éxodo, sólo Josué y Caleb entraron finalmente en la tierra prometida. Los otros, por su corazón endurecido, llenaron sepultura tras sepultura, tachonando el camino del desierto. En el hebreo del Salmo 95, “provocación” y “tentación” son los nombres propios “Meribá” y “Masá”, y se refieren a los eventos en Refidim, donde el pueblo murmuró porque no tenía agua para beber (Éxodo 17). En la Septuaginta, la traducción griega del Antiguo Testamento, de la cual cita el autor, están traducidas “provocación” y “tentación” y se usan aquí para referirse a todo el período de cuarenta años. De principio a fin, durante cuarenta años, a la manera de un río que gradualmente se va helando en el invierno, ocurrió el proceso de endurecimiento. Vieron lo que Dios hizo por ellos, que nunca los decepcionó, pero en testaruda incredulidad siguieron tentándolo y retándolo. Sus ojos vieron, pero no sus corazones. Al contrario, insistieron siempre en una nueva evidencia de la presencia de Dios en medio de ellos.

Siguiendo los pensamientos del Salmo 95, el autor de Hebreos cita a Dios diciendo: “Por eso me disgusté contra aquella generación”. “Disgustar” es una palabra fuerte y muestra la reacción inevitable de Dios contra el pecado. El Dios santo, descrito en 12:29 como un “fuego consumidor”, no trata con suavidad el pecado ni tolera al pecador por siempre. Cuando los corazones se extravían al ignorar por completo sus “hoy” y desdeñan constantemente sus “caminos”, viene otra reacción,

como descubrió Israel. Habiendo agotado la gracia de Dios en el desierto, Israel oyó el juramento de Dios en justa ira: “No entrarán en mi reposo”. Cuando Dios hace un juramento, siempre es irrevocable y siempre es serio. Perder la Canaán terrenal fue muy serio, pero fue mucho más serio perder la celestial. La advertencia que se les hace a los lectores es clara: ¡No repitan los errores de aquellos israelitas!

¹² Mirad, hermanos, que no haya en ninguno de vosotros corazón tan malo e incrédulo que se aparte del Dios vivo.

¹³ Antes bien, exhortaos los unos a los otros cada día, entre tanto que se dice: «Hoy», para que ninguno de vosotros se endurezca por el engaño del pecado, ¹⁴ porque somos hechos participantes de Cristo, con tal que retengamos firme hasta el fin nuestra confianza del principio.

Con interés pastoral, el autor les aplica ahora esta advertencia a sus lectores y compañeros creyentes. Les exhorta: “Mirad, hermanos, que no haya en ninguno de vosotros corazón tan malo e incrédulo”. El autor no quiere que ni uno de ellos se pierda. La incredulidad siempre es un problema del corazón, que tiene que ver con el ser interno, y siempre es seria porque rechaza la salvación de Cristo.

El corazón incrédulo contra el que el autor advierte a cada uno de sus lectores, es el que hace “que se aparte del Dios vivo”. Ese no es un extravío casual, sino una deserción deliberada por parte de corazones que una vez oyeron y creyeron, pero que luego se separaron del Dios viviente. ¿Estaba inclinado alguno de los lectores, por el ardor de la persecución, a rebelarse contra Jesús y regresar al judaísmo? ¡Que estén advertidos! Apartarse de Jesús es rechazar al Dios viviente. En Juan 5:23, Jesús dijo: “El que no honra al Hijo no honra al Padre, que le envió”.

Todos ellos necesitaban animarse constantemente unos a otros, porque el pecado puede ser en gran manera engañoso, disfrazando su horrible propósito, diluyendo su sabor venenoso y al final

destruyendo por completo. ¿No parecía muy serio el pecado de apartarse de Cristo para regresar al judaísmo; quizás parecía más bien prudente en vista de la persecución? “Mirad”, advierte el autor, “este es el curso engañoso del pecado y puede llevar a endurecer el corazón”. El autor los exhorta a ayudar el uno al otro, recordándoles a sus lectores que ningún creyente existe como una isla. La fe cristiana y la salud espiritual no son simplemente asuntos entre un hombre y su Dios, sino que también son de vital importancia entre los hermanos en la fe. Reunirse en congregaciones locales es más que aconsejable; es necesario para que podamos exhortarnos los unos a los otros cada día.

Los creyentes comparten mucho en Cristo y les espera mucho más. Todo lo que el Salvador enviado del cielo ofrece es nuestro “con tal que retengamos firme hasta el fin nuestra confianza del principio”. Al principio, cuando fueron llevados a la fe, aquellos lectores tenían una posición muy firme y confiada. Ahora sería muy triste si alguno resultara como los pedregales de Marcos 4:16,17 que para la semilla de la fe son inconstantes y luego, “cuando viene la tribulación o la persecución por causa de la palabra, tropiezan”.

¹⁵ Por lo cual dice:

**«Si oís hoy su voz,
no endurezcáis vuestros corazones como en la
provocación.»**

¹⁶ ¿Quiénes fueron los que, habiendo oído, lo provocaron? ¿No fueron todos los que salieron de Egipto por mano de Moisés? ¹⁷ ¿Y con quiénes estuvo él disgustado cuarenta años? ¿No fue con los que pecaron, cuyos cuerpos cayeron en el desierto? ¹⁸ ¿Y a quiénes juró que no entrarían en su reposo, sino a aquellos que desobedecieron? ¹⁹ Y vemos que no pudieron entrar a causa de su incredulidad.

Una vez más el autor les advierte a sus lectores que no endurezcan el corazón. Con una serie de preguntas incisivas, enfatiza su punto: “¿Quiénes fueron los que, habiendo oído, lo provocaron?” No eran personas ignorantes, ni que nunca hubieran experimentado las obras y los caminos maravillosos de Dios, sino “todos los que salieron de Egipto por mano de Moisés”. “¿Con quiénes estuvo él disgustado durante cuarenta años?” No con quienes no conocían nada mejor o eran inocentes, sino con “los que pecaron”. La ira de Dios no es caprichosa ni precipitada.

Cuarenta años de rechazo y rebelión por parte de los que habían experimentado ricamente la providencia divina fueron la causa de todas esas tumbas que tachonaron el desierto. “¿Y a quiénes juró que no entrarían en su reposo?” A gente que no tenía excusa alguna, a aquellos que sabían bien y sin embargo desobedecieron, negándose a creer. ¿Puede algún lector no darse cuenta? “Y vemos”, concluye el autor, “que no pudieron entrar a causa de su incredulidad”. ¿Qué le robó a esa generación de Israel el descanso, tanto en la Canaán terrenal como en la celestial? “La incredulidad”. ¿Serán las consecuencias menos severas para aquellos que se aparten hoy del Jesús superior?

Parece que se pide mucho de aquellos primeros lectores y de nosotros hoy: la carrera de la fe es para correrla con todo esfuerzo durante todo el tiempo, el camino que recorre es azaroso y lleno de obstáculos, ¡y es exigente hasta el final! ¿Cómo lo podemos hacer? ¿Cómo podemos mantenernos? “Considerad a Jesús”, exhorta el autor, “al apóstol y sumo sacerdote de nuestra profesión” (3:1). Sean ese Jesús superior y su Palabra la base segura de nuestra confianza. Haga Dios yacer nuestra fe no sobre lo que somos, sino sobre lo que Jesús es; no en lo que nosotros hacemos, sino en lo que Jesús hizo. Entonces, nuestra jornada en el desierto de la vida, a diferencia de la de Israel, tendrá un buen principio y un buen fin.

PERO BUSQUEN EL REPOSO QUE ELLOS
PERDIERON

4 Temamos, pues, no sea que permaneciendo aún la promesa de entrar en su reposo, alguno de vosotros parezca no haberlo alcanzado. También a nosotros se nos ha anunciado la buena nueva como a ellos; a ellos de nada les sirvió haber oído la palabra, por no ir acompañada de fe en los que la oyeron. Pero los que hemos creído entramos en el reposo, de la manera que dijo: «Por tanto, juré en mi ira que no entrarían en mi reposo», aunque las obras tuyas estaban acabadas desde la fundación del mundo, pues en cierto lugar dijo así del séptimo día: «Y reposó Dios de todas sus obras en el séptimo día». ⁵ Nuevamente dice: «No entrarán en mi reposo»

La palabra clave en esta sección es “reposo”, y el autor la utiliza cinco veces, además de la expresión especial “reposo del séptimo día”. El reposo del que escribe debe ser importante. El reposo eterno que espera a todos los creyentes en Cristo en el cielo es de toda importancia, de modo que el corazón pastoral del autor se extiende en una urgente advertencia a sus lectores: “Temamos, pues, no sea que... alguno de vosotros parezca no haberlo alcanzado”. Él no quería que ni uno de ellos perdiera el reposo celestial en el cual Dios entró cuando terminó su obra de creación y al cual señalaba la entrada de Israel en Canaán bajo el mando de Josué.

Pero ese reposo no se alcanza automáticamente; el incrédulo Israel en el desierto quedó como ejemplo de advertencia de cómo se puede perder. Estén en guardia los que aún tienen la “promesa” (palabra que el autor usa catorce veces, más que cualquier otro libro del Nuevo Testamento). Si Israel con todas sus ventajas perdió el reposo prometido, también lo pueden perder los lectores. Por tanto, “temamos, pues, no sea que... alguno de vosotros parezca no haberlo alcanzado”.

¿Cómo perdió Israel y cómo pueden perder los lectores ese reposo celestial? No fue porque no hubieran oído de él ni porque no supieran cómo entrar en él. “También a nosotros se nos ha anunciado la buena nueva como a ellos”, les recuerda el autor. La entrada en el reposo eterno de Dios por medio del Salvador prometido no era un misterio oculto para ellos. “Abraham, vuestro padre, se gozó de que había de ver mi día; y lo vio y se gozó”, les dijo Jesús a los judíos en Juan 8:56. Además, refiriéndose a Moisés, quien los había guiado en el desierto, Jesús pudo decir: “De mí escribió él” (Juan 5:46).

La gente del Antiguo Testamento, incluidos los judíos del Éxodo, tenían esta promesa evangélica en profecía. Los cristianos hebreos, a quienes les escribió el autor, la tenían en cumplimiento. Ambos miraban la misma llave para abrir la puerta al reposo celestial, el Salvador en la cruz del Calvario. Los creyentes del Antiguo Testamento miraban al futuro mientras que los creyentes del Nuevo Testamento miran al pasado; es el mismo Salvador para todos.

Sin embargo, “de nada les sirvió haber oído la palabra, por no ir acompañada de fe”. ¿Entendieron la advertencia esos hebreos cristianos que estaban tentados a olvidar a Cristo? ¿Lo entendemos nosotros? La fe no es un asunto sólo de oídos, sino del corazón. El mensaje del evangelio cuando golpea sólo los tímpanos, no conduce al reposo eterno. Se requiere fe, nos recuerda el autor, utilizando por primera vez esta palabra que es también una de sus favoritas. Por lo tanto, Israel perdió el reposo prometido por falta de fe. ¿No debe ser nuestra oración constante cuando oímos el precioso evangelio: “Creo; ayuda mi incredulidad” (Marcos 9:24)?

Para los incrédulos no hay reposo celestial, pero para los creyentes este reposo es seguro y cierto. “Los que hemos creído entramos en el reposo”, escribe el autor, utilizando el tiempo presente. La entrada en ese reposo ocurre ahora mismo, “De cierto, de cierto os digo: El que oye mi palabra y cree al que me envió, *tiene* vida eterna; y no vendrá a condenación, sino que *ha pasado* de la muerte a la vida”, dijo Jesús en Juan 5:24.

En efecto, no somos sino extranjeros aquí, y el cielo es nuestro hogar. Paso a paso andamos por la senda del desierto hacia ese hogar y al reposo perfecto que él ofrece. Pero mientras estamos en el camino, durante el tiempo que tome el viaje, ese reposo es nuestro. El sorbito que tenemos de esa paz perfecta y del completo compañerismo con Dios nos hace apurar toda la copa de lo que Dios llama sencillamente “mi reposo”. ¿Dónde encontramos la capacidad para sondear, o las palabras para describir por completo, todo lo que contiene la frase, “mi reposo”?

De nuevo, el autor cita el Salmo 95:11. Cuando Dios en justa ira juró que Israel en el desierto no entraría en su reposo, no estaba rompiendo su promesa ni clavando trancas sobre la puerta del cielo. Ese gozoso reposo todavía está, como siempre ha estado y como siempre estará. El autor refuerza esta importante verdad llevándonos a la creación del mundo.

Dado que el Antiguo Testamento dice en tres lugares diferentes (Génesis 2:2, Éxodo 20:11 y 31:17): “Y reposó [Dios] el día séptimo”, el autor dice que esa frase se encuentra “en cierto lugar”. Note nuevamente el hecho de la inspiración: aunque Moisés escribió estos versículos, el autor declara: “Dijo [Dios] así del séptimo día”. ¿En qué consistió el reposo de Dios en el séptimo día? Ciertamente no pudo haber sido por cansancio, como si seis días creando todas las cosas lo hubieran fatigado. En 40:28, Isaías nos recuerda: “El Dios eterno es Jehová, el cual creó los confines de la tierra... No desfallece ni se fatiga con cansancio”. Tampoco consistió en inactividad, como si hubiera dejado de vigilar los gorriones o de contar los cabellos de nuestra cabeza. Al contrario, en Juan 5:17 Jesús les dijo a los judíos: “Mi Padre hasta ahora trabaja, y yo trabajo”.

El reposo de Dios en el séptimo día fue el descanso que sigue después de terminada la santa obra, un reposo caracterizado por perfecto contentamiento e infinita satisfacción. Ese reposo, ese cumplimiento bendito y total, es lo que él quiere compartir con sus hijos. Cuando leemos el capítulo uno de Génesis, notamos que cada día de la creación se describe de la misma manera: “Y fue la

tarde y la mañana el día”. No obstante, del séptimo día no lo dice. Cada uno de esos seis días de creación tuvo un final así como un comienzo, pero del día de reposo no se dice eso. Desde luego, ese séptimo día también tuvo veinticuatro horas como los demás, pero el reposo que simboliza no tuvo fin.

Desde que terminó la creación y a pesar del pecado del hombre, el descanso de Dios está abierto. “No entrarán en mi reposo”, dijo Dios de Israel, pero *otros* sí lo harán. El Dios eterno extiende sus manos en abierta invitación: “Venid a mí... y yo os haré descansar” (Mateo 11:28) a un mundo que se agota bajo la carga de sus pecados y está agobiado por sus consecuencias. Lo hermoso de esto es que no sólo invita, sino que su gracia por medio de la palabra y de los sacramentos produce en nosotros la fe necesaria para entrar en ese eterno reposo.

⁶ Por lo tanto, puesto que falta que algunos entren en él, y aquellos a quienes primero se les anunció la buena nueva no entraron por causa de la desobediencia, ⁷ otra vez determina un día: «Hoy», del cual habló David mucho tiempo después, cuando dijo:

**«Si oís hoy su voz,
no endurezcáis vuestros corazones.»**

⁸ Si Josué les hubiera dado el reposo, no hablaría después de otro día. ⁹ Por tanto, queda un reposo para el pueblo de Dios, ¹⁰ porque el que ha entrado en su reposo, también ha reposado de sus obras, como Dios de las suyas.

¹¹ Procuremos, pues, entrar en aquel reposo, para que ninguno caiga en semejante ejemplo de desobediencia.

En 40:8 de su libro, Isaías declaró: “La palabra del Dios nuestro permanece para siempre”, y en Mateo 24:35, Jesús repitió el pensamiento: “Mis palabras no pasarán”. La palabra de Dios es siempre segura. Su promesa de reposo se mantiene aunque Israel lo perdió; su promesa se cumplirá con la entrada de otros en ese reposo. “Falta que algunos entren en [el reposo]”, dice el texto,

recordándonos con “algunos” que Dios quiere tantos como sea posible. De nuevo, notamos que el camino a su reposo es por medio del “anuncio de la buena nueva [el evangelio]” a los hombres y que hay estrecha conexión entre el evangelio y la fe. Israel en el desierto perdió el reposo “por causa de la desobediencia”, una expresión que se utiliza siempre en el Nuevo Testamento para designar desobediencia a Dios. A veces esa palabra se usa en conexión con el evangelio y significa lo mismo que incredulidad, el negarse a creer las promesas de Dios.

Sin embargo, el “hoy” en el que Dios ofreció su reposo no terminó con el triste incidente del desierto. “Mucho tiempo después”, de hecho más de 400 años, lo oímos ofreciéndole su reposo al Israel del tiempo de David. Tampoco su “hoy” terminó con ellos, sino que les sigue hablando a los hebreos cristianos que leyeron sus palabras siglos después y a todos los que las leen hoy. El presente es el “hoy” de Dios para nosotros; sólo él sabe cuánto más durará. Su voz nos habla por medio de la palabra, proclamando el evangelio y ofreciendo su reposo en forma más gloriosa que la que Israel jamás oyó.

La referencia a Josué en el versículo ocho refuerza la identificación exacta del reposo del que habla Dios. No era la mera entrada en el país terrenal de Canaán, como hizo Josué con los hijos de esa generación descarriada de israelitas, sino es la Canaán celestial, la que muestra claramente Dios, hablando por medio de David cientos de años más tarde. En griego, los nombres de *Josué* y de *Jesús* son el mismo; el contexto debe ayudar a determinar de cuál se trata. ¡Qué pensamiento! El primer “Josué” no los pudo llevar al verdadero reposo de Dios, pero hubo otro que pudo y lo hizo, con su sangre como precio.

El punto es claro: “Por tanto, queda un reposo para el pueblo de Dios”. La palabra traducida como “reposo” aquí en el griego es la palabra para el sábado, el día de reposo del Antiguo Testamento. “El pueblo de Dios”, el Israel espiritual de todos los creyentes verdaderos, tiene el eterno *reposo* de paz y perdón, de

unión y comunión con Dios, que alcanzará su plenitud en el cielo. El reposo de Dios en ese primer *día de reposo* después de la creación tipificó este maravilloso reposo, como hicieron todos los sábados observados en el Antiguo Testamento.

Para nosotros los que estamos en el Nuevo Testamento el cuadro es todavía más claro, y aquellos sábados fueron, como señala Colosenses 2:17, “sombra de lo que ha de venir; pero el cuerpo es de Cristo”. En Cristo, esa sombra se hace realidad; por medio de su muerte y resurrección el camino al eterno reposo de Dios está completamente terminado y plenamente abierto. Lo que necesitamos ahora no son los días de reposo del Antiguo Testamento, sino una fe en Cristo “que fieras no podrán vencer, ni dominarla el opresor” (Culto Cristiano [CC] 224:2).

El reposo implica cesación del trabajo, abandono de lo que fatiga; también es así con el reposo celestial que Cristo trae y al cual lleva. “El que ha entrado en su reposo, también ha reposado de sus obras, como Dios de las suyas”, nos recuerda el autor. Antes de la fe, el hombre busca obrar su propia salvación, suda y se esfuerza en vano y con temor, buscando quitar la mancha del pecado y pagar su pena. ¡Qué reposo hay cuando por la fe oye las palabras del Señor que se encuentran en Isaías 40:1,2! “Consolad, consolad a mi pueblo... Hablad al corazón de Jerusalén; decidle a voces que su tiempo es ya cumplido, que su pecado está perdonado, que doble ha recibido de la mano de Jehová por todos sus pecados”.

El que conoce y cree en la obra de Jesucristo, abandona muy pronto sus vanas obras. Después de la salvación el creyente sigue trabajando; se consume en servicio vivo a Aquel que lo amó y se dio a sí mismo por él. Nunca nos cansamos de ese servicio, aunque a menudo nos cansamos en él. Será maravilloso cuando pase el tiempo y oigamos esa voz del cielo diciendo, como en Apocalipsis 14:13: “Bienaventurados de aquí en adelante los muertos que mueren en el Señor. Sí, dice el Espíritu, descansarán de sus trabajos, porque sus obras con ellos siguen.”

El creyente prueba en parte ese glorioso reposo ahora y desea saborearlo en el cielo plenamente y para siempre. Es por eso que oye atentamente cuando el autor hace esta advertencia con su corazón pastoral lleno de preocupación: “Procuremos, pues, entrar en aquel reposo”. Se necesita más que un buen comienzo, más que lealtad nominal a la bandera cristiana, más que un ocasional servicio de labios a su palabra. Debe hacerse todo esfuerzo si es que vamos a alcanzar ese reposo, y se debe estar en constante diligencia de modo que no acabemos como el desobediente e incrédulo Israel en el desierto. Sin embargo, ese esfuerzo se debe hacer en la dirección correcta, siempre más cerca al evangelio de Dios, por medio del cual su poderosa gracia obra para llevar, acuñar y fortalecer la fe debilitada. Antes de que podamos orar: “Cristo Salvador, sé mi guiador en la senda de esta vida a la patria apetecida” (CC 159:1), necesitamos otra oración, la que pide humildemente: “Dame ardiente corazón, lleno de amor, lleno de amor; y tu Espíritu, Señor, como guiador, como guiador” (Himnos de Fe y Alabanza 281).

¹²La palabra de Dios es viva, eficaz y más cortante que toda espada de dos filos: penetra hasta partir el alma y el espíritu, las coyunturas y los tuétanos, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón. ¹³Y no hay cosa creada que no sea manifiesta en su presencia; antes bien todas las cosas están desnudas y abiertas a los ojos de aquel a quien tenemos que dar cuenta.

El autor ha expuesto enérgicamente el hecho de que Dios les otorga su reposo a los creyentes, pero lo niega a los incrédulos. Ahora les recuerda claramente a sus lectores que la palabra de Dios puede distinguir fácilmente entre los dos. Con “palabra de Dios” se refiere no sólo al Salmo 95 o al Antiguo Testamento, sino también a las escrituras del Nuevo Testamento, que esos judíos cristianos tenían por esa época. Esa palabra no era una enciclopedia aburrida llena de hechos antiguos; no era una simple

palabra humana que se dice y se evapora rápidamente en el aire, sino que tiene cualidades que los harán despabilarse y ponerle atención, como mostró el autor exponiendo tres pares de pensamientos.

“La palabra de Dios es viva y eficaz”, es el primer par. Es viva, llena de la vitalidad de Dios y por lo tanto indestructible e imperecedera. También es “eficaz”, porque la palabra hace cosas. No es pasiva ni anticuada, sino siempre actual y efectiva como dijo Dios por medio del profeta Isaías: “No volverá a mí vacía, sino que hará lo que yo quiero y será prosperada en aquello para lo cual la envié” (55:11). La mujer samaritana junto al pozo en Juan 4 y el ladrón penitente al lado de Jesús en la cruz nos pudieron decir algo sobre la vitalidad y el poder de la palabra de Dios.

Es “más cortante que toda espada de dos filos; y penetra hasta partir el alma y el espíritu, las coyunturas y los tuétanos”, es el segundo par. La corta espada que llevaban los legionarios romanos era cortante y con su doble filo podía cortar en cualquier dirección. Pero la palabra de Dios es mucho más cortante y con sus poderosos filos puede dividir hasta lo indivisible. Es difícil distinguir entre “alma” y “espíritu”, parecen ser diferentes funciones del mismo elemento, refiriéndose con “alma” más a la vida física común con sus deseos e intereses; y con “espíritu”, a la más alta vida espiritual que necesita el compañerismo con Dios. ¿Quién puede decir dónde se tocan o se dividen el alma y el espíritu? Aun así la palabra de Dios las divide tan fácilmente como unas tijeras cortantes se deslizan por un tejido delgado. Con “coyunturas” y “tuétanos”, el autor pasa a un pensamiento ligeramente diferente. La palabra de Dios, con su filo cortante, pone al descubierto las coyunturas donde los huesos se unen, y hasta los huesos mismos donde se halla el tuétano. La palabra penetra tan profundamente en el interior del ser, que expone sus partes más secretas. Las personas que oyeron el sermón de Pedro en Pentecostés conocieron la acción penetrante de ésta espada de dos filos. Hechos 2:37 nos dice: “Al oír esto, se compungieron de corazón, y dijeron a Pedro y a los demás apóstoles: Hermanos, ¿qué haremos?”

El tercer par dice: “Discierne los pensamientos y las intenciones del corazón. Y no hay cosa creada que no sea manifiesta en su presencia; antes bien todas las cosas están desnudas y abiertas a los ojos de aquel a quien tenemos que dar cuenta.” La palabra de Dios es su ojo que mira en el corazón del hombre, con su penetrante y escrutadora mirada llega a los rincones más profundos del corazón y juzga correctamente los pensamientos y las actitudes que encuentra ahí. El último día esa palabra hará también el juicio, como Jesús advirtió en Juan 12:48: “El que me rechaza y no recibe mis palabras, tiene quien le juzgue: la palabra que he hablado, ella le juzgará en el día final”.

El mismo pensamiento se expresa en la segunda mitad de este par. Pasando de la palabra de Dios a la persona de Dios, el autor muestra su estrecha conexión. Bajo la mirada escrutadora de Dios, nadie se puede esconder ni puede esconder sus hechos. “Todas las cosas están desnudas”. El pecado secreto, la tentación clandestina, una pequeña mancha de podredumbre, el lento apartarse de Dios y de su palabra, todo es “desnudado” ante sus ojos como la nuca del animal sacrificial, doblada hacia un lado, queda completamente expuesta para el cuchillo. Así, nada ni nadie estará escondido de los ojos de Dios.

Viene ahora la conclusión a la que el autor ha llevado con los tres pares. Señala a “aquel a quien tenemos que dar cuenta”. La palabra de Dios nos da vida a nosotros y eternidad a nuestro corazón, pero si se desdeña o se descuida, vendrá el día en que esa misma palabra nos compela a mirar en los ojos de él que todo lo ve. Para el incrédulo este pensamiento es ley, y le advierte que Dios no puede ser defraudado ni burlado. Para el creyente es evangelio, y lo reconforta cálidamente con la idea de que Dios conoce todas sus debilidades y está siempre listo a darle en Cristo todo lo que sea necesario. El tema recurrente de este capítulo es de suma importancia para ambos: “Si oís hoy su voz, no endurezcáis vuestros corazones”.

***Cristo es superior en su sacerdocio
Es un sacerdote superior en idoneidad***

¹⁴ Por tanto, teniendo un gran Sumo sacerdote que traspasó los cielos, Jesús el Hijo de Dios, retengamos nuestra profesión. ¹⁵ No tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado. ¹⁶ Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro.

“Sumo Sacerdote” es un término que sólo el libro de Hebreos le aplica a Jesucristo; de hecho, el pensamiento de su sumo sacerdocio constituye el tema central de este libro. El autor se ha dirigido a este importante concepto desde el comienzo de su libro, como indican sus alusiones en 2:17 y 3:1. Ahora nos lleva a un contacto más estrecho con el tema, aunque debemos esperar hasta los capítulos 7, 8 y 9 para un tratamiento más completo.

El sacerdocio era básico para el judaísmo; cada judío estaba familiarizado con el concepto de sacerdotes que oficiaban en el templo de Jerusalén y con el de sumo sacerdote que los lideraba en el servicio. ¿Se sentía atraído alguno de los lectores por ese sacerdocio del Antiguo Testamento? ¿Era la excusa de que el cristianismo no tenía sumo sacerdote parte de la argumentación para retroceder del cristianismo al judaísmo? Entonces que oigan y aprendan. “Tenemos un gran sumo sacerdote”, escribe el autor. Nunca se dijo de un sacerdote del Antiguo Testamento que fuera “grande”, ni siquiera de Aarón, el primero, pero sí se lo dice acerca del Sumo Sacerdote de Dios.

Además, este gran Sumo Sacerdote “traspasó los cielos”. ¿Les molestaba su invisibilidad? ¿Preferían un sacerdote visible de la descendencia de Aarón, que cada año, en el día de la expiación, fuera con la sangre del sacrificio a través del patio del templo al

Lugar Santo y luego pasara a donde no podía ser visto, detrás del velo, al Lugar Santísimo?

Si así fuera, entonces que recuerden que el Sumo Sacerdote de Dios hizo más que pasar por las cámaras del templo, como hacían aquellos sacerdotes terrenales que hoy se ven y mañana están muertos; él fue a través de los cielos al trono de Dios para vivir y reinar allí para siempre. Su invisibilidad es su ventaja; su ausencia indica su grandeza. El sacrificio que ofreció, la sangre que llevó al trono de la gracia de Dios, fue su propia sangre, “la víctima es y el sacerdote” (CC 127:1), y su sacrificio fue perfecto. Sólo una vez tuvo que llevarlo, no cada año como aquellos sumos sacerdotes con la sangre de animales, como bien lo indicó su ascensión a la gloria celestial.

¿Quién es este “gran sumo sacerdote”? “Jesús el Hijo de Dios”, establece claramente el autor, llamándolo “Jesús” para recordarnos su humanidad e “Hijo de Dios” para asegurarnos su divinidad. Aquí está un sumo sacerdote que es muy superior a cualquier sumo sacerdote terrenal por su persona y por su obra.

¡Es también nuestro Sumo Sacerdote! “Tenemos un gran sumo sacerdote”, les recuerda el autor a los hebreos; Dios se lo había dado. Por la gracia de Dios habían profesado a Jesús y a todo lo que él ofreció como la sustancia de su fe; ahora no era el momento de tambalearse en esa confesión. No importa qué fuerzas los estuvieran empujando y presionando, no había lugar para la cobardía. Un gran sumo sacerdote que hizo la vida digna de vivir y la muerte digna de morir, no merecía ser desechado fácilmente ni cambiado irreflexivamente por algo inferior. Al contrario, era el momento de mantenerse firmemente aferrados a él y a sus bendiciones.

Hablemos de las debilidades. Es fácil decir: “Retengamos nuestra profesión”, pero ¿qué hay sobre esas debilidades que pueden llevar a la duda y a la desobediencia a Dios, al desamor hacia nuestros semejantes y a la preocupación por uno mismo? El Sumo Sacerdote sabe también de esas cosas, y eso es parte de lo que lo hace tan grande. En la vida de Jesús sobre la tierra, cuando

tomó nuestra naturaleza humana y se hizo verdadero hombre, también “fue tentado en todo según nuestra semejanza”. Desde el comienzo hasta el fin de esa permanencia en la tierra, Jesús enfrentó tentaciones severas, peores de las que nos podemos imaginar. Sintió en su plenitud la presión y la atracción cuando todas las huestes de las barracas del infierno con todas las armas de los arsenales infernales se abatieron sobre él. Sintió esas tentaciones más que nosotros, porque mientras nosotros caemos muy frecuentemente en el primer asalto de la tentación, él permaneció de pie para recibir cada asalto.

Aun así, fue en todo “sin pecado”. Este pensamiento puede ser tomado en dos sentidos, ambos correctos. Puede significar que aunque tentado, nunca cedió, sino que permaneció santo. La escritura defiende correctamente con celo la condición sin pecado de Cristo, recordándonos en pasajes como 2 Corintios 5:21, que él “no conoció pecado” y en 1 Pedro 2:22, que “no cometió pecado”. Un Jesús pecador no hubiera podido ser Salvador ni gran Sumo Sacerdote.

También la mención de que es sin pecado puede señalar su naturaleza humana perfecta. A diferencia de nosotros, Jesús no tuvo “viejo Adán”; no tuvo naturaleza pecaminosa heredada de la cual pudiera surgir tentación. Los ataques no vinieron de su interior, sino del exterior, de Satanás y del mundo perverso, de modo que Jesús les pudo decir a sus discípulos en Juan 14:30, “Viene el príncipe de este mundo y él nada tiene en mí”. El punto es que Jesús sabe qué es la tentación. Aunque la repetida y muy real tentación dejó incólume su condición libre de pecado, él sabe de qué se trata. Por experiencia propia, sabe lo que afrontamos y su corazón se puede compadecer de nosotros.

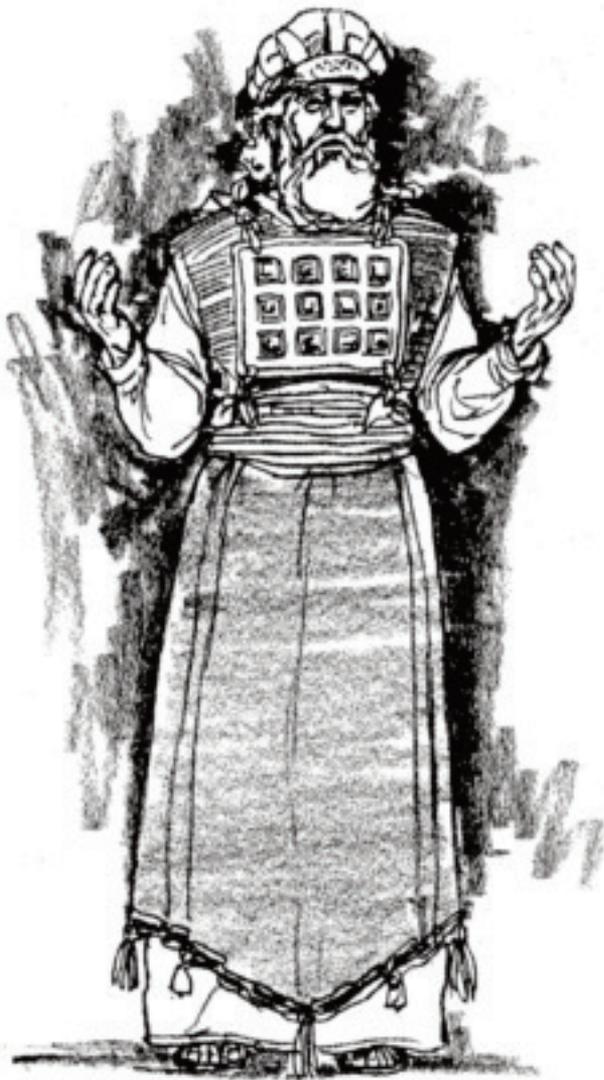
¿Desechar ese sumo sacerdote? ¿Regresar al judaísmo donde los pecadores no se atrevían a acercarse al Dios santo excepto a través de la mediación de un sumo sacerdote humano una vez al año? No, en lugar de eso el autor hace esta exhortación: “Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia”; este es el trono de Dios al que nos podemos acercar, el lugar de su

infinita majestad y santa justicia. Ante este trono de esplendor, los pecadores retroceden estremecidos de terror y permanecen mudos en culpa. Sin embargo, con Cristo nuestro gran Sumo Sacerdote de pie allí, se convierte en “trono de gracia” donde los creyentes pueden “alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro”.

En el momento preciso, justo cuando lo necesitamos, cuando vienen las tentaciones, encontramos lo necesario en aquel que sabe bien cómo darlo. Recibiremos “misericordia”, el amor de Dios que observa y les ofrece ayuda a los creyentes abrumados por su debilidad. También estará allí la “gracia”, el amor de Dios absolutamente inmerecido, que perdona al culpable. A ese trono de gracia vamos confiadamente confesando el pecado y recibiendo el perdón, llevando la aflicción y siendo consolados, entregando la debilidad y siendo fortalecidos, haciendo preguntas y recibiendo respuestas, pero sólo por causa del “gran sumo sacerdote” que ha hecho completa expiación de nuestros pecados.

5 Porque todo sumo sacerdote es escogido de entre los hombres y constituido a favor de los hombres ante Dios, para que presente ofrendas y sacrificios por los pecados, ² él puede mostrarse paciente con los ignorantes y extraviados, puesto que él también está rodeado de debilidad, ³ por causa de la cual debe ofrecer por los pecados, tanto por sí mismo como también por el pueblo. ⁴ Y nadie toma para sí esta honra, sino el que es llamado por Dios, como lo fue Aarón.

El autor avanza en el pensamiento del sacerdocio superior de Cristo trazando una comparación entre él y los sumos sacerdotes del judaísmo. El sumo sacerdote del Antiguo Testamento era elegido de entre aquellos a quienes iba a servir, y su principal servicio era “presentar ofrendas y sacrificios por los pecados”, lo cual debía hacer particularmente en el día de la expiación, como se detalla en Levítico 16.



La vestidura del sumo sacerdote

En su trato con los pecadores, se debía mostrar paciente con los que eran “ignorantes” y “extraviados”. “Mostrarse paciente” significaba equilibrar los propios sentimientos, evitando tanto la lenidad como la severidad. Note que el autor habla de pecadores “ignorantes y extraviados”, refiriéndose a Números 15:27-31, donde se hace la distinción entre pecar por ignorancia y pecar por desafío.

Los que pecaran por desafío y por lo tanto blasfemaron a Dios, debían ser cortados de Israel y llevar sus pecados con ellos. Los que pecaran por ignorancia y sin intención, tendrían sus pecados cubiertos por el sacrificio traído el día de la expiación. El sumo sacerdote, que conocía por experiencia propia la debilidad humana con la que su pueblo tenía que luchar, podía tratar moderadamente con él.

Sin embargo, siendo humano, tenía también una desventaja, ya que el sumo sacerdote tenía también sus propios pecados. Levítico 16 relata cómo el ritual del día de la expiación hacía provisión para los pecados del sumo sacerdote: antes de esparcir la sangre del cabro sobre el propiciatorio como ofrenda por los pecados del pueblo, el sumo sacerdote tenía que entrar detrás del velo en el Lugar Santísimo con la sangre de un becerro y hacer “expiación por sí mismo, por su casa” (Levítico 16:17).

El autor señala otro punto sobre el sacerdocio del Antiguo Testamento: su llamamiento divino. En Éxodo 28 y Levítico 8, Dios estableció el sacerdocio del Antiguo Testamento y llamó a Aarón como su primer sumo sacerdote. Con el llamamiento directo de Aarón Dios designó también a sus descendientes como aquellos de entre quienes saldrían los sumos sacerdotes. Nadie tomó el oficio de sumo sacerdote por sí mismo, porque era necesario ser llamado por Dios.

**⁵ Por eso, tampoco Cristo se glorificó a sí mismo haciéndose Sumo sacerdote, sino que fue Dios quien le dijo:
«Tú eres mi Hijo,
yo te he engendrado hoy.»**

⁶ Como también dice en otro lugar:

**«Tú eres sacerdote para siempre,
según el orden de Melquisedec.»**

⁷ Y Cristo, en los días de su vida terrena, ofreció ruegos y súplicas con gran clamor y lágrimas al que lo podía librar de la muerte, y fue oído a causa de su temor reverente. ⁸ Y, aunque era Hijo, a través del sufrimiento aprendió lo que es la obediencia; ⁹ y habiendo sido perfeccionado, vino a ser autor de eterna salvación para todos los que lo obedecen, ¹⁰ y Dios lo declaró Sumo sacerdote según el orden de Melquisedec.

El lector perspicaz puede ver ya la dirección en que va el autor: ¡Jesús es muy superior al sumo sacerdote del Antiguo Testamento! ¿Dudaban del llamamiento divino al sacerdocio? Entonces que oiga el lector lo que Dios dijo en el Salmo 2:7, donde el Padre llamó a Cristo “mi Hijo”, algo que nunca dijo de ningún sumo sacerdote del Antiguo Testamento. También en el Salmo 2, cuando Dios promulga la posición exaltada y la autoridad de su Hijo como el Mesías, el autor vio incluida una referencia a ese sacerdocio del Hijo.

Para los que están preocupados por la autoridad y la autorización pertinentes, el asunto debe quedar cancelado, porque el Padre, a quien correspondía el llamamiento, lo había conferido a su Hijo hecho carne. Note que la más alta palabra “glorificó” se usa en lugar de “honró” en el versículo cinco, porque el de Cristo es el más alto sacerdocio. Note, también, cómo Jesús en Juan 8:54 les señaló a los judíos cómo obtuvo esa gloria: “Si yo me glorifico a mí mismo, mi gloria nada es; mi Padre es el que me glorifica, el que vosotros decís que es vuestro Dios”. Aquí estaba el más grande sumo sacerdote en posesión de un glorioso oficio como llamado por Dios mismo.

Con esta cita del Salmo 110, el autor refuerza el hecho del llamamiento divino de Cristo al sacerdocio. En el versículo cuatro de ese salmo de David, Dios se dirige al Mesías diciendo: “Tú eres

sacerdote para siempre, según el orden de Melquisedec”. Aarón y sus sucesores tuvieron su día en el oficio y pasaron; este gran Sumo Sacerdote tendrá su llamamiento “para siempre”.

“Según el orden de Melquisedec”, dice también Dios del sacerdocio de su Hijo. Melquisedec aparece sólo tres veces en la Biblia, y es uno de los misterios de la Sagrada Escritura. Aparece brevemente en Génesis 14:18-20 cuando se encuentra con Abraham que regresaba de rescatar a Lot y lo bendice; allí es llamado “Rey de Salem” y “sacerdote del Dios Altísimo”. En el Salmo 110:4, David se refiere a él más brevemente y por inspiración ve en él un tipo de Cristo, que sería tanto Rey como Sacerdote; y en la carta a los Hebreos, aparece otra vez la referencia con gran detalle, como veremos después.

¿Querían estos hebreos cristianos regresar al judaísmo con su sumo sacerdocio? Aquí hay un sumo sacerdote mucho mayor, uno que es llamado para siempre, uno cuyo sacerdocio se remonta mucho antes que el de Aarón y combina tanto el poder del rey como el sacrificio del sacerdote, exactamente como Melquisedec en los días de Abraham.

¿Había duda de que se condoliera de su pueblo? Piense el lector en forma retrospectiva hacia los “días de su vida terrena”. ¿No sabía el gran Sumo Sacerdote Jesús algo sobre las flaquezas humanas de aquellos a quienes representaba? ¿No había asumido su naturaleza humana? El autor nos señala particularmente una instancia, la gran crisis de nuestro Señor en Getsemaní en la noche antes de su crucifixión.

El autor amontona palabras, y bajo la guía del Espíritu nos da más detalles que los registrados en los cuatro evangelios. Los “ruegos”, expresiones de necesidades, se hicieron “súplicas”, pedidos urgentes, una palabra que utilizaban para referirse a los suplicantes que llevaban una rama de olivo como símbolo de extrema necesidad. También de los labios de Cristo salió “gran clamor”, literalmente gritos que él no quería emitir, pero que eran arrancados de él en extrema agonía. De sus ojos salieron “lágrimas” como señales visibles de su angustia; la angustia y la

agonía se agudizaron hasta llevarlo a sudar “como grandes gotas de sangre que caían hasta la tierra” (Lucas 22:44). ¿Pensaban algunos de estos hebreos cristianos que estaban solos? ¿La presión de la persecución les laceraba el alma? Pues aquí estaba uno que, completamente solo, había pasado por más de lo que ellos jamás hubieran pensado, uno que sabía bien cómo ayudarles.

¿A quién y por qué oró el gran Sumo Sacerdote en el huerto de Getsemaní? Ambas preguntas se responden con las palabras: “Al que lo podía librar de la muerte”. Cuando la oscuridad del pecado del mundo lo envolvió y el horror de la condenación del mundo se abalanzó sobre él como las aguas desbordadas de un río tormentoso, su naturaleza humana se estremeció ante la tarea. No fue un rechazo sino un retroceso. Él añade, en perfecta obediencia, las palabras que se registran en Mateo 26:42: “Padre mío, si no puede pasar de mí esta copa sin que yo la beba, hágase tu voluntad”. Y su oración fue oída “a causa de su temor reverente”. La oración de Jesús fue oída y contestada porque estaba en completa armonía con la santa voluntad de su Padre, y perfectamente sometida a él. La respuesta del Padre no fue exonerar a su Hijo de la cruz, sino prepararlo para ella, incluso envió un ángel del cielo para fortalecerlo (Lucas 22:43).

Piense en el poderoso milagro y en el profundo misterio que hay en todo esto. Aquel que es el Hijo de Dios desde toda la eternidad tomó forma humana y sufre; aquel que como Hijo de Dios obedece perfectamente al Padre desde toda la eternidad, ahora “a través del sufrimiento aprendió lo que es la obediencia”. Jesús no aprendió a obedecer aquí, siempre lo supo, como lo demostró cuando, siendo un niño de doce años, les dijo a sus padres humanos en el templo: “¿No sabíais que yo debo estar en los asuntos de mi padre?” (Lucas 2:49).

Ahora, aprendió el costo pleno de esa obediencia, llevándola a un punto más allá del cual no podía ir. “Al hacerse obediente hasta la muerte, y muerte de cruz”, resume sucintamente Filipenses 2:8. Orando sumisamente, milagrosamente fortalecido, va en obediencia a la cruz, a la tumba, al trono.

“Habiendo sido perfeccionado”, (o más literalmente: “habiendo alcanzado su meta” de cruz, tumba y trono) este gran Sumo Sacerdote, “vino a ser autor de eterna salvación para todos los que lo obedecen”. Aarón y sus sucesores eran pecadores, y tenían que hacer primero expiación por sus pecados, pero éste es sin pecado en su persona y perfecto en obediencia. Aarón y sus sucesores ofrecieron sacrificios año tras año para expiar sus pecados, pero éste ofreció sólo una vez y fue suficiente. Aarón y sus sucesores llevaron sangre de animales, cuyo único poder estaba en que señalaba adelante a este gran Sumo Sacerdote cuya “sangre nos limpia de todo pecado” (1 Juan 1:7). Aquí está el sacerdote que por su sufrimiento y muerte fue “perfeccionado”, es decir, alcanzó la meta asignada de ser “fuente de eterna salvación”.

La frase: “para todos los que lo obedecen” iguala el pensamiento de la obediencia de Cristo y no ofrece dificultad cuando dejamos que 1 Juan 3:22 y 23 lo explique: “Guardamos sus mandamientos, y hacemos las cosas que son agradables delante de él. Y este es su mandamiento: que creamos en el nombre de su Hijo Jesucristo.” La fe es obediencia a Dios, que por su gracia la crea en el individuo por medio de la palabra y de los sacramentos. Es un don de Dios que el hombre pueda vivir con Dios y para Dios por medio de la obediencia de la fe.

¿Estaban pensando los judíos cristianos en abandonar a este superior Sumo Sacerdote, el designado por Dios para este alto oficio, como estaba profetizado en el Salmo 110:4 y consumado por su sacrificio en la cruz? Estén advertidos: regresar al judaísmo con su sumo sacerdocio sería regresar a algo muy inferior y finalmente fatal.

¿Y qué hay de nosotros los que leemos hoy estas palabras del autor inspirado? Aunque los sacerdotes y los altares, la persecución y la fuerte presión no sean nuestros problemas de la actualidad, la tentación siempre está allí delante de nosotros. Que Dios, el único que puede obrar la fe, nos dé esa fe y esa confianza que siempre clama: “Jesús, mi Salvador, ¿será posible que se avergüence algún

mortal de ti? ¿Y que olvidando tus sublimes hechos, niegue lo que por él sufriste aquí?” (CC 52:1).

ADVERTENCIA:

NO SEAN INMADUROS NI SE VUELVAN PEREZOSOS

¹¹ Acerca de esto tenemos mucho que decir, pero es difícil de explicar, por cuanto os habéis hecho tardos para oír. ¹² Debiendo ser ya maestros después de tanto tiempo, tenéis necesidad de que se os vuelva a enseñar cuáles son los primeros rudimentos de las palabras de Dios; y habéis llegado a ser tales, que tenéis necesidad de leche y no de alimento sólido. ¹³ Y todo aquel que participa de la leche es inexperto en la palabra de justicia, porque es niño. ¹⁴ El alimento sólido es para los que han alcanzado madurez, para los que por el uso tienen los sentidos ejercitados en el discernimiento del bien y del mal.

De nuevo brilla el corazón pastoral del autor. Tenía mucho que decirles acerca de Cristo como sumo sacerdote según el orden de Melquisedec. Sin embargo, iba a ser difícil, porque el problema no estaba en que el tema no fuera claro, o en que la presentación no fuera hábil, sino en los oyentes. “Os habéis hecho tardos para oír”, reprendió el autor, utilizando una palabra que significa entorpecidos o atontados. Los oídos que una vez habían estado listos para oír ahora estaban atontados y eran incapaces de recibir verdades profundas. Como un pastor con un rebaño menos que perfecto, el autor reprende amorosamente a sus lectores. Su intención no es quejarse de ellos por causa de su oído perezoso, sino aprestar esos oídos para que oigan el glorioso tema del superior sacerdocio de Cristo.

¿Se daban cuenta los lectores de lo difícil que hacían las cosas para el autor? En ese momento de su vida en Cristo, debían ser ya maestros. Ser capaz de enseñar implica estar bien fundamentado

y comprender el tema, pero mire a aquellos hebreos cristianos. En lugar de ser maestros, necesitaban que alguien les enseñara nuevamente “cuáles son los primeros rudimentos de las palabras de Dios”. En lugar de avanzar más allá de los rudimentos a verdades más profundas, habían retrocedido, y requerían que alguien repasara con ellos lo básico; habían regresado al estado de recién nacidos, en el que el estómago espiritual sólo podía digerir leche. ¿Cómo podía el autor alimentar a tales infantes con el “alimento sólido” del más alto sacerdocio de Cristo?

Todos saben que, así como un infante sólo puede tomar leche, también los creyentes que sufren de retardo en la madurez sólo pueden comprender las verdades espirituales más sencillas. Esos creyentes son “inexpertos en la palabra de justicia”, saben poco sobre la fe cristiana y, como resultado, tienen dificultad para distinguir entre lo correcto y lo erróneo. El autor les recuerda las palabras de Pablo en Efesios 4:14 sobre “niños fluctuantes, llevados por doquiera de todo viento de doctrina, por estratagema de hombres que para engañar emplean con astucia las artimañas del error”.

¿Ve usted el corazón pastoral del autor? No les da poca importancia a los infantes en la fe, ni menosprecia verdades fundamentales. Siempre habrá infantes y adultos en la fe, y la Palabra de Dios contiene leche para los infantes y alimento sólido para los adultos. Pero los infantes no deben permanecer como tales, ni los adultos deben regresar a la infancia, sino que el crecimiento es necesario y viene sólo “de la costumbre” y del entrenamiento. Por tanto, era necesario un programa de ejercicios espirituales que requería como único equipo la Palabra. Esto es lo que el autor quería para sus lectores, de modo que los pudiera llevar a verdades más profundas.

¿No resuenan también en nuestros oídos estas palabras? Nadie se puede quedar inmóvil en el cristianismo; que el creyente avance en la marcha o que simplemente marque el compás depende en gran manera de su relación con la Palabra de Dios. Las profundas verdades de Dios no le son reveladas al lector casual o

desinteresado, sino al lector cuidadoso y constante. Independientemente de lo agitado que sea nuestra vida y de qué tan rápido pase cada día, necesitamos encontrar oportunidad regular para el estudio serio de la Biblia. Los que lo hagan encontrarán que la leche da lugar a la carne, y la niñez a la edad adulta.

6 Por tanto, dejando ya los rudimentos de la doctrina de Cristo, vamos adelante a la perfección, no echando otra vez el fundamento del arrepentimiento de obras muertas, de la fe en Dios, ² de la doctrina de bautismos, de la imposición de manos, de la resurrección de los muertos y del juicio eterno. ³ Y esto haremos, si Dios en verdad lo permite.

El autor, habiendo hecho la amonestación y con la esperanza de que sea efectiva, está listo para proseguir; su deseo no es abandonar la enseñanza primaria sobre Cristo, sino construir sobre ella. ¿Qué valor hay en poner el cimiento y luego volver a cimentar sin construir nada encima? Así es que “vayamos adelante a la perfección”, a un estado más allá de la niñez y a asuntos más maduros. La forma griega para “vayamos” tiene el pensamiento de que el creyente no hace este avance por sí mismo, sino que es llevado a la madurez; esta es la obra del Espíritu por medio de la palabra que instruye y da poder.

Ciertamente el cimiento era importante, y una rápida mirada a los asuntos que menciona el autor en “los rudimentos de la doctrina de Cristo” muestra lo importante que es. Entre estos asuntos está el “arrepentimiento de obras muertas”. “Arrepentimiento” significa cambio interno del corazón, apartarse del pecado a la contrición, de la culpa al perdón. Las “obras muertas” les recuerdan vívidamente a los lectores su estado anterior, cómo en su condición de incrédulos estaban “muertos en vuestros delitos y pecados” (Efesios 2:1) y merecían la “paga del pecado”, que es la “muerte” (Romanos 6:23).

Unida al arrepentimiento está la “fe en Dios”. Fe y arrepentimiento van juntos; no puede haber un auténtico volverse del pecado a menos que el pecador se vuelva primeramente a una fe basada en Dios y en sus promesas. El arrepentimiento mira siempre en dos direcciones: atrás, en contrición sincera por el pecado y adelante, en firme confianza en el perdón de Dios.

El autor menciona enseguida la “doctrina”, es decir, la educación doctrinal. Esos lectores habían recibido “doctrina de bautismos”; el plural se puede referir a las instrucciones dadas y las diferencias hechas entre los diversos lavamientos ceremoniales prevalentes entre los judíos y el verdadero bautismo mandado por Jesús. O, como el bautismo es un asunto altamente individual, el plural se puede referir al bautismo de cada individuo. Hasta la fecha, “la imposición de manos” está relacionada con el bautismo; el libro de Hechos muestra particularmente cómo en diversas situaciones la imposición de manos era símbolo de que se daba una bendición (Hechos 8:17, 9:12, 13:3, 19:6).

También hubo instrucción “de la resurrección de los muertos y del juicio eterno”, porque desde el comienzo, el cristianismo fue una religión centrada en la resurrección y el juicio. El que había sido llevado por la fe a la cruz llena y a la tumba vacía de Cristo, podía conocer y estimar en gran manera la segura esperanza de la resurrección de entre los muertos y de un veredicto favorable en la corte celestial. Aunque todavía debe afrontar la muerte y el juicio, lo hace con la victoria asegurada.

Todas estas áreas, desde el arrepentimiento hasta el juicio eterno, son grandes temas y enseñanzas esenciales para la vida cristiana; pero lo que el autor señala es que son sólo el cimiento de la fe. Era tiempo de seguir adelante y eso es lo que el autor pretende hacer, “si Dios en verdad lo permite”. El autor, más que utilizar una fraseología piadosa como una reverencia cortés hacia Dios, ve claramente que sólo Dios puede sensibilizar los oídos atontados de sus oyentes y darle éxito a la presentación de la instrucción adicional que tiene en mente.

⁴ Es imposible que los que una vez fueron iluminados, gustaron del don celestial, fueron hechos partícipes del Espíritu Santo ⁵ y asimismo gustaron de la buena palabra de Dios y los poderes del mundo venidero, ⁶ y recayeron, sean otra vez renovados para arrepentimiento, crucificando de nuevo para sí mismos al Hijo de Dios y exponiéndolo a la burla. ⁷ La tierra que bebe la lluvia que muchas veces cae sobre ella, y produce hierba provechosa a aquellos por los cuales es labrada, recibe bendición de Dios; ⁸ pero la que produce espinos y abrojos es reprobada, está próxima a ser maldecida y su fin es ser quemada.

Esta sección, junto con 10:26-31, presenta parte de la enseñanza de lo que se llama “el pecado contra el Espíritu Santo”, y ha sido muy discutida y frecuentemente debatida, pero lo mejor es dejar que las palabras hablen por sí mismas.

El autor escribe sobre personas que alguna vez creyeron, que realmente probaron la dulzura del evangelio y experimentaron su bendición. Fueron “iluminados”, reemplazando la oscuridad de su corazón con las resplandecientes verdades de aquel a quien Juan 8:12 llama “la luz del mundo”.

También “gustaron del don celestial”. En Juan 4:10, hablando a la samaritana junto al pozo, Jesús se llamó a sí mismo “el don de Dios”. El amor de Dios es tan grande, que dio a su Hijo desde el cielo, y esas personas habían gustado el gozo de ese don celestial.

Además, habían sido “hechos partícipes del Espíritu Santo”. Por la obra santificadora del Espíritu por medio del evangelio, tenían la fe para ver y gustar el dulce don del Salvador. Así se lo recordó el autor cuando dijo “gustaron de la buena palabra de Dios”. No hay otra palabra tan “buena”; sólo por medio de la palabra de Dios viene el Espíritu y mora en el corazón humano.

Y, finalmente, habían gustado “los poderes del mundo venidero”. La palabra, con su poder, había producido en su

corazón efectos que van a perdurar por la eternidad. Bien lo dijo Pablo en 1 Corintios 2:9 y 10: “Cosas que ojo no vio ni oído oyó ni han subido al corazón del hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman. Pero Dios nos las reveló a nosotros por medio del Espíritu.”

Así, es de creyentes de quienes habla tristemente el autor, pero creyentes que “recayeron”. Esta palabra, utilizada solamente aquí en el Nuevo Testamento, significa caer al lado del camino, caer completamente. Aquí no se trata de un Pedro lleno de pánico, que en su debilidad vierte negaciones, sino que se trata de un repudio consciente y deliberado de lo que se conoce como verdadero, de creyentes que regresan deliberadamente a las tinieblas de la incredulidad y desechan voluntariamente el don celestial de Cristo.

El autor dice de ellos que “es imposible que... sean otra vez renovados para arrepentimiento”. Esos creyentes renegados arrancan a Cristo de su corazón y lo levantan en la cruz para que todos se burlen; para su perdición, se ponen en el mismo rango de los que crucificaron al Hijo de Dios.

Al decir “Hijo de Dios”, el autor les señala la enormidad de su crimen. De la misma manera que los del Sanedrín, sabiendo que obran mal, clavan al hombre Dios al madero y desfilan en escarnio ante su cuerpo exánime. La afrenta es peor cuando viene de los que una vez fueron amigos. La palabra de una persona de confianza produce un impacto tremendo, y cuando una persona de confianza se convierte en traidora, esas palabras son mucho más cortantes; para tales no hay arrepentimiento.

Note que el autor no dijo que no había salvación para ellos, porque el sacrificio de Cristo pagó también por los pecados contra el Espíritu Santo. Sin embargo, con su deliberado apartamiento de lo que por experiencia conocían como verdadero, hicieron imposible obrar en ellos más arrepentimiento y se privaron de la salvación que Cristo compró también para ellos, pues el Espíritu Santo no puede hacer más por los que han experimentado todo lo que Cristo tiene para ofrecer y luego se han apartado. A nuestra mente limitada le cuesta mucho trabajo imaginar algo que sea

imposible para un Dios omnipotente, o imaginar a alguien que abandone deliberadamente lo que sabe que es verdadero; pero puede ocurrir, declara el autor, y podría ocurrirle a aquellos hebreos cristianos. Con un hábil cambio de “vosotros” y “nosotros” a “ellos” en esta sección, el autor muestra que sus lectores no han caído todavía en este pecado, pero está preocupado porque pueden caer y les advierte seriamente contra abandonar voluntariamente a Cristo y sus tesoros por la seguridad del judaísmo.

¿Les ayudaría a los lectores una ilustración para entender el juicio divino que esto implicaba? Entonces, que se imaginen un terreno que bebe la lluvia frecuente y produce las cosechas que esperan los dueños; ese terreno recibe el cuidado constante del agricultor para que pueda producir para los años venideros.

Con “bendición de Dios” el autor revela que tiene más de un terreno en mente, va de menor a mayor, de tierras al corazón humano. Los terrenos fructíferos son una imagen del creyente cuya vida lleva los frutos visibles producidos por el corazón invisible de fe.

Pero cuando el corazón recibe el mismo cuidado, es regado y cultivado cuidadosamente y aun así no produce más que espinos y abrojos, al final viene el juicio. Ese corazón ha sido probado y encontrado indigno, y por eso es destinado no para el cultivo sino para maldición. Su fin no es la cosecha, sino la terrible destrucción. La ilustración habla de juicio, y la aplicación a los que “recayeron” es obvia.

Otra posible traducción de este difícil pasaje, comenzando con el versículo 4, podría ser: “Es imposible para aquellos que una vez han sido iluminados, que han gustado... compartido... probado, si recaen, que sean regresados al arrepentimiento, *mientras* para su perdición están crucificando al Hijo de Dios una y otra vez y sometiéndolo a la ignominia pública”.

En otras palabras, el arrepentimiento es imposible para tales personas mientras sigan en su rechazo deliberado del Cristo crucificado como su Salvador, y se cercenan a sí mismas de la

gracia de Dios en Cristo Jesús, aunque hayan sido receptoras de esa gracia y anteriormente hubieran sido creyentes. Ese “*mientras*” deja campo para la posibilidad del arrepentimiento una vez que desistan de su necia rebelión contra su Señor y Salvador. No hay conflicto entre esta interpretación y la advertencia que sigue en 10:26-31.

Es significativo notar que cualquiera de las dos interpretaciones de este pasaje rechaza claramente la opinión de que el verdadero creyente no puede caer nunca de la fe y perderse (una vez que ha creído, será siempre creyente). Aquí tenemos una clara advertencia de que los creyentes pueden caer y perderse. “Así que el que piensa estar firme, mire que no caiga” (1 Corintios 10:12).

Todo pastor encuentra personas que temen haber cometido este “pecado imperdonable contra el Espíritu Santo”; les angustia que no haya esperanza para ellas, que no haya más oportunidad para el arrepentimiento y que las llamas del infierno sean su destino. El amor de Dios en Cristo Jesús es todavía la respuesta para ellos, el amor de Dios que pagó por el pecado. También es de consuelo práctico la observación de que los que temen que hayan pecado contra el Espíritu Santo no lo han hecho, porque ese mismo temor es prueba de que no lo han cometido. Los que sí lo han hecho no se preocupan por eso, sólo en el infierno comenzará su temor que nunca terminará.

⁹ Pero en cuanto a vosotros, amados, estamos persuadidos de cosas mejores, pertenecientes a la salvación, aunque hablamos así, ¹⁰ porque Dios no es injusto para olvidar vuestra obra y el trabajo de amor que habéis mostrado hacia su nombre, habiendo servido a los santos y sirviéndolos aún. ¹¹ Pero deseamos que cada uno de vosotros muestre la misma solicitud hasta el fin, para plena certeza de la esperanza, ¹² a fin de que no os hagáis perezosos, sino imitadores de aquellos que por la fe y la paciencia heredan las promesas.

La advertencia ha sido dura, pero la situación no era irremediable. El autor todavía les podía llamar “amados”, y mostrar el amor que había detrás de su advertencia, y expresar también la confianza de que los lectores no habían caído en el horrible sentido que se menciona. Sí, las cosas habían decaído y no eran como debieron ser, pero el autor todavía podía pensar positivamente sobre aquellos hebreos cristianos. “Estamos persuadidos de cosas mejores”, podía decir, “pertenecientes a la salvación”. Esto no era destrucción, sino salvación; no maldición, sino bendición; no un campo estéril cubierto de espinos y abrojos, sino un campo fructífero y productivo que el autor veía con confianza cuando miraba a sus lectores.

Esa confianza sólo podía descansar en un terreno: el carácter permanente de Dios. “Dios no es injusto” declara el autor. Aquel cuyo justo juicio no ignora la rebelión espiritual, tampoco puede pasar por alto un corazón de fe y una vida de amor. “Obra” y “amor” van siempre juntos: cuando Dios mira las obras, ve bajo de la superficie, mira dentro del corazón y nota el motivo que hay detrás de la obra. Sólo el amor que mana de la fe puede hacer aceptable para Dios la obra del creyente.

Note cómo concuerda el autor con el pensamiento que se expresa en 1 Juan 4:19-21: “Nosotros lo amamos a él porque él nos amó primero. Si alguno dice: «Yo amo a Dios», pero odia a su hermano, es mentiroso, pues el que no ama a su hermano a quien ha visto, ¿cómo puede amar a Dios a quien no ha visto? Y nosotros tenemos este mandamiento de él: «El que ama a Dios, ame también a su hermano».” Los lectores realmente mostraban amor a Dios cuando ayudaban a su pueblo y le seguían ayudando.

Posteriormente, en 10:32-34, el autor explica esos hechos de amor: “Pero traed a la memoria los días pasados, en los cuales, después de haber sido iluminados, sostuvisteis un fuerte y doloroso combate; por una parte, ciertamente, con vituperios y tribulaciones fuisteis hechos espectáculo, y por otra, llegasteis a ser compañeros de los que estaban en una situación semejante: porque de los

presos también os compadecisteis, y el despojo de vuestros bienes sufristeis con gozo, sabiendo que tenéis en vosotros una mejor y perdurable herencia en los cielos.” El autor vio la fe de ellos en sus obras, que salieron solamente del amor por causa de la gloria de Dios, y confiaba en que el justo Señor también las vería.

Detrás de la confianza, el autor tenía una preocupación. Había algo que quería, algo que su corazón pastoral deseaba fuertemente para cada uno de ellos; así como Dios anhela y vigila a los individuos, también el autor. La diligencia que habían mostrado en obras de amor para con cada uno de los demás debía corresponder a una diligencia igual en el mutuo fortalecimiento de la fe. Aquellos creyentes tenían un camino que andar, y el camino no era fácil. Lo que cuenta no son los buenos comienzos, sino los finales correctos.

Por eso el escritor exhorta a la solicitud “hasta el fin”, solicitud “para plena certeza de la esperanza”. La esperanza de la gloria eterna, ganada y prometida por el Salvador, puede resplandecer muy brillantemente en el corazón de un creyente. La seguridad más completa viene por medio del uso pleno de la palabra en la que se revela esa esperanza y sobre la cual descansa. Que esa palabra fortalecedora sea nuestro solícito interés hasta que Cristo regrese y la esperanza se haga gloriosa realidad para cada uno de nosotros.

Los oídos perezosos finalmente conducen a fe y esperanza perezosas. El autor ha notado que se ha ido estableciendo una declinación en la fe y la esperanza entre sus lectores, y por eso los exhorta a dar pasos inmediatos para contrarrestarla. Un remedio es ser “imitadores de aquellos que por la fe y la paciencia heredan las promesas”; se puede hallar fortaleza al mirar los ejemplos de los hermanos en la fe que están a nuestro alrededor o que se han ido antes. Más adelante, en el capítulo 11, el autor dará ejemplos de algunos de los héroes de la fe en el Antiguo Testamento. “Os hagáis imitadores”, dice el autor. “Heredan”, o sea, tienen firme posesión de “las promesas”. Esas preciosas promesas, dadas tan a menudo de tantas maneras, eran suyas “por la fe y la paciencia”.

Uno no puede hablar de las promesas de Dios sin hablar de la fe. El hombre necesita la fe para abrazar las promesas de Dios, y las promesas de Dios obran y continúan obrando esa fe hasta que se hagan visión en el cielo. La fe y la paciencia también van de mano; la paciencia es la cualidad de tolerar lo que la gente hace, de no desmayar en las dificultades. Conecte la paciencia con la fe y obtendrá una firmeza que permanecerá hasta el fin, a pesar de todos los peligros. Esa es la fe y esa la esperanza que el autor deseaba para sus lectores al señalarles los ejemplos de los que habían luchado y vencido. Nosotros, los que viajamos por el camino al cielo siglos después, también podemos obtener estímulo de esa recordación y cantar: “Peligros, luchas y dolor pudieron dominar; ayúdanos, eterno Dios, sus vidas a imitar” (CC 258:4).

¹³ Cuando Dios hizo la promesa a Abraham, no pudiendo jurar por otro mayor, juró por sí mismo ¹⁴ diciendo: «De cierto te bendeciré con abundancia y te multiplicaré grandemente.» ¹⁵ Y habiendo esperado con paciencia, alcanzó la promesa. ¹⁶ Los hombres ciertamente juran por uno mayor que ellos, y para ellos el fin de toda controversia es el juramento para confirmación. ¹⁷ Por lo cual, queriendo Dios mostrar más abundantemente a los herederos de la promesa la inmutabilidad de su consejo, interpuso juramento, ¹⁸ para que por dos cosas inmutables, en las cuales es imposible que Dios mienta, tengamos un fortísimo consuelo los que hemos acudido para asirnos de la esperanza puesta delante de nosotros. ¹⁹ La cual tenemos como segura y firme ancla del alma, y que penetra hasta dentro del velo, ²⁰ donde Jesús entró por nosotros como precursor, hecho Sumo sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec

¿Puede haber un ejemplo más efectivo que Abraham, de herencia de la promesa de Dios por medio de la fe y la paciencia? Para los lectores hebreos, el ejemplo era doblemente efectivo ya que eran los descendientes de Abraham. Para nosotros también,

como creyentes en Cristo, la prometida Semilla de Abraham, el ejemplo tiene profundo significado. ¡Qué promesas había recibido Abraham de Dios: la promesa de que una gran nación iba a salir de sus lomos, y la mejor de todas, que de sus descendientes iba a venir el Salvador! Sin embargo, pasaron largos años, 25 en total, y nada ocurrió. Hubiera sido fácil abandonar, pero Abraham se esforzaba con confianza firme en un Dios que no podía cambiar y en una promesa que no podía fallar. ¡Y entonces ocurrió! ¡Nació Isaac!

Años después cuando Dios se le apareció de nuevo, no buscando el sacrificio de Isaac, sino el corazón de Abraham, esa fe tampoco titubeó. En ese momento, Dios le repitió su promesa de gracia a Abraham y hasta la selló con un juramento, como registra Génesis 22:15-18. Qué gran amor e interés muestra Dios por los suyos, y para darle más seguridad a Abraham, Dios condescendió con una costumbre humana y utilizó un juramento. Detrás de su promesa que ya era confiable porque había venido de un Dios infalible, ahora pone su misma integridad. Los juramentos obran porque invocan a alguien más grande para testificar la verdad y castigar la mentira; como Dios no tenía a nadie más grande por quien jurar, confirmó la promesa que le hizo a Abraham con un juramento basado en sí mismo. Dios quiere que se confíe en sus promesas y les da a sus hijos todo incentivo para que lo hagan.

Abraham perseveró y recibió la promesa; en el nacimiento de Isaac y de sus nietos Jacob y Esaú, vio el comienzo de la gran nación. En el nacimiento de Isaac vio también el venidero cumplimiento del nacimiento del Salvador. Abraham tiene su semilla multiplicada de manera inconmensurable en todos los que comparten su confianza en este Salvador.

Y cuando Abraham murió, vio la promesa en su plenitud. En Mateo 8:11, Jesús, la Semilla prometida de Abraham, le dijo a los judíos: “Y os digo que vendrán muchos del oriente y del occidente, y se sentarán con Abraham e Isaac y Jacob en el reino de los cielos”. En ese reino celestial, todos los verdaderos herederos de

la salvación se reunirán delante del trono de aquel a quien Apocalipsis 13:8 describe como “el Cordero que fue inmolado” desde el principio del mundo.

Todos los creyentes están en la misma posición de Abraham. Tienen la gloriosa promesa de salvación de Dios y tienen que asirse a esa promesa. Además, tienen el juramento de Dios respaldando la promesa. Los lectores conocían el valor de los juramentos humanos. Una declaración jurada, que pone a Dios como testigo, asegura las cosas para los hombres. Cuando se hace un juramento, las contradicciones tienen que cesar y las controversias se acaban.

Si esto es cierto entre los hombres, cuánto más lo será con Dios. Para darles mayor seguridad a los hombres, Dios descendió a su nivel. En su gracia, respaldó su ya incommovible promesa de salvación con su juramento incondicional. ¿Podría haber hecho más claro su plan de salvación? ¿Qué testimonio podría dar además de la promesa misma y del divino juramento que hay detrás de ella? Estos dos, la promesa y el juramento, son “cosas inmutables, en las cuales es imposible que Dios mienta”.

A diferencia de los seres humanos, que frecuentemente tienen problemas con la verdad, “Dios... no miente” (Tito 1:2). Cuando ofrece dos testigos, como requieren generalmente los hombres para legalizar algo, usted puede confiar en él. Esos dos testigos son la promesa de salvación dada a Abraham y a nosotros, y el juramento que la respalda. Ambos son sin falsedad simplemente porque Dios no puede mentir, y ambos ofrecen el más fuerte consuelo posible a los que “hemos acudido para asirnos de la esperanza puesta delante de nosotros”. Como marineros que huyen de la tempestad, los pecadores culpables huyen de la tormenta del juicio al puerto seguro que es Jesucristo. “La esperanza puesta delante de nosotros” se refiere a Jesucristo, como muestra claramente la siguiente figura.

Pocas cosas eran más importantes para el marinero en una tormenta que una buena ancla y un buen fondo para ella. Los creyentes en Cristo tienen ambas cosas, tienen la “segura y firme

ancla del alma”. Como un ancla, cuyas fuertes uñas no pueden ser deformadas, así tenemos en Cristo una esperanza absolutamente fuerte y confiable. También como un ancla, que sostiene sólo cuando está fija en el fondo apropiado, así tenemos nuestra esperanza anclada en el sitio correcto. Él está “dentro del velo”, una referencia al Lugar Santísimo, al cual sólo entraba el sumo sacerdote y únicamente en el Día de la Expiación.

Nuestro Sumo Sacerdote está ahora al otro lado del velo, en el cielo. Entró allí “por nosotros como precursor”. Nos espera, y mientras nos espera, intercede por nosotros. Con su pago perfecto por los pecados en nuestro lugar, rasgó el velo que separaba a Dios y al hombre e hizo posible para nosotros entrar en ese santuario celestial. Los sumos sacerdotes del linaje de Aarón no podían competir con Jesús, el eterno Sumo Sacerdote según el orden de Melquisedec.

Hasta hoy y hasta el último día, los hombres tendrán que esperar; esa es su naturaleza. Sin embargo, esta esperanza, para que valga la pena, necesita un terreno firme. Los que por la obra del Espíritu han anclado su esperanza en Cristo pueden unirse con Pablo en las confiadas palabras de 2 Timoteo 1:12: “Yo sé a quién he creído y estoy seguro de que es poderoso para guardar mi depósito para aquel día”. Entre tanto, mientras esperamos aquel día y somos batidos por las tormentas, que Dios nos ayude siempre a orar:

Un ancla tenemos, que al horrible mar,
Por mucho que ruja, no puede arrancar:
La dulce esperanza que infunde Jesús,
Legada en su muerte de angustia en la cruz (CC 44:1).

Es un sacerdote superior en oficio

7 Este Melquisedec, rey de Salem, sacerdote del Dios Altísimo, salió a recibir a Abraham que volvía de la derrota de los reyes, y lo bendijo. ² A él asimismo dio Abraham los diezmos de todo. Melquisedec significa

primeramente «Rey de justicia», y también «Rey de Salem», esto es, «Rey de paz». ³ Nada se sabe de su padre ni de su madre ni de sus antepasados; ni tampoco del principio y fin de su vida. Y así, a semejanza del Hijo de Dios, permanece sacerdote para siempre.

¿Por qué todo este énfasis en el sumo sacerdocio de Cristo? El autor ya lo mencionó brevemente en 4:14 y tres veces (en 5:6,10; 6:20) lo describió como un sacerdocio según el orden de Melquisedec. Ahora, en este capítulo, se extiende en él con gran detalle. Para nosotros puede ser difícil que nos demos cuenta de lo importante que era el sacerdocio para la religión judía y de la fuerza con que se adherían a él los judíos. Lo atractivo de abandonar el cristianismo con su inminente persecución por el judaísmo con su eminente sacerdocio debe haber sido fuerte. Para contrarrestar esa atracción, el autor presenta convincentemente la superioridad del sacerdocio de Cristo al señalar su oficio y mostrar que era sacerdote, no según el orden de Leví, sino del de Melquisedec.

Melquisedec es una de esas personas no muy conocidas de la Escritura sobre las cuales quisiéramos saber más. Se lo menciona por primera vez casi 2000 años antes del nacimiento de Cristo, en una escena inconsecuente en apariencia con Abraham. Después, no hay nada hasta casi 1000 años más tarde, cuando David vuelve a mencionar su nombre en el Salmo 110:4, y ahora es casi en el año 70 cuando su nombre aflora nuevamente en Hebreos.

Cuatro cortos versículos en el período de 2000 años, y mire a qué conclusiones llega el autor de la carta a los Hebreos. Bajo la inspiración del Espíritu, el autor nos asombra nuevamente al revelarnos cómo el Antiguo Testamento está centrado en Cristo. Tanto en Génesis 14 como en el Salmo 110, con sus referencias a Melquisedec, el autor nota la inequívoca referencia a Jesucristo y su superior sumo sacerdocio. ¿Estaban aquellos judíos cristianos pensando en volverse al judaísmo con su alardeado y reverenciado sacerdocio levítico? Entonces, que se detengan a reflexionar sobre



Las ofrendas de Melquisedec

esos cuatro versículos en su propio Antiguo Testamento y en lo que dijeron sobre la superioridad de este sumo sacerdocio en el orden de Melquisedec.

El hecho de que Génesis 14 y el Salmo 110 nos dicen poco sobre Melquisedec no es de importancia. Lo importante es que los versículos sí lo mencionan como un tipo del Cristo venidero. En Génesis 14, Melquisedec se encuentra con Abraham, que regresa de rescatar a Lot y a los habitantes de Sodoma y de Gomorra de los reyes guerreros del Oriente. Allí esta ambigua figura es descrita como “rey de Salem” y “sacerdote del Dios Altísimo”. “Salem” podría ser la ciudad de Jerusalén, como en el Salmo 76:2, o podría ser alguna otra ciudad. La expresión “sacerdote del Dios Altísimo” nos indica que conocía y servía al Dios verdadero, y todopoderoso. Como Abraham, Melquisedec era una de esas personas que en la idólatra Canaán todavía mantenía la verdadera fe entregada por Noé. Para nosotros, el significado yace en que Melquisedec es rey y sacerdote, algo que jamás sucedió con ningún sacerdote del linaje de Leví.

Sus actos fueron también significativos y revelaron su sacerdocio: Melquisedec bendijo a Abraham y recibió de él un diezmo de los despojos tomados de los reyes derrotados. ¡Esto es para que los cristianos hebreos recapaciten! Su antepasado Abraham obviamente reconoció y honró el sacerdocio de Melquisedec, porque todos saben que el mayor bendice al menor y que el menor paga diezmos al mayor. Sus nombres también eran significativos: “Melquisedec” significa “rey de justicia” mientras que “rey de Salem” significa “rey de paz”. Aquí no había sólo un rey, sino un rey cuyo reinado estaba en total armonía con su sacerdocio.

¿No nos hace esto pensar en nuestro Rey y Sacerdote celestial? El nombre de Cristo, como nos recuerda Jeremías 23:6, es “Jehová, justicia nuestra”. Él vino a preparar lo que le faltaba al hombre pecador, ofreciéndose como nuestro Sacerdote para hacernos justos delante de Dios. Como resultado, él es

verdaderamente el “Príncipe de paz”, a quien predijo Isaías en 9:6. En su nacimiento, los ángeles pudieron proclamar “en la tierra paz... para con los hombres” (Lucas 2:14) y en Juan 14:27 este maravilloso Rey pudo decirles a sus discípulos de todos los tiempos: “La paz os dejo, mi paz os doy; yo no os la doy como el mundo la da”. Él es Sacerdote y Rey de una manera mucho más maravillosa; la cruz y el trono están entrelazados.

Lo que la Escritura no dice sobre Melquisedec es también significativo: no hay registro de su padre o madre. No hay árbol genealógico, ni se dice nada sobre su nacimiento o muerte. Todos estos eran asuntos de la mayor importancia para los sumos sacerdotes, y de hecho para cualquier sacerdote del linaje de Leví. Para ser sacerdote, uno tenía que probar su descendencia, no sólo de Leví, sino de la familia sacerdotal de Aarón dentro de la tribu de Leví. En Esdras 2:61-63 se nos dice que los descendientes de Habayá, Cos y Barzilay fueron excluidos del sacerdocio porque no pudieron encontrar sus registros familiares.

La Escritura no dice nada sobre la genealogía de Melquisedec. Lo presenta apareciendo y desapareciendo y nos dice que “hecho semejante al Hijo de Dios, permanece sacerdote a perpetuidad”. ¡Este es el punto! Melquisedec es como el Hijo de Dios, el Cristo divino, de quien sirve como tipo. Lo que la Escritura ha recordado y omitido sobre Melquisedec lo hizo para mostrarnos algo sobre Cristo, el superior Sumo Sacerdote, que no tiene principio ni fin, cuyos oficios no dependen de su descendencia familiar, y cuyo servicio nunca termina, sino que verdaderamente “permanece sacerdote a perpetuidad”.

⁴ Considerad, pues, cuán grande era éste, a quien aun Abraham el patriarca dio diezmos del botín. ⁵ Ciertamente los que de entre los hijos de Leví reciben el sacerdocio, tienen mandamiento de tomar del pueblo los diezmos según la Ley, es decir, de sus hermanos, aunque estos también sean descendientes de Abraham. ⁶ Pero aquel cuya genealogía no

es contada de entre ellos, tomó de Abraham los diezmos y bendijo al que tenía las promesas. ⁷Y, sin discusión alguna, el menor es bendecido por el mayor. ⁸Y aquí ciertamente reciben los diezmos hombres mortales; pero allí, uno de quien se da testimonio de que vive. ⁹Y por decirlo así, en Abraham pagó el diezmo también Leví, que recibe los diezmos, ¹⁰porque aún estaba en las entrañas de su padre cuando Melquisedec le salió al encuentro.

Ya han sido presentados los hechos escriturales sobre Melquisedec; ahora, el autor pasa a mostrar qué tan superior era el sacerdocio de Melquisedec sobre el sacerdocio levítico. ¿Podría alguien discutir que el patriarca Abraham era grande? Considere ahora cómo en Melquisedec encontró alguien obviamente más grande, porque le dio a este sacerdote “diezmos del botín”. Bajo inspiración, el autor da más detalles que los que dio Moisés. En Génesis 14:20, Moisés declaró: “Le dio Abram los diezmos de todo”, mientras que el autor de Hebreos lo describe como “diezmos del botín”, la porción principal de los despojos obtenidos en la victoria.

Este gesto no se interpretó equivocadamente, porque los judíos cristianos sabían sobre el diezmo y a quién se pagaba. La ley mosaica en Números 18:21,24 le dio al sacerdocio levítico la autoridad para recibir el diezmo de sus compañeros israelitas. Aunque todos eran hermanos como descendientes de Abraham, por ley el sacerdocio levítico tenía autoridad y superioridad en el asunto de diezmos.

Ahora consideremos a Melquisedec: mucho antes de que naciera Leví y de que comenzara el sacerdocio, mucho antes de que la ley mosaica estuviera en vigencia y de que fuera exigido el diezmo, Abraham lo entregó voluntariamente a Melquisedec. Este diezmo no vino de los hermanos, sino del gran padre Abraham, y no fue solicitado ni demandado. Además de aceptar el diezmo de Abraham, Melquisedec mostró su superioridad al bendecirlo,

como se registra en Génesis 14. De nuevo, cuando Abraham recibió bendiciones de este enviado divino, no había duda de quién era el más grande; el principio general es que sólo el mayor puede bendecir al menor.

Además de recibir el diezmo y de bendecir a Abraham, Melquisedec mostró su grandeza de otro modo; los sacerdotes levíticos podían servir sólo por un breve tiempo, vestidos con la dignidad de su oficio y recolectando el diezmo. El verbo “reciben” en el tiempo presente que utilizó el autor, quizás podamos pensar que el sacerdocio del Antiguo Testamento todavía estaba funcionando en Jerusalén. Si es así, entonces esta carta tuvo que ser escrita antes del año 70, cuando el ejército romano destruyó Jerusalén, dispersó al pueblo judío y desbandó a los sacerdotes. De cualquier modo, mientras que el sumo sacerdocio levítico funcionó, fue una sucesión de hombres mortales, pero el sacerdocio de Melquisedec no tuvo final; aunque él también era mortal, la Escritura no registra el hecho de su muerte y de este modo lo utiliza como un tipo de Cristo. El sacerdocio superior de Melquisedec encontraba su cumplimiento en Cristo, el Sumo Sacerdote que no tuvo predecesor ni sucesor.

¿Comprendieron los lectores hebreos el argumento? Si Melquisedec fue mayor que Abraham, entonces debe ser también mayor que los sacerdotes descendientes de Abraham por medio de su bisnieto Leví. Desde luego, Leví no pagó en persona el diezmo a Melquisedec, porque cuando Abraham se encontró con Melquisedec, Isaac no había sido concebido y por lo tanto, Leví estaba todavía en los lomos del bisabuelo Abraham. Tampoco Leví recogió personalmente diezmos de los israelitas, ya que el diezmo vino años después cuando su descendiente Aarón fue hecho el primer sumo sacerdote y fue dada la ley mosaica. Pero así como Leví recolectó el diezmo por medio de sus descendientes, también los pagó por medio de su antepasado.

¿Quería alguien pretender que el sacerdocio levítico era superior y que el hecho de regresar a él era la mejor decisión? Entonces que recuerde cómo, en Abraham, Leví se inclinó ante un

sumo sacerdote superior llamado Melquisedec; y sobre todo, que mire a Jesús, el Sumo Sacerdote para siempre en el orden de Melquisedec. Él es el supremo dador de bendiciones, el que dio la bendición de Números 6:22-27 a los sacerdotes de Leví y por medio de ellos al pueblo. Fue él quien en Lucas 24:50 “alzando sus manos, los bendijo”, en la ascensión. Es él cuyas manos sacerdotales se extienden en eterna bendición sobre los suyos, y es a él a quien todos los verdaderos creyentes, como su antepasado espiritual Abraham, darán el debido honor y respeto.

¹¹ Si, pues, la perfección fuera por el sacerdocio levítico — bajo el cual recibió el pueblo la Ley—, ¿qué necesidad habría aún de que se levantara otro sacerdote, según el orden de Melquisedec, y que no fuera llamado según el orden de Aarón?, ¹² pues cambiado el sacerdocio, necesario es que haya también cambio de ley; ¹³ y aquel de quien se dice esto, es de otra tribu, de la cual nadie sirvió al altar. ¹⁴ Porque sabido es que nuestro Señor vino de la tribu de Judá, de la cual nada habló Moisés tocante al sacerdocio.

¹⁵ Y esto es aun más evidente si a semejanza de Melquisedec se levanta un sacerdote distinto, ¹⁶ no constituido conforme a la ley meramente humana, sino según el poder de una vida indestructible, ¹⁷ pues se da testimonio de él:

**«Tú eres sacerdote para siempre,
según el orden de Melquisedec.»**

Paso a paso, el autor se ha dirigido a la superioridad del sumo sacerdocio de Cristo. Si Melquisedec era superior, con seguridad el Sumo Sacerdote a quien señalaba debería serlo también. Para mostrar este hecho, el autor señala el propósito del sacerdocio, y como su función era hacer aceptable al hombre pecador delante de Dios, algo que el sacerdocio levítico no podía hacer. Aunque Dios dio la ley mosaica en apoyo a este sacerdocio, dictando reglamento tras reglamento sobre su operación, este hecho

recordaba que el sacerdocio levítico era incompleto, y no podía hacer al hombre aceptable delante de Dios. Todo lo que podía hacer con la sangre de sus repetidos sacrificios de animales era señalar en el futuro al único gran sacrificio por el que podían ser limpiados los pecadores.

Debido a su ineficacia, el sacerdocio levítico tenía que ser reemplazado, y lo fue. David habló sobre el reemplazo en el Salmo 110, que fue escrito mucho después de que el sacerdocio levítico entró en acción. Debía haber un nuevo Sumo Sacerdote, no como Aarón, sino como Melquisedec. Audazmente, el autor continúa: si el sacerdocio había sido reemplazado, ¿qué pasaba con la ley mosaica que había sido dada para respaldarlo? La ley también fue cambiada y el pacto mosaico no continuó, como mostrará el capítulo ocho. ¿Querían aquellos judíos cristianos regresar a un sacerdocio incompleto y a un pacto obsoleto cuando delante de ellos estaba el superior Sumo Sacerdote que cumplió perfectamente el sacerdocio y reunió para siempre a Dios y a los hombres?

El linaje de este Sumo Sacerdote mostró también que la ley había sido cambiada; en ninguna parte previó la ley que alguien no perteneciente a la tribu de Leví fuera sacerdote, mucho menos que ofreciera sacrificio en el gran altar fuera del templo. Aun así, todos sabían que este Sumo Sacerdote “surgió de Judá”. Las genealogías que se dan en Mateo 1 y en Lucas 3 y el recuento de su nacimiento en Lucas 2, dicen que Jesús era de la tribu de Judá. Nuestro Señor “vino de la tribu de Judá”, dice el autor, utilizando una palabra que significa levantarse como una estrella o brotar como el brote de una raíz, y que nos recuerda la promesa de Dios en Jeremías 23:5: “Levantaré a David renuevo justo”. Al llamarlo: “Nuestro” Señor, el autor suavemente dirige a los lectores a su confesión de este sumo sacerdote. La ley había sido cambiada; los levitas ya no son sacerdotes. Uno de la tribu de Judá ahora sirve en este oficio y de una manera muy superior.

Todo lo que se ha dicho sobre las deficiencias del sacerdocio levítico, la derogación de la Ley de Moisés y la descendencia de

Cristo de la tribu de Judá marca claramente a Jesús como un sumo sacerdote superior. Hay algo que hace esto aun más claro: Cristo no fue constituido sacerdote “conforme a la ley meramente humana, sino según el poder de una vida indestructible”. Las leyes sobre la sucesión eran necesarias porque el sacerdocio levítico era perecedero; las leyes hicieron sacerdotes a los descendientes de Leví y mantuvieron vigente este sacerdocio hasta cuando fueron necesarios los remplazos.

Con este mayor sumo sacerdote es muy diferente: ninguna ley lo hizo sacerdote, no se necesitan leyes sobre sucesores, y su vida es “indestructible”. Él es el Dios hombre, vida en sí mismo, que puede decir: “Yo soy la vida”, como dijo en Juan 14:6. El suyo es un sacerdocio eterno, que realmente puede dar vida eterna, y su corazón sacerdotal lo une con nosotros en un amor que la muerte nunca puede separar. Dios mismo lo dijo ya por medio del Rey David. En el Salmo 110:4, Dios señaló a su eterno Hijo como el reemplazo superior para el linaje mortal de Leví, cuando testificó: “Tú eres sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec”.

¹⁸Queda, pues, abrogado el mandamiento anterior a causa de su debilidad e ineficacia ¹⁹—pues la Ley nada perfeccionó— y se introduce una mejor esperanza, por la cual nos acercamos a Dios.

El autor se centra con más énfasis en este Sumo Sacerdote y su sumo sacerdocio para mostrar su superioridad. Primero, señala el mejor resultado de la obra del sumo sacerdocio de Cristo. En el versículo 12 dijo que la venida de este gran Sumo Sacerdote exigía un cambio en las leyes y reglamentos que gobernaban el sacerdocio levítico y ahora lo hace más enfático, diciendo: “Queda abrogado el mandamiento anterior”. “Abrogar” significa algo más que tratar de remendar y reparar para ajustar a algo nuevo: es un término legal que consiste en una completa cancelación. La ley mosaica que apoyaba el sacerdocio levítico ya no estaba en vigencia, sino completamente abrogada.

Por una buena razón, el autor dice: “A causa de su debilidad e ineficacia”. Aunque Dios había dado la ley mosaica, ésta se caracterizaba por una cierta debilidad e inutilidad, y su principal debilidad era que no podía hacer nada perfecto. Note que el autor no dice que la ley no tuviera un propósito útil, pues tanto la ley como el sacerdocio que apoyaba precedieron y prepararon el camino para algo mejor. Hicieron ver sus sombras y señalaron los detalles del mejor Sumo Sacerdote que venía, pero éste era el límite de su propósito. No podían hacer al hombre justo delante de Dios por medio de sacrificios de animales, ni cambiar el corazón de los hombres para hacer que quisieran andar por el camino de los mandamientos de Dios. Esos resultados sólo podrían venir de la obra del Sumo Sacerdote del orden de Melquisedec.

“Una mejor esperanza, por la cual nos acercamos a Dios”, declara el autor, señalando los resultados de la obra de este Sumo Sacerdote. Dios anuló el anterior sacerdocio e introdujo una esperanza mejor. Más tarde, el autor dará una explicación más completa de esta mejor esperanza, sobre la cual podemos apoyar nuestra confianza en la vida eterna. Aquí es suficiente señalar que se basa en el sacrificio expiatorio total del gran Sumo Sacerdote. Cuando derramó su sangre en la cruz del Calvario, los pecados, que como un denso velo separaban al hombre de Dios, fueron quitados. Su sangre, como unas tijeras invisibles, partió ese velo en dos de modo que los pecadores pueden acercarse confiadamente a Dios tanto en este mundo como en el venidero. ¿Qué necesidad hay de un sacerdocio del Antiguo Testamento o de sacrificios animales, cuando el Sumo Sacerdote al que señalaban ha venido y ha hecho perfectamente lo que aquellos no podían hacer?

²⁰ Y esto no fue hecho sin juramento; ²¹ porque los otros ciertamente sin juramento fueron hechos sacerdotes; pero éste, con el juramento del que le dijo:

**«Juró el Señor y no se arrepentirá:
tú eres sacerdote para siempre,**

**según el orden de Melquisedec.»,
22 Por tanto, Jesús es hecho fiador de un mejor pacto.**

Enseguida el autor señala la superioridad del sumo sacerdocio de Cristo refiriéndose al juramento sobre el cual se basó. Dios dio leyes para gobernar y apoyar el sacerdocio levítico, pero nunca emitió un juramento para garantizar su operación ininterrumpida. De hecho, el sacerdocio levítico era temporal y fue hecho para ser remplazado. Sin embargo, sobre el sumo sacerdocio de su Hijo, Dios ya había hecho juramento en la época de David. En el Salmo 110:4, no se revelan las palabras del juramento, pero sí se revela lo que sustenta. Dios juró: “Tú eres sacerdote para siempre”. No sólo el Hijo y Señor de David iba a ser “sacerdote”, sino sacerdote “para siempre”. El suyo será un sacerdocio permanente, que nunca terminará, que nunca cambiará, y consecuentemente muy superior al sacerdocio levítico temporal. Dios no sólo lo había dicho así, lo cual hubiera sido suficiente garantía del hecho, sino que también juró y no se arrepentirá.

Sólo piense en lo que nos asegura este juramento sobre el permanente sacerdocio de Cristo. Por causa de él, “Jesús es hecho fiador de un mejor pacto”. “Mejor” como ya hemos visto, es una palabra favorita del autor, así es el “pacto” que aparece aquí la primera de dieciocho veces en Hebreos. “Pacto” significa “testamento”. El pacto de Dios con el hombre es enteramente unilateral, manifiesta su voluntad, es enteramente su hechura y viene completamente de él. Este “mejor pacto” de salvación será discutido en detalle más adelante, pero Jesús es su “fiador”.

Note el uso estratégico de su nombre “Jesús”. Jesús el Salvador, con todo lo que ha hecho, es el fiador de un mejor pacto. “Fiador” es una palabra que se utiliza sólo aquí en el Nuevo Testamento y significa tanto como “seguridad confiable”. Un fiador es una seguridad real de que lo que establece el pacto será realizado. ¡Qué gloriosa garantía tenemos de Dios sobre el mejor pacto de salvación! Jesús preparó esa salvación, Jesús que permanece para siempre como nuestro sacerdote, tan seguro como

el juramento de un Dios inmutable, Jesús que nos asegura eternamente que Dios hará por nosotros exactamente lo que ha prometido.

²³ Y los otros sacerdotes llegaron a ser muchos, debido a que por la muerte no podían continuar; ²⁴ pero éste, por cuanto permanece para siempre, tiene un sacerdocio inmutable. ²⁵ Por eso puede también salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos.

El autor saca a la luz más pruebas de la superioridad de Cristo como Sumo Sacerdote. De nuevo declara, pero con mayor profundidad, el hecho de que el sacerdocio de Cristo no es interrumpido por la muerte. Una debilidad del sacerdocio levítico, que ha sido ya señalada en los versículos 8 y 16, era la mortalidad de quienes desempeñaban el oficio. “Y los otros sacerdotes llegaron a ser muchos.” Josefo, historiador judío del primer siglo, una vez contó 83 sumo sacerdotes desde Aarón, el primer sumo sacerdote, hasta el último que servía cuando fue destruido el templo en el año 70.

Este cambio constante en el sumo sacerdocio levítico revelaba su debilidad. Pero Jesús “permanece para siempre”. Su vida es “indestructible”, como ya lo declaró el versículo 16, y por consecuencia, él “tiene un sacerdocio inmutable”. No hay retiro ni reemplazo; no hay carrera cortada por la muerte o llevada por un sucesor, sino solamente Jesús nuestro Salvador siempre allí como nuestro permanente sumo sacerdote. No hay fin para las bendiciones que él nos trae; todos los beneficios que él ofrece están siempre presentes. ¿Quién de entre aquellos hebreos cristianos hubiera querido dejarlo por el linaje mortal de Leví? ¿Quién hoy en día querría reemplazarlo con sacerdotes humanos como si se hubiera cosido nuevamente el velo y fueran necesarios otra vez los mediadores entre Dios y el hombre?

Hay una importante conclusión que se saca del sacerdocio inmutable de Cristo sobre la salvación que él prepara como sacerdote. “Puede también salvar perpetuamente”, declara el autor. Eso es lo que los sacerdotes levíticos no podían hacer, y, sin embargo, es lo que cada pecador necesita. Este sacerdote puede y salva “perpetuamente”. No es una salvación a medias o un sacrificio que necesite repetición, sino que de una vez por todas lo ha hecho en el altar de la cruz con él mismo como víctima y con él mismo como sacerdote.

Cuando el autor declara: “Puede también salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios”, no limita el alcance de la obra salvadora de Cristo como si la hubiera hecho sólo para los que iban a creer, más bien señala el papel y la necesidad de la fe. También, al hablar de “los que por él se acercan a Dios” muestra que los creyentes no necesitan otros mediadores, ni “intercesores” humanos para acercarse a Dios, sino que pueden ir libre y confiadamente a un amoroso Padre en el cielo, por causa de la obra de este Sumo Sacerdote. La vía está siempre abierta porque éste sacerdote está “viviendo siempre para interceder por ellos”.

En el primer Jueves Santo, Pedro se enteró del gran interés de este sacerdote por la intercesión. En Lucas 22:32 oyó a su Salvador decir: “Yo he rogado por ti, para que tu fe no falte”. Esa misma noche Jesús oró por sus discípulos de todos los tiempos, cuando en Juan 17:9 le dijo a su Padre: “Yo ruego por ellos; no ruego por el mundo, sino por los que me diste, porque tuyos son”.

En el cielo continúa sin cesar esta oración intercesora, hora tras hora, día tras día, si es que hay horas y días en el cielo. El Sumo Sacerdote nos sostiene y sustenta con sus oraciones. ¿Qué más puede hacer este sacerdote? Él lo ha hecho todo, limpiándonos con su sangre, renovándonos cada día por su Espíritu, intercediendo constantemente por nosotros delante de su Padre y presentándonos al final sin tacha delante de su trono.

²⁶ Tal sumo sacerdote nos convenía: santo, inocente, sin mancha, apartado de los pecadores y hecho más sublime que

los cielos; ²⁷ que no tiene necesidad cada día, como aquellos sumos sacerdotes, de ofrecer primero sacrificios por sus propios pecados, y luego por los del pueblo, porque esto lo hizo una vez para siempre, ofreciéndose a sí mismo. ²⁸ La Ley constituye sumos sacerdotes a hombres débiles; pero la palabra del juramento, posterior a la Ley, constituye al Hijo, hecho perfecto para siempre.

El autor concluye esta sección sobre la superioridad de Cristo señalando el mejor sacrificio que ha ofrecido este sumo sacerdote perfectamente calificado. ¿Qué clase de sumo sacerdote necesitan los pecadores? ¿Cuál es completamente idóneo para la tarea? ¡El que tenemos! Aunque el autor no lo menciona por su nombre, los lectores saben a quién se refiere: es Jesús, el Sumo Sacerdote para siempre en el orden de Melquisedec.

Él es “santo” también según su naturaleza humana, y ni la menor partícula de contaminación se puede encontrar en él, ni la más pequeña desviación de los mandamientos de Dios. Para exponer más plenamente la santidad de Cristo, el autor utiliza tres declaraciones sinónimas: es “inocente”, es decir, que no hace mal ni tiene nada vil o malo ligado a él. También es “sin mancha”, es decir, incontaminado moralmente con cualquier cosa que pudiera impedir su obra de sumo sacerdote. Además, él está “apartado de los pecadores”. Aunque tuvo que vivir entre pecadores, nunca se unió a ellos en sus pecados. San Pedro lo describe en 1 Pedro 1:19 como “cordero sin mancha y sin contaminación”. Fue un sacerdote que pudo desafiar a sus enemigos en Juan 8:46, diciéndoles: “¿Quién de vosotros puede acusarme de pecado?” También es “hecho más sublime que los cielos”. Desde su ascensión, nuestro Sumo Sacerdote actúa como nuestro intercesor delante del trono de Dios. ¿Qué más podemos necesitar?

El autor pasa de la persona de Jesús a su obra, para mostrar que es el sacerdote que necesitamos. No sólo era el sacerdote perfecto, sino también el sacrificio perfecto. En 5:3, el autor nos dice que el sumo sacerdote levítico tenía que ofrecer un sacrificio

por sus propios pecados cada año en el día de la expiación, antes de ofrecerlos por los pecados del pueblo. Ahora repite el pensamiento y lo contrasta con nuestro Sumo Sacerdote. Jesús intercede por los pecadores delante de su Padre celestial cada día, como el sumo sacerdote del Antiguo Testamento hacía una vez al año.

Sin embargo, nuestro sacerdote no tiene que ofrecer “cada día” sacrificios por sus propios pecados, como lo hacía el sumo sacerdote levítico una vez al año, el día de la expiación. ¿Qué necesidad tiene de sacrificios por sí mismo un Sumo Sacerdote “santo, inocente, sin mancha, apartado de los pecadores”? Este hecho ya lo marca como eminentemente superior al sumo sacerdote levítico.

Así es el sacrificio que Cristo trajo. “Esto lo hizo una vez para siempre, ofreciéndose a sí mismo.” No era necesario un sacrificio por sí mismo; y para los pecadores no fue necesario más que uno. Cuando Cristo se ofreció a sí mismo, hizo lo que los sumos sacerdotes levíticos no hubieran podido hacer nunca: hizo el sacrificio absolutamente perfecto y completo por los pecados del mundo entero, como lo mostrarán claramente los capítulos siguientes.

El contraste es evidente y prueba más allá de toda duda la superioridad de Cristo. La ley mosaica, que apoyaba el sacerdocio levítico, vino en el año 1500 a.C. El salmo de David con el juramento de Dios de establecer el sacerdocio de Cristo fue aproximadamente en el año 1000 a.C. y sustituyó claramente el antiguo sacerdocio. La ley reconoció la debilidad de los sacerdotes a quienes designó y también hizo provisiones para los sacrificios por sus pecados. El Hijo sin pecado a quien Dios designó por su juramento, ha sido “hecho perfecto para siempre”, es decir, ha alcanzado una vez y para siempre la meta que le fue asignada. Como Hijo de Dios que vino a la tierra, él cumplió perfectamente y para siempre la obra del sumo sacerdote, y con su única ofrenda por los pecados, abrió por completo el camino a un Padre santo en el cielo.

El autor no hace estas preguntas, pero están implícitas en el contexto: ¿Verdaderamente querían los lectores devolverse a un sacerdocio descartado por Dios desde hace mucho tiempo? ¿A sacerdotes humanos débiles y frágiles que estaban tan necesitados de sacrificios como ellos? ¿A la intercesión de sumos sacerdotes tan mortales como ellos? ¿Querían realmente abandonar a este superior Sumo Sacerdote? ¿Lo queremos abandonar nosotros? ¿Por cualquier razón?

Me cubre su justicia
De plena perfección;
Eres, Jesús, delicia,
Eres mi salvación.
Jesús, en ti descanso,
Reposo tú me das;
Con calma ahora avanzo
Al cielo donde estás.

(Himnos y Cánticos del Evangelio 21:2)

Es un sacerdote superior en santuario y pacto

8 Ahora bien, el punto principal de lo que venimos diciendo es que tenemos tal sumo sacerdote, el cual se sentó a la diestra del trono de la Majestad en los cielos. ² Él es ministro del santuario y de aquel verdadero tabernáculo que levantó el Señor y no el hombre

El judaísmo estaba muy interesado en el lugar donde servían los sacerdotes, y el templo en la ciudad santa con su esplendor externo y su ritualismo se levantaba como una impresionante visión ante sus ojos y estaba vívidamente grabado en sus mentes. ¿Estaban aquellos hebreos cristianos volviendo su mirada en esa dirección y titubeando? Entonces era el momento de plantear el tema del santuario en el que servía el gran Sumo Sacerdote y señalar también su superioridad.

El autor va directamente al punto, declarando de una vez el pensamiento principal de lo que venía. “Tenemos tal sumo sacerdote” afirma, haciendo resonar una nota triunfal, como si les recordara a los lectores: “Miren el Sumo Sacerdote que tenemos, su obra sacrificial sobre la tierra ha terminado y ocupa el puesto de todo poder y gloria en el cielo. ¿Cómo se ven los sacerdotes del judaísmo comparados con él?”

“A la diestra del trono” describe una posición de máximo poder y gloria, mientras que “majestad en los cielos” se refiere con reverencia a Dios. Nuestro sacerdote no es una realeza terrenal limitada, sino una realeza exaltada. No está ocupado en la tierra repitiendo sacrificios que no pueden ser más que símbolos, sino que está en el cielo con su obra sacrificial ya terminada.

El autor declara todavía más enfática y claramente que Cristo sirve como “ministro del santuario, y de aquel verdadero tabernáculo que levantó el Señor, y no el hombre”. La palabra “ministro” llama la atención especialmente porque aparece en fuerte contraste con lo que se nos ha dicho de la exaltada posición de Cristo en el cielo. Viene de la misma raíz griega que la palabra “liturgia” y designa ejecutores de oficios de diversos tipos y el contexto ayuda a determinar qué servicio se debe prestar. El Cristo exaltado está ocupado ministrando como nuestro sacerdote en el cielo.

Las otras palabras que llaman nuestra atención son los sinónimos “santuario” y “tabernáculo”. Ambas nos remontan a los días de Israel en el desierto cuando establecieron la tienda especial que se llamó el tabernáculo y que simbolizaba la presencia del Señor en medio de ellos. Esa tienda en el desierto era sagrada; así también lo fue posteriormente el glorioso templo en Jerusalén. Sin embargo, estos no fueron el verdadero lugar donde moraba Dios, ya que fueron contruidos por hombres pecadores, y en ellos ministraron sacerdotes pecadores. Cristo ministra en el verdadero tabernáculo establecido por el Señor, y ese tabernáculo es el cielo mismo, como explica Hebreos 9:24: “Porque no entró Cristo en

un santuario hecho por los hombres, figura del verdadero, sino en el cielo mismo, para presentarse ahora por nosotros ante Dios”. Nuestro Sumo Sacerdote ministra en el cielo, representando a los creyentes y reinando para siempre.

³ Todo sumo sacerdote está constituido para presentar ofrendas y sacrificios, por lo cual es necesario que también éste tenga algo que ofrecer. ⁴ Así que, si estuviera sobre la tierra, ni siquiera sería sacerdote, habiendo aún sacerdotes que presentan las ofrendas según la Ley. ⁵ Estos sirven a lo que es figura y sombra de las cosas celestiales, como se le advirtió a Moisés cuando iba a erigir el Tabernáculo, diciéndole: «Mira, haz todas las cosas conforme al modelo que se te ha mostrado en el monte.» ⁶ Pero ahora tanto mejor ministerio es el suyo, cuanto es mediador de un mejor pacto, establecido sobre mejores promesas.

Sólo un santuario celestial podía servir para este gran Sumo Sacerdote, así como señala la ofrenda que presenta. Una función significativa del sumo sacerdocio levítico era “presentar ofrendas y sacrificios”. Note que el autor utiliza el plural “ofrendas y sacrificios” y también el tiempo presente del infinitivo “presentar”. Esta obra de llevar ofrendas y sacrificios nunca terminó, sino cada año en el día de la expiación el sumo sacerdote tenía que repetirla.

Ahora, mire a Jesús nuestro gran Sumo Sacerdote: él también debía tener “algo que ofrecer”, pero hay una diferencia. En el griego, la forma del verbo “ofrecer” que se utiliza aquí no está en presente, como en la anterior que implica sacrificio repetido y continuo. En cambio, la forma verbal utilizada aquí sugiere que él ofreció sólo una vez. Este pensamiento se refuerza cuando vemos que el “algo” que ofreció está en singular, refiriéndose a un sacrificio individual.

¿Podría el lector perder el significado? El versículo 27 del capítulo 7 ya nos dijo que “lo hizo una vez para siempre, cuando

se ofreció a sí mismo”, y en el capítulo 9 explicará en detalle sobre esto. Ahora, en el santuario del cielo, el gran Sumo Sacerdote utiliza constantemente este sacrificio de una vez para siempre para defender el caso de los pobres pecadores. Su sacrificio, hecho en la cruz del Calvario, es la base segura para su continuo ministerio como sacerdote que intercede por los pecadores delante del trono de su Padre.

Un sacerdote así, con un sacrificio así, no ministraría en el tabernáculo terrenal. Dado que el autor escribe como si el templo todavía perdurara y el sacerdocio levítico todavía funcionara, suponemos que la fecha fue algo anterior al año 70. Aunque Cristo rasgó el velo del templo con su perfecto sacrificio en el Calvario, y de esa manera hizo obsoleto el sacerdocio del Antiguo Testamento, éste continuó hasta cuando las legiones romanas destruyeron el templo en el año 70. En ese templo no había lugar para que alguien de Judá trajera tan especial sacrificio, sólo había lugar para que sacerdotes del linaje de Leví trajeran las repetidas ofrendas.

Nuestro Sumo Sacerdote debía tener un santuario radicalmente diferente en el cual ministrar. ¿Se dieron cuenta los lectores de qué tan superior era ese santuario celestial? El autor se lo dice, señalando cómo el tabernáculo terrenal en el desierto era una “figura y sombra de las cosas celestiales”. “Figura” indica algún tipo de esbozo, mientras que “sombra” se refiere a un reflejo o silueta.

Las palabras son claras, el tabernáculo que Dios le ordenó a Moisés que construyera, dándole instrucciones precisas en Éxodo 25:40, era sólo una sombra de lo que le fue mostrado. El tabernáculo terrenal que los judíos apreciaban altamente era sólo una copia; el original estaba en el cielo. De la misma manera que el sacerdocio levítico era sólo una sombra del sacerdocio de Cristo, así el santuario en el cual ministraba era sólo una sombra del celestial, en el cual Cristo se desempeñó. El punto tiene que ser claro en cuanto a quién era el sumo sacerdote superior.

La superioridad de Cristo se muestra también por el pacto que él medió. En 7:22, fue llamado “fiador de un mejor pacto”, y aquí, como también en 9:15 y 12:24, se le describe como el “mediador”, el intermediario que se pone entre dos partes. “Pacto”, nuevamente, como en 7:22 es *voluntad* o *testamento*. En griego hay dos palabras para “pacto”: la más común involucra siempre dos partes que más o menos pueden concertar entre sí como iguales, como ocurre con un contrato de matrimonio. La otra palabra, la que se utiliza aquí, es unilateral, como en testamento, donde el testador dice: “Esto es lo que quiero que se haga y esta es la manera como se hará”.

¿Qué es el pacto “superior” del cual Cristo es el mediador? Es el legado que Dios hace de la salvación con las mejores promesas de perdón y vida puestas en vigencia por la muerte del Mediador. Este testamento ya prometido a Abraham, fue “fundado”, es decir, que se le dio fuerza legal, cuando Jesús se puso en la brecha entre Dios y el hombre en la cruz del Calvario.

¿Estaban alerta ahora los oídos de esos judíos cristianos? “Pacto” era una palabra importante en el judaísmo, y hablar de un pacto superior con mejores promesas que las que tenía el atesorado pacto mosaico, debía captar su atención.

⁷ Si aquel primer pacto hubiera sido sin defecto, ciertamente no se habría procurado lugar para el segundo, ⁸ pues reprendiéndolos dice:

**«Vienen días —dice el Señor—
en que estableceré con la casa de Israel y la casa
de Judá un nuevo pacto.**

**⁹ No como el pacto que hice con sus padres
el día que los tomé de la mano para sacarlos de la
tierra de Egipto.**

**Como ellos no permanecieron en mi pacto,
yo me desentendí de ellos —dice el Señor—.**

¹⁰ Por lo cual, éste es el pacto que haré con la casa

de Israel

**después de aquellos días —dice el Señor—:
Pondré mis leyes en la mente de ellos,
y sobre su corazón las escribiré;
y seré a ellos por Dios
y ellos me serán a mí por pueblo.**

**¹¹Ninguno enseñará a su prójimo,
ni ninguno a su hermano, diciendo: “Conoce al
Señor”,**

**porque todos me conocerán,
desde el menor hasta el mayor de ellos,**

**¹²porque seré propicio a sus injusticias,
y nunca más me acordaré de sus pecados ni de sus
maldades.»**

¹³Al decir «Nuevo pacto», ha dado por viejo al primero; y lo que se da por viejo y se envejece está próximo a desaparecer.

Los judíos apreciaban altamente el pacto que Dios les dio por medio de Moisés en el monte Sinaí; para ellos esta era la palabra final y sin falla. En él encontraban las leyes que gobernaban su sacerdocio, los rituales del templo, los sacrificios, los días santos y cosas similares. Los hebreos cristianos, bajo la presión de la persecución, estaban pensando en regresar al judaísmo con su pacto mosaico. Quizás habrían cometido un error al aceptar el cristianismo y quizás el antiguo pacto era mejor.

El autor tiene una respuesta para ellos: “Si aquel primer pacto hubiera sido sin defecto, ciertamente no se habría procurado lugar para el segundo”. El antiguo pacto fue reemplazado no porque fuera imperfecto y cundido de fallas, sino porque era inadecuado e incompleto; sólo era preparatorio. El pacto de Dios por medio de Moisés era básicamente ley, y como tal, tenía dos deficiencias: revelaba el pecado, pero no lo podía quitar; y exigía obediencia perfecta, pero no podía dar el poder para hacerlo.

Ciertamente el pacto mosaico, en medio de las leyes ceremoniales y políticas, contenía también la ley moral, resumida en los Diez Mandamientos. Esta ley moral permanece para todo tiempo, como lo demuestra el hecho de que se repite en el Nuevo Testamento. Pero la ley, como nos recuerda Pablo en Romanos 8:3 es “débil por la carne”. Considerar el pacto mosaico como definitivo en vez de preparatorio, hubiera sido insuficiente para alcanzar la mejor promesa que Dios tenía en mente para su pueblo.

Dios mismo mostró dónde estaba el problema con el antiguo pacto: encontró falla en su pueblo. Éxodo 19:8 y 24:7 hablan sobre cómo el pueblo respondió cuando Dios dio su pacto por medio de Moisés: “Haremos todo lo que Jehová ha dicho”. Sin embargo, no pudieron ni lo hicieron. El autor de Hebreos nos muestra en el capítulo 3 la manera asombrosa en que el pueblo contradijo su respuesta a Dios.

Aunque bueno y santo en sí mismo, el antiguo pacto no tenía poder para dar obediencia o vida, y por eso Dios lo reemplazó con un pacto mejor. Ya hacia el año 600 a.C., por medio de su profeta Jeremías había declarado: “Haré un nuevo pacto con la casa de Israel y la casa de Judá”. La palabra en hebreo “nuevo” no significa necesariamente más reciente, sino nuevo en cualidad. “Hacer” significa llevar a término; cuando el eterno sacerdote dijo en la cruz del Calvario: “Consumado es”, completó el pacto que ahora está en vigencia hasta el día del juicio.

Note bien quién habla y quién hace el pacto; es el “Señor”, el Dios de gracia que cumple sus promesas. Cuatro veces aparecen las palabras, “dice el Señor” en esta cita de Jeremías 31. Una y otra vez en esa cita Dios declara: “haré”; “pondré”; “seré”; “perdonaré”.

Al decir “casa de Israel” y “casa de Judá”, Dios se refería al Israel del Nuevo Testamento. La nación de Israel en el tiempo de Jeremías ya no existía, ya que fue exiliado por los asirios. La nación de Judá, en el año 588 a.C., también iba a desaparecer durante los 70 años de cautividad en Babilonia. Aunque Judá reapareció brevemente para que el niño Cristo pudiera nacer de él,

como se había prometido, vino el momento en que fue dispersada en el año 70 d.C. Ya en el tiempo de Jeremías, Dios se refirió a un Israel y a una Judá diferentes, a los descendientes espirituales de Abraham, a los creyentes “de todas las naciones, tribus, pueblos y lenguas”, como se describe en Apocalipsis 7:9.

“Nuevo en cualidad”, había dicho Dios de su pacto sustituto, porque no iba a ser condicional como el que dio por medio de Moisés en Sinaí. También entonces el amor y la misericordia de Dios habían sido evidentes. Como un padre amoroso, tomó a Israel de la mano, llevó y sostuvo al pueblo con tierno interés. No obstante, Israel abandonó el pacto por lo cual Dios dice: “Me desentendí de ellos”. ¿Qué más podía hacer? No les podía otorgar bendiciones a los que desatendieron su pacto y desobedecieron sus preceptos. El antiguo pacto fracasó porque no pudo producir la obediencia que requería; el nuevo pacto no podía fallar porque era puro evangelio y gracia incondicional.

“Mejores promesas” dijo el autor sobre este pacto sustituto, y ahora explica. La promesa número uno se encuentra en Jeremías 31:33: “Pondré mis leyes en la mente de ellos, y sobre su corazón las escribiré”. Ya no habrá necesidad de las dos tablas escritas en piedra; no más esfuerzo para obedecer a causa del miedo. El pueblo de Dios bajo el nuevo pacto de gracia tendrá sus leyes escritas en la mente y en el corazón; la ley formará parte de su ser interior. Con la mente sabrán y con el corazón amarán lo que Dios quiere. La compulsión a obedecer vendrá no de afuera sino de adentro, de un corazón de fe que dice como el salmista en el Salmo 119:32: “Por el camino de tus mandamientos correré cuando alegres mi corazón.” Esto es regeneración. El nuevo pacto produce un corazón de fe que no sólo tiene conocimiento de los caminos de Dios, sino también el poder para andar en ellos.

La promesa número dos se encuentra también en Jeremías 31:33: “Y seré a ellos por Dios, y ellos me serán a mí por pueblo”. Los que han estado en el Calvario son el pueblo de Dios de una manera muy especial, son tuyas la libertad, la seguridad, la eternidad de una manera tan segura como su promesa: “Yo soy

suyo y ustedes son míos”. Son “posesión” de Dios, como los describe Efesios 1:14, ligados a él por un inquebrantable lazo comprado con sangre. Los creyentes ya no son “extranjeros ni forasteros, sino conciudadanos de los santos y miembros de la familia de Dios” como los describe gloriosamente Efesios 2:19.

La promesa número tres repite las palabras de Jeremías 31:34. Bajo el antiguo pacto había constante necesidad de conocimiento y apareció profeta tras profeta para revelar cada vez más de la voluntad de Dios. Se debía enseñar tanto al “prójimo” de la comunidad más amplia como al “hermano” del círculo familiar más estrecho. Aun así, el conocimiento humano de la revelación de Dios era incompleto. En el nuevo pacto de gracia, cada creyente conocerá a Dios. El Hijo revelará y el Espíritu recordará para que los creyentes tengan un conocimiento íntimo del Dios de su salvación. ¡Mejor! Piense en conocerlo como Abraham, a quien Dios le contó sus secretos; o como Moisés, con quien Dios habló cara a cara; o como María, cuyas lágrimas le secó el domingo de la resurrección; o como Juan, a quien le dio esas gloriosas revelaciones. En el nuevo pacto, todos los creyentes tendrán ese bendito privilegio, “desde el menor hasta el mayor”.

La promesa número cuatro continúa la cita de Jeremías 31:34: “Porque seré propicio a sus injusticias, y nunca más me acordaré de sus pecados ni de sus maldades”. Dios perdonará su maldad y la culpa que de ella resulta. No es que Dios las ignore o las pase por alto, sino que las perdona porque ha tratado con ellas por medio del sacrificio expiatorio de su Hijo. Tampoco guarda archivos ni extrae esporádicamente pecados del pasado, sino los borra completamente de su memoria por la sangre de su Hijo. El Dios de toda gracia los perdona y los olvida, apartando nuestras transgresiones de nosotros “cuanto está lejos el oriente del occidente” (Salmo 103:12) y “echará a lo profundo del mar todos nuestros pecados” (Miqueas 7:19). Cuando Dios dice: “Seré propicio” y “Nunca más me acordaré”, el pecador creyente puede estar seguro de que “ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús” (Romanos 8:1).

¿Mejores promesas? ¡Ciertamente! ¿Un pacto nuevo de superior calidad? ¿Quién podría dudarlo? Jeremías lo había predicho hacia el 600 a.C.; Jesús lo puso en vigor hacia el año 33 d.C. Pronto el antiguo pacto, debilitado y tambaleado como una persona vieja y decrepita, desaparecería por completo. Después de que las legiones romanas del general Tito acabaron con Jerusalén en el año 70 d.C., no hubo más santuario ni sacerdocio ni sacrificios. Pero el nuevo pacto, que fue establecido por un Dios de gracia y cimentado sobre las mejores promesas de salvación, permanece. Bajo él, Dios nos trata como hijos, hasta que entremos en la Jerusalén de arriba, donde las nubes del pecado no oscurecerán nunca más los cielos y donde conoceremos al Dios de gracia tan plenamente como él nos conoce a nosotros.

Es un sacerdote superior en sacrificio

9 Ahora bien, aun el primer pacto tenía ordenanzas de culto y un santuario terrenal, ² pues el Tabernáculo estaba dispuesto así: en la primera parte, llamada el Lugar santo, estaban el candelabro, la mesa y los panes de la proposición. ³ Tras el segundo velo estaba la parte del Tabernáculo llamada el Lugar santísimo. ⁴ Allí había un incensario de oro y el Arca del pacto cubierta de oro por todas partes, en la que había una urna de oro que contenía el maná, la vara de Aarón que reverdeció y las tablas del pacto. ⁵ Sobre la urna estaban los querubines de gloria que cubrían el propiciatorio. De estas cosas no se puede ahora hablar en detalle.

El sacerdocio superior de Cristo es todavía el objeto de la discusión, y nada señala mejor esa superioridad que el sacrificio que él ofrece, como muestra ahora el autor. Como el sacrificio requería también un lugar, el autor hace regresar a sus lectores al tabernáculo. Esa tienda sagrada, que les sirvió a los judíos en el desierto, fue el modelo para los templos que se erigieron

posteriormente en Jerusalén. Dios mismo dio el modelo para el tabernáculo (8:5) y también las reglas para la adoración que se hacía en él. El tabernáculo era importante en su tiempo y el autor escribe sobre él con respeto. Sin embargo, el tabernáculo sólo era “terrenal”, es decir, que fue construido por hombres y sólo para uso en este mundo.

El lector haría bien en volver a los capítulos 25 al 40 del libro del Éxodo del Antiguo Testamento para buscar información de fondo sobre el tabernáculo. La tienda tenía 30 codos por 10 codos por 10 codos; como el codo equivale a unos 45 centímetros, que es la distancia que hay del codo a la punta del dedo medio, esto se convierte en unos 13.5 metros de largo, 4.5 metros de ancho y 4.5 metros de alto.

El tabernáculo estaba dividido en dos partes. La primera estancia era el Lugar Santo, que tenía una longitud de unos 9 metros, con un velo que cubría su entrada. Detrás estaba la segunda estancia, de 4.5 metros de longitud, llamada el Lugar Santísimo, que también tenía un velo que la separaba, tejido de lana azul, púrpura y escarlata y lino finamente trenzado y decorado con querubines.

En la primera estancia se encontraba el “candelabro”, es decir, el candelero de oro con sus siete lámparas de aceite para iluminar la tienda sin ventanas. También estaba la mesa, hecha de madera recubierta de oro, sobre la cual estaba el pan consagrado. Por Levítico 24:5-9 sabemos que había doce panes, uno por cada una de las doce tribus de Israel, amasados con harina fina sin levadura, que se cambiaban cada sábado, dejando los panes viejos para que los comieran únicamente los sacerdotes. A estos panes se les llamaba también el “pan de la presencia”, porque eran puestos ante la presencia de Dios.

En el Lugar Santo estaba también el altar de oro del incienso. Éxodo 30:6 explica que ese altar estaba “delante del velo” que cerraba el Lugar Santísimo. Por Levítico 16:12,13 sabemos que en el día de la expiación el sumo sacerdote llevaba incienso encendido desde este altar detrás del velo hasta el Lugar Santísimo

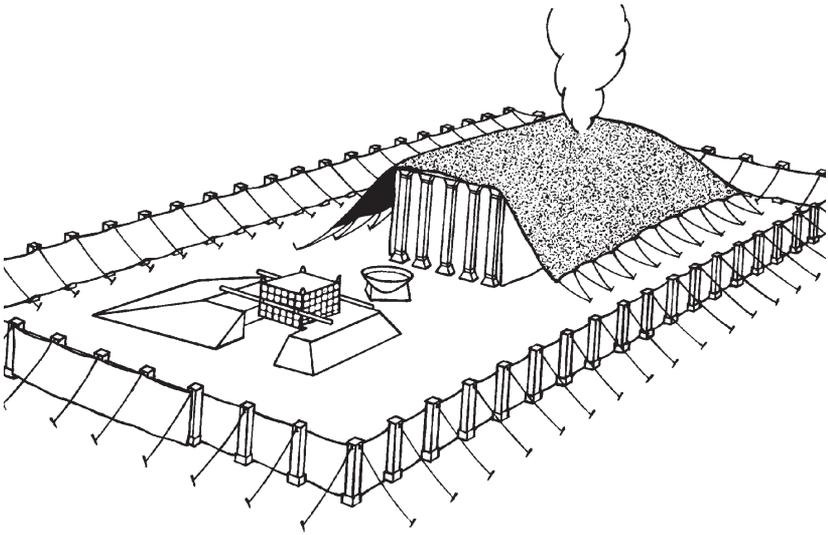
para que el humo cubriera el propiciatorio y lo protegiera de morir. Por estos hechos el autor relaciona el altar de oro del incienso con el Lugar Santísimo.

En el Lugar Santísimo había sólo una cosa, “el arca del pacto cubierta de oro”. Éxodo 25:10-22 describe esta caja como de 2.5 codos de largo, 1.5 codos de alto y 1.5 codos de ancho, cubierta de oro por dentro y por fuera. Sobre su tapa había dos querubines de oro martillado, uno en cada extremo, “querubines de gloria” los llama el autor porque Dios estaba presente en su gloria en medio de ellos. La escritura relaciona especialmente los querubines con la presencia de Dios, como en el Salmo 80:1. En Éxodo 25:22, Dios dijo del propiciatorio, que cubrían con su sombra las alas extendidas de esos dos querubines: “Allí me declararé a ti”. La tapa del arca se llamaba “la tapa de la expiación”, y sobre esta cubierta de oro entre los dos querubines, el sumo sacerdote rociaba la sangre sacrificial el día de la expiación para simbolizar la expiación del pecado.

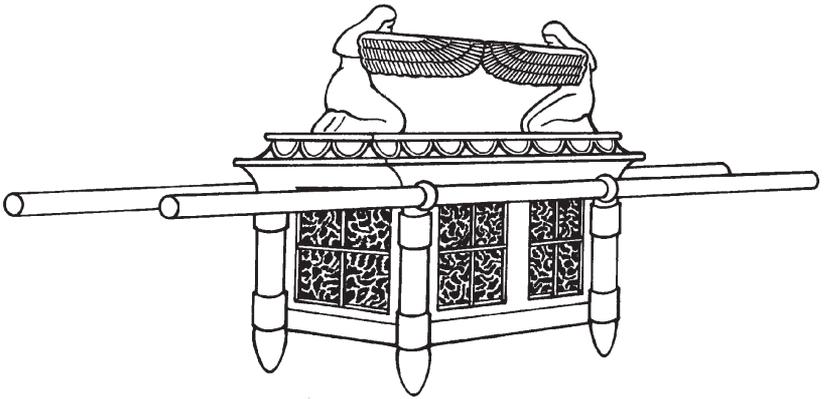
Dentro del arca estaba la urna del maná, de la que habla Éxodo 16:32-34. Aquí el autor agrega bajo inspiración el detalle de que estaba una urna de oro. También estaba la vara de Aarón dentro del arca, a la que Dios, como se registra en Números 17:1-11, hizo florecer y producir almendras y probó así el liderazgo de Moisés delante de la rebelde Israel. Además, el arca contenía las tablas del pacto, que Dios mandó a Moisés que pusiera en el lugar más sagrado (Éxodo 25:16).

Tanto la urna de oro del maná como la vara de Aarón fueron sacadas del arca en la época de Salomón (1 Reyes 8:9), quizás se perdieron cuando los filisteos capturaron el arca (1 Samuel 4:10,11); las tablas y el arca desaparecieron después, quizás cuando Nabucodonosor incendió el templo (2 Reyes 25:8,9).

Se podría haber dicho mucho más sobre esta tienda sagrada y sus objetos especiales, pero esta breve mención fue suficiente. El autor quería poner énfasis no en esos tipos terrenales, sino en el Sumo Sacerdote superior y su muy especial sacrificio al cual señalaban.



El tabernáculo (interpretación artística de un autor)



El arca del pacto (interpretación artística de un autor)

⁶ Así dispuestas estas cosas, en la primera parte del Tabernáculo entran los sacerdotes continuamente para cumplir los oficios del culto. ⁷ Pero en la segunda parte sólo entra el sumo sacerdote una vez al año, llevando la sangre que ofrece por sí mismo y por los pecados de ignorancia del pueblo. ⁸ El Espíritu Santo da a entender con esto que aún no se había abierto el camino al Lugar santísimo, entre tanto que la primera parte del Tabernáculo estuviera en pie. ⁹ Lo cual es símbolo para el tiempo presente, según el cual se presentan ofrendas y sacrificios que no pueden hacer perfecto, en cuanto a la conciencia, al que practica ese culto, ¹⁰ ya que consiste sólo de comidas y bebidas, de diversas purificaciones y ordenanzas acerca de la carne, impuestas hasta el tiempo de reformar las cosas.

Con el sacrificio superior de Cristo en mente, el autor procede a describir lo que ocurría en el tabernáculo. Los sacerdotes entraban regularmente a la primera estancia dos veces al día para ofrecer incienso sobre el altar de oro, tanto en la mañana como en la tarde (Éxodo 30:1-8), y al mismo tiempo atendían las lámparas de aceite. Su servicio incluía también cambiar el pan consagrado cada día de sábado (Levítico 24:5-8). Aquí ya encontramos restricciones: sólo los sacerdotes, no el pueblo, podían pasar por el velo externo a la primera estancia del tabernáculo.

Las restricciones se hacen más evidentes en cuanto el autor procede a lo que ocurre detrás del segundo velo en esa estancia especial llamada el Lugar Santísimo. Se entraba sólo un día en el año y sólo entraba el sumo sacerdote y nunca sin sangre. El autor se refiere al día de la expiación como el día más importante del año religioso de Israel, y el sacrificio que llevaba ese día como el más importante. Si el autor puede mostrar que el sacrificio de Cristo es superior al que llevaba el sumo sacerdote en ese día, ha alcanzado su objetivo.

En 5:2,3 vimos cómo en ese día el sumo sacerdote entraba en el Lugar Santísimo primero con sangre sacrificial por sus propios

pecados y luego, una segunda vez, con sangre por los pecados que el pueblo había cometido en ignorancia. Entrar en esos recintos sagrados sin sangre hubiera significado la muerte, hasta para el sumo sacerdote.

Todas esas restricciones, toda esa sangre, el mismo diseño del tabernáculo, ciertamente involucraban una profunda verdad religiosa. El Espíritu Santo, el divino Revelador de la verdad, mostraba que el impenetrable velo del pecado había sellado el acceso del hombre al Dios santo, que sólo podía aproximarse a Dios a través de un mediador, y que ese mediador podía acercarse sólo con la sangre de un sacrificio. La existencia de ese tabernáculo simbolizaba que la entrada en el Lugar Santísimo de Dios en el cielo era imposible para el hombre pecador. Vista en este contexto, la rasgadura del velo del templo en la crucifixión de Cristo se hace muy significativa.

El tabernáculo, con sus restricciones de entrada y los interminables rituales, ilustra algo más. “Para el tiempo presente”, es decir para la época del Antiguo Testamento durante la cual existía el tabernáculo con sus rituales, éstos efectuaban sólo una limpieza externa. Este “tiempo presente” podría incluir también el período de transición en el que el autor y sus lectores vivían (hasta el momento de la destrucción del templo en el año 70 d.C.). En ese tiempo todavía se observaban las leyes ceremoniales de forma voluntaria, pero las repetidas “ofrendas y sacrificios” no podían suplir la necesidad real del adorador, podían hacerlo ceremonialmente limpio en lo externo, pero no podían limpiar su conciencia.

Todos esos estrictos reglamentos sobre qué alimentos y bebidas se podían utilizar y qué lavamientos ceremoniales se debían hacer, eran sólo “externos” o carnales. Se aplicaban sólo al cuerpo del atribulado pecador, no a su conciencia, y debían durar sólo hasta el “tiempo de reformar las cosas”. Sí, prefiguraban verdades espirituales y por eso eran valiosos; servían como sombra del gran Sumo Sacerdote que iba a venir, que con su ofrenda superior iba a limpiar completamente la conciencia del pecador.

Pero ahora que el “tiempo de reformar las cosas” está aquí. Ahora que Cristo ha introducido el glorioso período del Nuevo Testamento con su pesebre y su cruz, ¿qué necesidad hay ya de tabernáculos ilustrativos y reglas externas?

¹¹ Pero estando ya presente Cristo, Sumo sacerdote de los bienes venideros, por el más amplio y más perfecto tabernáculo, no hecho de manos, es decir, no de esta creación, ¹² y no por sangre de machos cabríos ni de becerros, sino por su propia sangre, entró una vez para siempre en el Lugar santísimo, habiendo obtenido eterna redención.

¹³ Porque si la sangre de los toros y de los machos cabríos, y las cenizas de la becerra rociadas a los impuros, santifican para la purificación de la carne, ¹⁴ ¿cuánto más la sangre de Cristo, el cual mediante el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios, limpiará vuestras conciencias de obras muertas para que sirváis al Dios vivo?

Ahora viene el contraste, y es muy marcado. Primero, nos muestra el autor la superioridad del tabernáculo en el que sirve Cristo nuestro Sumo Sacerdote: no está “hecho de manos”, es decir, no es construido por hombres de materiales terrenales como el tabernáculo judío. Tampoco es “de esta creación”, porque no vino de las manos creadoras de Dios como los cielos y la tierra, sino es el cielo eterno donde mora el Dios eterno. No sorprende que el autor lo describa como “más amplio y más perfecto tabernáculo”.

Cristo mora en la eterna presencia de Dios porque vino como “sumo sacerdote de los bienes venideros”. Note que su título “Cristo”, es decir, “el Ungido”, que +6

se utiliza para recordarnos su oficio. Vino a la tierra para officiar como Sumo Sacerdote y por tanto a asegurar “bienes” para nosotros. Por su obra sacrificial en la cruz, las buenas bendiciones de la salvación y todo lo que viene con ellas ya son nuestras para

que las gocemos. Qué contraste, nuestro sacerdote sirve en un tabernáculo celestial.

El siguiente contraste es igualmente vívido, mire la ofrenda que trajo: fue “sangre”, lo mismo que los sumos sacerdotes de Israel. La sangre era importante en sus sacrificios, como señala Levítico 17:11, porque era un recordatorio vívido de que Dios demandaba la muerte por el pecado. A diferencia de los sumos sacerdotes, Cristo no llevó sangre de machos cabríos ni de becerros, sino su propia sangre, santa y preciosa porque era la sangre del Dios hombre. Por eso no tuvo que venir año tras año con su sangre como tenían que hacer los sumos sacerdotes, sino que ofreció “una vez para siempre” y obtuvo “eterna redención”. Redimir significa libertar, pagando un precio. En el cielo, Cristo señala su sangre como la que nos ha libertado de todo pecado y culpa para siempre.

El contraste entre las ofrendas se hace más fuerte al considerar sus efectos. Todo lo que la sangre de los becerros y los machos cabríos podía ofrecer era la limpieza externa para personas ceremonialmente inmundas. La referencia al rociamiento de “las cenizas de la becerra” señala de manera particular esta limitación. En Números 19, Dios hizo provisión para la limpieza de quienes se hicieran ceremonialmente inmundos por contacto con cuerpos muertos, huesos humanos o tumbas; esas personas debían ser rociadas con agua en la que se hubieran mezclado las cenizas de una becerra sacrificial. Estaba implicada la contaminación externa y se ofrecía la limpieza externa, ¡pero eso era todo! Esos sacrificios no hacían nada para librar el alma de la más seria contaminación, la del pecado.

Ahora el autor nos convida a mirar con más cuidado la ofrenda de Cristo. Los animales que ofrecían los sacerdotes no tenían nada que decir sobre el asunto, ni siquiera sabían lo que estaba pasando. Cristo, por su parte, se ofreció voluntariamente a sí mismo, y con él vino el “Espíritu eterno” guiándolo y alentándolo en el camino a su aterradora tarea, tal como Dios prometió. En Isaías 42:1, Dios dijo de este siervo voluntario: “He puesto sobre él mi espíritu”.

Además de ser un sacrificio voluntario, Cristo fue también “sin mancha”. La exigencia que hizo Dios de que los animales sacrificiales del Antiguo Testamento fueran libres de todo defecto físico señalaba a su Hijo limpio, sin pecado, que se ofrecería a sí mismo en el altar de la cruz.

¿Y los resultados de este sacrificio perfecto? Su sangre va mucho más allá de la piel y produce más que limpieza externa: “Limpiaré vuestras conciencias de obras muertas para que sirváis al Dios vivo”. Todas las obras del hombre natural son hechas en muerte espiritual y sólo lo pueden llevar a la muerte eterna. Para él no hay paz, sólo el frenético restregamiento de su conciencia con la lija abrasiva de las obras sin mérito. Sin embargo, para nosotros, la paz lava la conciencia cuando por el Espíritu contemplamos nuestro Sacrificio celestial y creemos que “por sus llagas fuimos nosotros curados” (Isaías 53:5). Entonces podrá seguir y seguirá en la vida diaria el servicio en amor a un Dios vivo.

¹⁵ Por eso, Cristo es mediador de un nuevo pacto, para que, interviniendo muerte para la remisión de los pecados cometidos bajo el primer pacto, los llamados reciban la promesa de la herencia eterna, ¹⁶ pues donde hay testamento, es necesario que conste la muerte del testador, ¹⁷ porque el testamento con la muerte se confirma, pues no es válido entre tanto que el testador vive. ¹⁸ De donde ni aun el primer pacto fue instituido sin sangre, ¹⁹ porque habiendo anunciado Moisés todos los mandamientos de la Ley a todo el pueblo, tomó la sangre de los becerros y de los machos cabríos, con agua, lana escarlata e hisopo, y roció el mismo libro y también a todo el pueblo ²⁰ diciendo: «Ésta es la sangre del pacto que Dios os ha mandado». ²¹ Además de esto, roció también con la sangre el Tabernáculo y todos los vasos del ministerio. ²² Y según la Ley, casi todo es purificado con sangre; y sin derramamiento de sangre no hay remisión.

El sacrificio de Cristo era absolutamente esencial, y sin él no podía entrar en vigor un nuevo pacto ni había herencia eterna para nadie. Ese es el pensamiento que el autor manifiesta en seguida. “Por eso, Cristo es mediador de un nuevo pacto”, escribe, “para que interviniendo muerte para la remisión de los pecados cometidos bajo el primer pacto, los llamados reciban la promesa de la herencia eterna”. El autor no limita los efectos de la redención de Cristo a los que vivieron y pecaron contra el pacto mosaico, sino que la muerte de Cristo cubre a todos los pecadores pasados, presentes y futuros.

Sin embargo, el autor señala que Cristo hizo lo que no podía hacer el antiguo pacto de la ley. Con su muerte sacrificial medió el nuevo pacto de gracia, poniéndose entre el Dios sin pecado y el hombre pecador. De esa manera puso en vigor el pacto de salvación de Dios. Ahora “los llamados” a la fe por el evangelio de la gracia de Dios reciben “la promesa de la herencia eterna”, sin que haga diferencia si viven antes o después del Calvario. Como herederos nombrados en la voluntad de Dios, reciben su herencia eterna, asegurada por el sacrificio completo de Cristo.

La muerte es necesaria para que tengan efecto los testamentos y las herencias terrenales. Es un principio general que, mientras un hombre viva, las provisiones de su última voluntad y testamento no tienen efecto. Puede haber tenido redactada esa voluntad por años y guardada con seguridad, pero no tendrá efecto hasta que muera. Luego, cuando se ha producido la evidencia de la muerte del testador, los herederos reciben su herencia.

¿Se nos puede escapar el punto del autor? Cristo es tanto el Testador como el Mediador del nuevo pacto de salvación. Como “heredero de todo” (1:2) tiene también en sus manos la herencia eterna y nos la lega. Como Mediador, se pone en la cruz y con su muerte pone en vigor este bendito testamento. ¿Puede ser la cruz motivo de desánimo para alguien? ¿Puede hacernos retorcer la teología de la sangre? Sin la cruz y la sangre de Cristo no tenemos nada que heredar.

Aparentemente los judíos cristianos a quienes el autor les escribía cuestionaban la necesidad de la muerte de Cristo. El autor ya había respondido recordándoles que los testamentos y las herencias involucran la muerte y ahora responde exhortándolos a volver la mirada al antiguo pacto. ¿Habían olvidado cuánta sangre estaba involucrada en ese pacto mosaico? ¿No recordaban que “ni aun el primer pacto fue instituido sin sangre”? Desde su mismo comienzo, el pacto mosaico obró con sangre sacrificial.

Para demostrarlo, el autor regresó a Éxodo 24:1-8, añadiendo algunos detalles bajo la inspiración del Espíritu. Cuando Dios dio el antiguo pacto en el monte Sinaí, Moisés le proclamó primero todos sus requisitos a la gente, de modo que cada uno entendió. Después tomó sangre sacrificial, aumentada en cantidad con agua, y con una esponja de hisopo enrollada con lana escarlata, roció “el libro mismo y también a todo el pueblo”. “Esta es la sangre del pacto que Jehová ha hecho con vosotros”, les dijo. La sangre, al ser rociada sobre el libro, puso en vigor el pacto mosaico. Cuando se roció sobre el pueblo, los ató a las reglas del pacto y prometió bendiciones por la obediencia.

La sangre se usó otra vez más tarde cuando se construyó el tabernáculo; Moisés la roció en el tabernáculo y en los vasos sagrados que se utilizaban en las ceremonias religiosas. Aunque Éxodo 40:9, al registrar este evento, sólo menciona el rociamiento con aceite, el autor de Hebreos, bajo la inspiración divina, agrega el detalle que también se usó sangre.

¿Quién puede pasar por alto este simbolismo? La sangre era necesaria. “Según la Ley, casi todo es purificado con sangre”, como lo recordarían bien por las Escrituras de su Antiguo Testamento aquellos lectores judíos. La ley mosaica exigía sacrificios sangrientos para las ofrendas por el pecado y sólo los muy pobres, como se dice en Levítico 5:11, podían llevar cuatro pintas de harina como sustituto de la sangre.

Para hacer énfasis, el autor repite el pensamiento: “Y sin derramamiento de sangre, no hay remisión”. Toda la sangre animal relacionada con el antiguo pacto le recordaba a Israel que ellos y

todo lo que tocaban era pecaminoso y necesitaba limpieza. Más importante aún, toda la sangre señalaba al mayor de los sacrificios, el derramamiento de la sangre del Hijo de Dios, la única que puede quitar las manchas del pecado. ¡A los cristianos felices les gusta cantar acerca de esta sangre!

²³ Fue, pues, necesario que las figuras de las cosas celestiales fueran purificadas así; pero las cosas celestiales mismas, con mejores sacrificios que estos, ²⁴ porque no entró Cristo en el santuario hecho por los hombres, figura del verdadero, sino en el cielo mismo, para presentarse ahora por nosotros ante Dios. ²⁵ Y no entró para ofrecerse muchas veces, como entra el sumo sacerdote en el Lugar santísimo cada año con sangre ajena. ²⁶ De otra manera le hubiera sido necesario padecer muchas veces desde el principio del mundo; pero ahora, en la consumación de los tiempos, se presentó una vez para siempre por el sacrificio de sí mismo para quitar de en medio el pecado. ²⁷ Y de la manera que está establecido para los hombres que mueran una sola vez, y después de esto el juicio, ²⁸ así también Cristo fue ofrecido una sola vez para llevar los pecados de muchos; y aparecerá por segunda vez, sin relación con el pecado, para salvar a los que lo esperan.

Viene de nuevo el contraste, y otra vez note lo agudo que es. Si las cosas terrenales como los tabernáculos y los utensilios necesitaban purificación con sacrificios, ¿qué pasaba con las cosas celestiales que representaban? ¿No necesitaban “mejores sacrificios” que sangre de animales? Este versículo ha sido causa de considerable preocupación para los comentaristas. El plural utilizado en “mejores sacrificios” ha perturbado a algunos, ya que se debe entender el sacrificio de Cristo una vez para siempre. Una explicación sencilla es que se utiliza el plural porque la declaración está en forma general, haciendo contraste no entre muchos sacrificios y un sacrificio, sino entre menor y mayor.

Más perturbadora es la cuestión sobre la purificación de “las cosas celestiales”. ¿Cuáles son esas cosas celestiales y a qué clase de purificación se hace referencia? El cielo, donde mora Dios, es perfecto como él, y no necesita limpieza. Sin embargo, se necesita limpieza cuando el hombre pecador penetra en el cielo.

La sangre purificadora de Cristo permite que los pecadores entren y gocen de “las cosas celestiales” sin mancharlas. Esta sangre introduce a los pecadores en el cielo, manteniendo siempre el cielo libre de su pecado y de sus consecuencias. La entrada del creyente a la presencia celestial de Dios comienza ya aquí en la tierra en el momento en que es llevado a la fe. La cruz de Cristo se sella indeleblemente en esa entrada, porque sólo su sacrificio hace posible para los pecadores esa bendita comunión con Dios. De nuevo, cuando el pecado que todavía se adhiere al creyente amenaza quebrantar esa comunión, sólo sirve el sacrificio de Cristo.

En el cielo, Cristo se presenta “ahora por nosotros ante Dios”; no es un sacerdote terrenal ante el arca cubierta de oro en un santuario hecho por hombres, lleno de humo de incienso. Nuestro Sumo Sacerdote está en la misma presencia de Dios, no para buscarlo, sino para ser considerado por él como el sacrificio acepto por el pecado. Allí intercede “por nosotros” y siempre con éxito. Su sangre derramada en la tierra ya pagó nuestro castigo y ganó para nosotros la absolución. ¿Qué necesidad hay de que se repita ese sacrificio perfecto?

Los sumos sacerdotes del judaísmo hubieran estado contentos de hacer sacrificio una sola vez, pero sus sacrificios tenían que repetirse, mientras que el sacrificio de este sacerdote contó “una vez para siempre” por los pecados desde Adán y Eva en adelante. Cuando él apareció en “la consumación de los siglos”, toda la historia se hizo presente: todas las edades pasadas fueron llevadas a su cruz con su sacrificio, todas las presentes y futuras son guiadas por su cruz. Aquellos hebreos cristianos vivían en el glorioso tiempo del Nuevo Testamento y sabían cómo Cristo quitó el

pecado, cancelando su culpa y rompiendo su sujeción. ¿Cómo podrían pensar en apartarse de un Salvador así? Creer en su obra significaba regocijarse todo el día.

Una vez más el autor presenta el perfecto sacrificio de Cristo, esta vez desde otra perspectiva. “Está establecido para los hombres que mueran una sola vez”, es una circunstancia de la vida sobre la que el hombre no tiene control y que, aunque trate de olvidarla, no la puede evitar. Y la muerte es cosa seria porque le sigue el juicio. En el momento de la muerte se pronuncia el veredicto de Dios, y el alma va al cielo o al infierno y será seguida por el cuerpo en el último día. Considere ahora a nuestro gran Sumo Sacerdote: no murió simplemente, sino fue sacrificado, pero sólo una vez y fue suficiente para satisfacer el juicio de Dios. Por ese sacrificio fueron cancelados los pecados de todos, a quienes el autor describe como “muchos” en contraste con el uno que llevó esos pecados.

Pero el Calvario con su cruz no es el fin de la historia de la redención, ni lo es la escena en el Lugar Santísimo celestial donde el ascendido sacerdote representa a su pueblo; queda por escribir el capítulo final. Cuando Cristo regrese a la tierra no se preocupará por el pecado, aunque ciertamente tendrá algo que decir a los incrédulos sobre sus pecados, y por nada del mundo ninguno de nosotros querría estar en sus zapatos. Sin embargo, para aquellos que “lo esperan” aguardando con anhelo ese último gran día, su regreso les traerá el completo gozo de la salvación. Las palabras del apóstol en 1 Juan 3:2 reflejan nuestros pensamientos: “Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es.” ¡Cuánto esperamos su regreso!

10 La Ley, teniendo la sombra de los bienes venideros, no la imagen misma de las cosas, nunca puede, por los mismos sacrificios que se ofrecen continuamente cada año, hacer perfectos a los que se

acercan. ² De otra manera cesarían de ofrecerse, pues los que tributan este culto, limpios una vez, no tendrían ya más conciencia de pecado. ³ Pero en estos sacrificios cada año se hace memoria de los pecados, ⁴ porque la sangre de los toros y de los machos cabríos no puede quitar los pecados.

¿Tenemos la sensación de que el autor ha estado repitiendo algo? ¡Sí, ciertamente a propósito! En toda esta primera parte de su carta, el tema ha sido: “Qué supremo tesoro tenemos en Cristo”. No se podría encontrar un tema más glorioso. Sus lectores deberían tener perfectamente clara esta verdad, de modo que hasta que el autor cierre esta porción doctrinal de su carta, repite una vez más y refuerza el pensamiento del Cristo superior y su suficiente sacrificio por el pecado. Note cómo termina cada una de las breves secciones con una referencia a ese sacrificio perfecto.

Una vez más el autor regresa a sus lectores a la ley del Antiguo Testamento con sus mandamientos sobre el sistema de sacrificios, era un sistema inadecuado. Para terminar, el autor resume la ley diciendo que es sólo una sombra de lo que vendrá. Las sombras no son “la imagen misma de las cosas”, sino sólo vagas visiones de lo que ha de venir. Los sacrificios animales sólo señalaban las “bienes venideros” de la salvación que el sacrificio real de Cristo traería. ¡Regresar de Cristo a la sombra hubiera sido como preferir una fotografía en lugar de la persona! ¡Qué insulto hubiera sido!

Esos sacrificios se debían “ofrecer continuamente cada año” porque sólo eran sombras de lo que había de venir. Por siglos, cada año, el ritual del día de la expiación fue el mismo, pues la repetición no traía la remisión del pecado. Los sacrificios animales no hacían “perfecto” a nadie, ni llevaban a nadie a la meta del perdón del pecado ni a la comunión con Dios. Si lo hubieran hecho, ¿por qué fueron repetidos esos sacrificios indefinidamente? Si una cirugía tiene éxito, no se tiene que repetir una y otra vez. De la misma manera, si la limpieza de la conciencia culpable se ha efectuado, no se requiere ya más limpieza.

Esos sacrificios repetidos no aliviaban la conciencia del pecador, sino que la exacerbaban cada año. En vez de borrar la culpa del pecador, los sacrificios anuales la enfatizaban. La conclusión era obvia: “La sangre de los toros y de los machos cabríos no puede quitar los pecados”. “Quitar” significa remover algo tan completamente que no quede rastro. Eso era lo que el hombre necesitaba que se hiciera con sus pecados, y era esto lo que la sangre animal era incapaz de hacer. Tratar de quitar el pecado con sangre animal era tan inútil como intentar construir una montaña que llegue a la luna con cucharaditas de arena. ¿Podrían los lectores dejar de notar el énfasis del autor? Les estaba diciendo: “No vuelvan la mirada a los sacrificios del Antiguo Testamento, ya que esos sacrificios no pueden quitar ni una manchita de la culpa del pecado, sino que sólo señalan a Cristo cuyo perfecto sacrificio las quita todas. ¡Mírenlo a él!”

⁵ Por lo cual, entrando en el mundo dice:

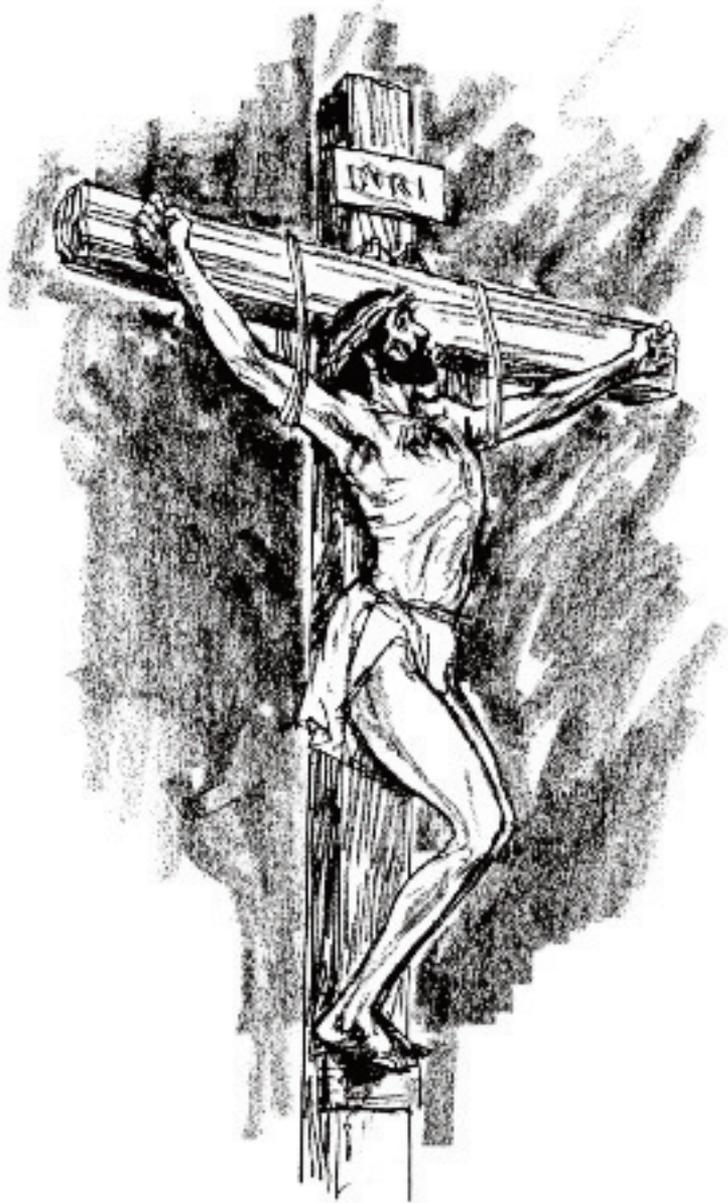
**«Sacrificio y ofrenda no quisiste,
mas me diste un cuerpo.**

**⁶ Holocaustos y expiaciones por el pecado no te
agradaron.**

**⁷ Entonces dije: “He aquí, vengo, Dios,
para hacer tu voluntad,
como en el rollo del libro está escrito de mí.”»**

**⁸ Diciendo primero: «Sacrificio y ofrenda, holocaustos y
expiaciones por el pecado no quisiste, ni te agradaron» —cosas
que se ofrecen según la Ley—, ⁹ y diciendo luego: «He aquí,
vengo, Dios, para hacer tu voluntad», quita lo primero para
establecer esto último. ¹⁰ En esa voluntad somos santificados
mediante la ofrenda del cuerpo de Jesucristo hecha una vez
para siempre.**

De nuevo vemos cómo el autor utiliza las Escrituras del Antiguo Testamento para probar su punto. Tenemos que



“Consumado está”

maravillarnos de nuevo de cómo, bajo la guía del Espíritu, ve a Cristo en el Antiguo Testamento. Esta vez cita el Salmo 40:6-8, utilizado sólo aquí, en el Nuevo Testamento. En esas palabras de David, el autor oyó hablar al Mesías, el gran Descendiente de David. Es una bella conversación que sostuvo el Hijo con el Padre.

“Entrando en el mundo”, se refiere a su completa encarnación y describe su constante actitud hacia su Padre durante ese tiempo. Enfatizando a través de la repetición de las palabras, el Mesías señala claramente lo que el Padre no desea: sacrificios de ninguna clase, ni “sacrificios” animales ni “ofrendas” de comida y bebida, ni “holocaustos” voluntarios que las personas agradecidas traían al tabernáculo o las “expiaciones por el pecado”; no eran lo que el Padre deseaba. Lo que Dios verdaderamente quería no eran ríos de sangre animal ni montañas de cadáveres de animales, aunque los había mandado en la ley. Tampoco se complacía sólo con la repetición de tales sacrificios si no había detrás de ellos corazones dispuestos y obedientes. Lo que Dios quería era aquello a que apuntaban todos esos sacrificios del Antiguo Testamento, el sacrificio voluntario de su Hijo.

“Me diste un cuerpo” se refiere a su sacrificio voluntario. En hebreo, el Salmo 40:6 dice “Has horadado mis orejas”, refiriéndose a oídos abiertos y que responden a la voluntad de Dios, mientras que la Septuaginta parafrasea el pensamiento de un cuerpo preparado para seguir la voluntad de Dios. Como quiera que se traduzca, el pensamiento es el mismo: él es un Mesías que sigue amorosa, obediente y perfectamente la voluntad de su Padre, un Mesías que dice: “He aquí que vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad, como está escrito de mí en el rollo del libro”. Dondequiera que abramos el rollo del Antiguo Testamento, encontramos referencias al deleite sincero del Hijo en hacer la voluntad de su Padre. La voluntad de Dios era que su Hijo hiciera el sacrificio total y final por el pecado y la voluntad del Hijo estaba perfectamente de acuerdo.

En uno de nuestros himnos de cuaresma tenemos el sabor de esta conversación celestial bellamente captado:

“En el huerto, arrodillado, con su espíritu angustiado,
Ved al Santo Redentor. Negra noche lo circunda,
La tristeza su alma inunda de conflicto y de dolor.
¿No podrá pasar de largo este cáliz tan amargo,
sin beberlo el Salvador? De la culpa es el tributo,
pues Jesús el sustituto quiere ser del pecador” (CC 16:1,3).

¿Podrían aquellos judíos cristianos no darse cuenta del punto? Esta cita del salmo de David, con la conversación celestial que contenía, mostraba enfáticamente que Cristo “quita lo primero, para establecer esto último”. Los sacrificios levíticos han sido abolidos; el sacrificio de Cristo, deseado por el Padre y acordado por el Hijo, ha tomado su lugar. Regresar a lo abolido o reclamar igualdad entre ambos hubiera sido eterna insensatez. Es el sacrificio de Cristo por el pecado o no es nada.

El autor termina el párrafo con un nuevo resumen compacto con respecto al sacrificio de Cristo y sus efectos, una vez más se refiere a la “voluntad” de Dios, que Cristo vino a hacer y que se describe como “la ofrenda del cuerpo de Jesucristo hecha una vez para siempre”. Antes había descrito el sacrificio de Cristo como “él mismo” y “su sangre”, aquí es su “cuerpo”, porque se usó la misma palabra en el versículo cinco y también porque el derramamiento de sangre incluye al cuerpo en el sacrificio.

Como en 7:27, describe su sacrificio voluntario como “una vez para siempre”, válido por todos los tiempos, sin repetición necesaria o posible. ¿Y los benditos resultados? Hemos sido “santificados”, dice. Aquellos a quienes Dios trae a la fe son sin mancha a sus ojos, no tienen adherida ni una partícula de contaminación, ni una onza de condenación pesa sobre ellos y son los “santos” de quienes habla el Nuevo Testamento. “Pero”, les recuerda el autor a sus lectores, “esa exaltada posición viene sólo mediante la ofrenda del cuerpo de Jesucristo. ¡Mírenlo a él!”

¹¹ Ciertamente, todo sacerdote está día tras día ministrando y ofreciendo muchas veces los mismos sacrificios, que nunca pueden quitar los pecados. ¹² Pero

Cristo, habiendo ofrecido una vez para siempre un solo sacrificio por los pecados, se ha sentado a la diestra de Dios. ¹³Allí estará esperando hasta que sus enemigos sean puestos por estrado de sus pies. ¹⁴Y así, con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los santificados.

Una vez más, el autor enfatiza el carácter final del sacrificio perfecto de Cristo por el pecado. El antiguo pacto tenía una interminable rutina de sacrificios que dejaban intacto al pecado y sin alivio a la conciencia. El sumo sacerdote no sólo tenía que traer la misma ofrenda año tras año en el día de la expiación; lo mismo hacían los sacerdotes comunes día tras día. Cada mañana y cada tarde, como relata Números 28:3-8, el sacerdote asignado para la tarea ese día, tenía que ofrecer un cordero de un año sin tacha, junto con una ofrenda de grano de 1/10 de un efa de harina fina, mezclada con 1/4 de un hin de aceite de oliva, más una ofrenda de bebida de 1/4 de un hin de vino. Dos veces al día, el sacerdote comparecía ahí, día tras día, con los mismos sacrificios. ¿Qué indicio más claro podría haber de que esos sacrificios nunca podrían “quitar los pecados”? La sangre animal y las ofrendas de grano no podían desvestir la culpa del pecado que como un manto estaba enrollado en el pecador.

Los sacerdotes de Israel trabajaban constantemente llevando los mismos sacrificios, pero sin quitar el pecado. En agudo contraste, nuestro Sumo Sacerdote ofreció “una vez para siempre un solo sacrificio por los pecados” y con ese único sacrificio totalmente efectivo, “se ha sentado a la diestra de Dios”. El autor ha completado el círculo: anteriormente, en 1:3, escribió, “habiendo efectuado la purificación de nuestros pecados por medio de sí mismo, se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas”. Ahora repite este glorioso pensamiento.

En el cielo toda la gloria y el honor de nuestro Sumo Sacerdote, cuyo sacrificio perfecto fue puesto en el altar de la cruz, ahora señala ese completo sacrificio como el fundamento para su intercesión por nosotros cuando pecamos. Romanos 8:34 muestra

la secuencia: “¿Quién es el que condenará? Cristo es el que murió; más aún, el que también resucitó, el que además está a la diestra de Dios, el que también intercede por nosotros.” Con el ascendido Salvador como nuestro abogado, el caso del creyente en la corte celestial está eternamente seguro.

Pero que sus enemigos estén advertidos, porque el Señor espera el momento en que todos los que se le opongan sean “puestos por estrado de sus pies”. En ese último día, como se describe en Filipenses 2:10 y 11, toda rodilla se doblará delante de él y toda lengua confesará que él es el Señor. ¿Quién querría estar ese día entre sus enemigos, temblando con mísero miedo por su esplendor y por la horrible conciencia de haber rechazado a su único Salvador?

Una vez más el autor enfatiza: “Con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los santificados”. “Hizo perfectos” escribe esta vez, utilizando una de sus palabras favoritas; usa este mismo verbo en 2:10, 5:9, 10:14, 11:40, 12:23; en 6:1, 7:11, 12:2 como sustantivo y en 9:11 como adjetivo, siempre con la idea de perfección. En este versículo la utiliza con el pensamiento del hombre llevado a la perfección que Dios tenía en mente para él. La paz y el perdón, la armonía y el cielo eran la meta de Dios para el hombre, y los creyentes o “los santificados”, como los llama el autor, han sido llevados a esa bendita meta. Al llamarlos: “los santificados”, nos recuerda cómo el Espíritu libera a los hombres, uno tras otro, del pecado por medio del evangelio y los pone al servicio de su amoroso Dios. “Pero”, les recuerda otra vez el autor a sus lectores, “la meta de la santidad viene sólo por medio del sacrificio de Cristo. ¡Mírenlo a él!”

¹⁵ El Espíritu Santo nos atestigua lo mismo, porque después de haber dicho:

¹⁶ «Éste es el pacto que haré con ellos después de aquellos días, dice el Señor: Pondré mis leyes en sus corazones, y en sus mentes las escribiré»,

¹⁷ **añade:**

«Y nunca más me acordaré de sus pecados y transgresiones»,

¹⁸ **pues donde hay remisión de estos, no hay más ofrenda por el pecado.**

Otro testigo del carácter final del perfecto sacrificio de Cristo es el Espíritu Santo quien, según el autor, “nos atestigua lo mismo”. Note el tiempo presente, “atestigua”, que nos recuerda que el Espíritu no sólo es el autor de lo que fue escrito en el pasado sino que también da testimonio por medio de esto en el presente. Lo mismo ocurre con la cita de Jeremías 31. Anteriormente, en el capítulo 8, el autor bajo la guía del Espíritu citó Jeremías 31:31-34 para establecer que Dios iba a reemplazar el antiguo pacto por uno nuevo. Aquí utiliza solamente los versículos 33 y 34, en forma abreviada y modificada, para mostrar que el tema principal en ese nuevo pacto es la completa remisión de los pecados. El nuevo pacto implicaba un cambio interno del hombre, su corazón sería regenerado para que pudiera conocer y seguir voluntariamente la ley de Dios.

Sin embargo, sobre todo, en ese nuevo pacto, los pecados y violaciones de la ley de Dios que comete el hombre serán completamente quitados. “Nunca más me acordaré”, promete Dios, la santa justicia de Dios no practica la memoria selectiva para que sólo algunos pecados sean recordados, ni sufre de amnesia para que otros pecados sean olvidados. La justicia de Dios ve todos los pecados y exige que cada uno de ellos sea castigado y eso es lo que el amor y la misericordia de Dios hizo por medio de Cristo. Con el cuerpo herido de Cristo y su sangre derramada en la cruz, el amor de Dios pagó por todos los pecados. Esa es la causa del bendito olvido de Dios de todos nuestros pecados, así lo había testificado ya el Espíritu en el Antiguo Testamento y lo hace constantemente en el Nuevo.

Otra vez tenemos esa referencia conclusiva al perfecto sacrificio de Cristo: “Donde hay remisión de estos, no hay más

ofrenda por el pecado”. Cuando Dios ha quitado completamente nuestros pecados, cuando los ha perdonado y olvidado por causa del sacrificio perfecto de Jesús, ¿por qué hablar más o buscar sacrificio adicional por el pecado? Sea el hablar sobre corazones que aprecian ese perfecto sacrificio, vidas ofrecidas a él en alabanza agradecida y esfuerzos reavivados para extenderlo a otros. Sea el lema para nosotros, como para el autor y sus primeros lectores: “No necesitamos nada más para la salvación, Cristo es nuestro perfecto Salvador. ¡Mírenlo a él!”

Si no estamos convencidos de pecado, esta porción doctrinal de Hebreos tendrá poco significado para nosotros. El que no siente el peso en la espalda no busca alivio, ni los que se sienten sanos buscan médico. Pero si el pecado es real para nosotros, si los esqueletos de pecados pasados matraquean en el armario de nuestra conciencia, si cada noche en nuestra almohada marchan los pecados del día en un sórdido desfile a pesar de nuestros mejores esfuerzos, si vaciamos nuestro interior y nos horrorizamos de lo que encontramos allí, entonces la travesía por Hebreos 1:1-10:18 habrá sido para nosotros una bendita experiencia. Entonces también diremos: *¡qué supremo tesoro tenemos en Cristo!*

QUÉ DEBEMOS HACER CON ESTE SUPREMO TESORO

(10:19–13:25)

Acerquémonos a Dios con plena confianza

¹⁹ Así que, hermanos, tenemos libertad para entrar en el Lugar santísimo por la sangre de Jesucristo, ²⁰ por el camino nuevo y vivo que él nos abrió a través del velo, esto es, de su carne. ²¹ También tenemos un gran sacerdote sobre la casa de Dios.

Con la sección anterior, el autor de Hebreos se ha mostrado como uno de los más profundos teólogos del Nuevo Testamento; en la sección que sigue, se muestra también como un pastor interesado y capaz. Esta es una sección tan vibrante y vigorosa en exhortación como la primera fue rica y plena en instrucción. El autor les quiere mostrar a sus lectores que la riqueza espiritual no es sólo para tenerla sino también para ponerla en práctica, y que las grandes verdades del sacerdocio superior de Cristo y la total suficiencia de su sacrificio no son sólo abstracciones para la mente sino causas de acción en la vida diaria.

El autor resume brevemente las bendiciones que tenemos en Cristo, como base para su rica exhortación. Llama “hermanos” a sus lectores, identificándose con ellos y reforzando su petición. Les dice que *nosotros* tenemos entera “libertad para entrar en el Lugar santísimo por la sangre de Jesucristo”; los creyentes se pueden acercar abierta y corporalmente a la presencia de Dios en el cielo. Bajo el antiguo pacto, los pecadores no se podían atrever a acercarse al símbolo de la presencia de Dios en el Lugar Santísimo en el tabernáculo, sino que sólo lo podía hacer su sumo sacerdote y sólo una vez al año, con temor y temblor. Ahora

nosotros nos podemos acercar en todo momento a nuestro Padre en el cielo, sin temor ni temblor, “por la sangre de Jesucristo”, nos recuerda el autor. No hay otro camino; su sangre en pago por nuestros pecados abrió un camino libre al cielo, que no puede ser bloqueado jamás por ningún obstáculo y donde no se necesita construir ningún peaje.

Mire otra vez ese camino al cielo, “abierto”, construido para nosotros por Jesús con su muerte en la cruz y es un camino “nuevo y vivo”. La palabra utilizada para “nuevo” significa originalmente “recientemente matado”, una imagen muy apropiada para Cristo nuestro sacrificio. Luego vino a significar “reciente”, también muy apropiado porque, como dijo Lutero, “parece que fue ayer que murió Jesús en la cruz”. Y es un camino “vivo”; es vivo y lleva a la vida a todo el que lo transita. Ese camino es Jesús, como dijo él mismo en Juan 14:6: “Yo soy el *camino*, la verdad y la *vida*; nadie viene al Padre, sino por mí.”

De nuevo el autor alude al contraste entre el antiguo pacto, al cual estaban tentados a regresar sus lectores, y el nuevo pacto que les había traído tan grandes bendiciones. ¿Querían ellos realmente olvidar al Hijo de Dios, el camino viviente al cielo, por sacrificios sin vida y sin efectividad? ¿Querían realmente volver a ese “velo” que los separaba de la presencia de Dios en el tabernáculo, cuando el “velo del cuerpo de Cristo” les había dado libre acceso al santo trono del Padre? Con “velo” el autor habla del cuerpo de Cristo como la entrada al cielo. Como el sumo sacerdote entraba por el velo ornamental al Lugar Santísimo del tabernáculo, nosotros entramos al cielo por el cuerpo de Cristo dado por nuestros pecados en la cruz.

Había más: no sólo tenemos completa confianza en el acceso al cielo, sino que tenemos allí un “gran sacerdote”. Él está “sobre la casa de Dios”, que como ya hemos visto en 3:6, se refiere a la familia de Dios, los creyentes. No hay silla mecedora para nuestro Sumo Sacerdote en el cielo, no hay para él el momento de “ya pasó todo y es hora de jubilarse”. Al contrario, está delante de la presencia de Dios para fortalecernos cuando luchamos con la

tentación, defender nuestra causa cuando pecamos y presentarnos como sus hermanos cuando nos acercamos. En pocas palabras, el autor resume bellamente en estos tres versículos las incomparables bendiciones que tenemos en Cristo, antes de exhortarnos a utilizarlas hasta el máximo.

²² Acerquémonos, pues, con corazón sincero, en plena certidumbre de fe, purificados los corazones de mala conciencia y lavados los cuerpos con agua pura.

²³ Mantengamos firme, sin fluctuar, la profesión de nuestra esperanza, porque fiel es el que prometió. ²⁴ Y considerémonos unos a otros para estimularnos al amor y a las buenas obras, ²⁵ no dejando de congregarnos, como algunos tienen por costumbre, sino exhortándonos; y tanto más, cuanto veis que aquel día se acerca.

Sigue una serie de tres conmovedoras exhortaciones, la primera tiene que ver con el creyente y su Dios. “Acerquémonos [a Dios]”, nos exhorta el autor, utilizando en griego el tiempo presente para indicar que ese acercamiento nunca ha de cesar. Acercarse a nuestro santo Dios es el privilegio del creyente ganado con sangre, y la manera como usa ese privilegio muestra el valor que le da. Cuando los hombres se acercan a Dios, sólo cuenta una cosa: que se acerquen “con corazón sincero”. Dios mira en lo más profundo del corazón sin que importe la posición social ni económica.

Que no se nos aplique la queja de Jesús contra los fariseos en Mateo 15:8: “Este pueblo de labios me honra, mas su corazón está lejos de mí”, sino sus palabras en Mateo 5:8: “Bienaventurados los de limpio corazón, porque verán a Dios”. Esos corazones vienen “en plena certidumbre de fe”. La fe que titubea y se cuestiona, que es fácilmente sacudida y agitada, muestra poca plenitud o certeza. Sobre esa fe dice Santiago 1:6: “El que duda es semejante a la onda del mar, que es arrastrada por el viento y echada de una parte a otra”.

¿Por qué podemos tener corazón sincero y completa certidumbre de fe al aproximarnos a Dios? Porque sabemos que bendiciones hemos recibido en Cristo; tenemos “purificados los corazones de mala conciencia” y “lavados los cuerpos con agua pura”. Notamos de nuevo cómo el autor alude al contraste entre el antiguo pacto y el nuevo pacto. El sumo sacerdote del Antiguo Testamento, al acercarse a Dios en el día de la expiación tenía que estar ceremonialmente lavado y luego tenía que rociar sangre animal sobre el arca del pacto (Levítico 16:4,14). Estos rituales simbolizaban la necesidad de limpieza antes de aproximarse a Dios; ningún hombre se podía acercar al Dios santo con la culpa de su pecado todavía en su conciencia.

Veamos ahora la maravillosa limpieza que han recibido los creyentes, no es algo simbólico, sino real, que incluye tanto el corazón interno como el cuerpo externo, y es una limpieza que no se necesita repetir. “Purificados” y “lavados” son formas verbales griegas que indican efectos perdurables. Ambas formas están en pasivo, indicando así que esa purificación y lavamiento no las hacemos nosotros sino son hechas en nosotros. Esta es también una limpieza que involucra “sangre”, como indica 12:24, y “agua”.

Al decir eso, el autor claramente tenía presente el Santo Bautismo. El agua, aplicada externamente al cuerpo y llamada “pura” porque el bautismo limpia, es un símbolo de la limpieza interna del corazón por la sangre de Jesús. “Todos sois hijos de Dios mediante la fe en Cristo Jesús”, dice Pablo en Gálatas 3:26,27, “pues todos los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo estáis revestidos”. Los hijos de Dios, limpiados de todo pecado por la sangre de Jesús, pueden llamar a la puerta del cielo en todo momento y subir confiadamente por el regazo de un Padre amoroso que espera. ¿Necesitamos que se nos exhorte a “acercarnos”?

La segunda exhortación tiene que ver con el creyente y el mundo; el corazón limpio produce boca que anuncia y vida que da testimonio. El autor exhorta: “Mantengamos firme, sin fluctuar, la profesión de nuestra esperanza”, utilizando otra vez el tiempo

presente para recordarnos que ese “mantenernos” debe continuar siempre. Podíamos esperar que escribiera “fe”, pero utiliza “esperanza” para elevar nuestros ojos al futuro. De Cristo no sólo viene el perdón de los pecados en el presente, sino también la gloriosa esperanza para el futuro. El cielo es nuestro hogar seguro, “porque fiel es el que prometió”.

Nada fortalece más nuestra esperanza del cielo que la fidelidad de Dios. ¿Cómo podría mentir el Eterno o cambiar de parecer? Prometió la eterna corona de gloria y la pondrá en nuestra cabeza, y en esa esperanza nos debemos mantener “sin fluctuar”, no permitiendo que caiga como una bandera en el polvo, sino manteniéndola en alto para que todos la vean.

“La profesión de nuestra esperanza”, dijo también el autor, recordándonos que la esperanza es para confesarla, no para esconderla. La confesión produce con frecuencia porrazos y magulladuras, a veces cosas peores como ya habían descubierto los cristianos hebreos y las estaban experimentando otra vez. Pero la oposición del mundo no puede afectar nuestra esperanza, puede lastimar nuestra firmeza y estorbar nuestra confesión de esperanza, pero no puede dañar la esperanza misma. Los que confiesan esa gloriosa esperanza en nuestra sociedad moderna han encontrado que la oposición no ha muerto, aunque todavía el mundo necesita nuestra confesión de esa esperanza y la fidelidad de Dios para cumplirla. “Mantengamos firme, sin fluctuar” son palabras para exhortarnos también a nosotros.

La tercera exhortación tiene que ver con el creyente y la iglesia. Ningún cristiano vive en una isla o sólo para él; con sus actitudes y sus actos, el cristiano produce efecto sobre los otros. “Considerémonos unos a otros para estimularnos”, nos exhorta el autor, utilizando otra vez el tiempo presente para hacer énfasis en la acción continua. “Considerar” significa poner nuestra mente en otros, notando cuidadosamente sus necesidades. Como un cuerpo en Cristo, necesitamos estimularnos “al amor y a las buenas obras”.

La palabra griega que aquí se emplea para amor es *ágape*, la más alta clase de amor, que ama a los que no lo merecen y a los que no son para amar, que primero conoce y luego actúa. 1 Juan 4:10 señala el ejemplo perfecto de ese amor: “En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros, y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados”, sólo de ese amor divino puede venir nuestro amor. Podemos creer y tener esperanza como individuos, pero la práctica del amor siempre involucra a otros. También involucra “buenas obras”. Cuando el amor está presente, se ejerce en buenas obras para con otros y debe estar presente para que esas obras sean agradables a la vista de Dios. Qué recordatorio para nuestro tiempo en el que acecha hasta a los cristianos la tentación a pensar sólo en términos de “yo” y “mi” y a estar interesados sólo en lo que se refiere a “mi” y “mío”.

La manera como nos debemos estimular unos a otros en amor y buenas obras se establece primero en forma de negación y luego en forma positiva. La negación es que no dejemos “de congregarnos, como algunos tienen por costumbre”. Los creyentes necesitan reunirse para ser fortalecidos y para dar fortaleza, van a las reuniones para la adoración y para el compañerismo, no precisamente para obtenerla para sí mismos, sino para compartirla con otros. Dios quiera que esta fuerte exhortación neutralice el error de que los creyentes no necesitan la iglesia, que pueden sentarse solos en la casa con su radio o su televisor encendidos los domingos por la mañana. Nos necesitamos unos a otros como las hojas del césped que crecen juntas o los carbones que arden juntos. Algunos de aquellos cristianos hebreos ya habían dejado de asistir a las reuniones, quizás por temor a la persecución. Los versículos 26-31 mostrarán lo peligroso que podría ser eso.

La forma positiva es: “exhortándonos”. “Exhortar” no significa hacer discursos ni criticar, sino que es el mismo verbo del que se deriva el nombre “Consolador” que se le da al Espíritu Santo en Juan 16:7. Permanecer unos al lado de otros, ayudándose en lo que se necesitara, era mucho mejor que dejar de reunirse.

Dar y recibir fortaleza en la tentación, exhortar y ser exhortado en el titubeo, consolar y ser consolado en la aflicción son añadiduras que se hallan en la reunión alrededor de la Palabra. Si los hebreos cristianos necesitaban esa exhortación, tanto más cuanto veían acercarse el último día, ¿cómo será para nosotros que estamos unos 1900 años más cerca de ese día? “Considerémonos unos a otros para estimularnos” escribe el autor, también para nuestro beneficio.

²⁶ Si pecamos voluntariamente después de haber recibido el conocimiento de la verdad, ya no queda más sacrificio por los pecados, ²⁷ sino una horrenda expectación de juicio y de hervor de fuego que ha de devorar a los adversarios. ²⁸ El que viola la Ley de Moisés, por el testimonio de dos o de tres testigos muere irremisiblemente. ²⁹ ¿Cuánto mayor castigo pensáis que merecerá el que pisotee al Hijo de Dios, y tenga por inmunda la sangre del pacto en la cual fue santificado y ofenda al Espíritu de gracia? ³⁰ Pues conocemos al que dijo: «Mía es la venganza, yo daré el pago» —dice el Señor—. Y otra vez: «El Señor juzgará a su pueblo.» ³¹ ¡Horrenda cosa es caer en manos del Dios vivo!

La conmovedora exhortación se convierte ahora en severa advertencia. Dejar de reunirse podría llevarlos a apartarse de la fe, y por eso el autor advierte sobre el pecado contra el Espíritu Santo. En 6:4-8 había hecho una advertencia contra este mismo pecado, de modo que sus lectores le debían dar mucha atención a lo que tenía que decir sobre el gran sumo sacerdote. Ahora repite la advertencia para mostrar particularmente las horribles consecuencias para quienes sucumban en este fatal pecado.

Describe este pecado con las palabras: “Si pecamos voluntariamente después de haber recibido el conocimiento de la verdad”. Aquí no hay un súbito pecado con el que tropieza accidentalmente un creyente, ni una débil vacilación de alguien que empieza a caminar en el Espíritu; es el pecado voluntario,

deliberado, continuado, de los que tienen el conocimiento de la verdad salvadora. A los que caen en ese pecado, el versículo 27 los designa como “adversarios” de Dios.

¿Se daban cuenta aquellos judíos cristianos de lo serio que podría ser el pecado que estaban contemplando? Ciertamente la presión de la persecución los había maltratado mucho y estaban tentados a desertar de Cristo por la supuesta seguridad del judaísmo, pero hacerlo podría ser fatal. Para los que rechazan deliberadamente lo que saben que es verdad, “ya no queda más sacrificio por los pecados”. La cruz del Calvario es final y cubre también este pecado; pero el que se ha arrodillado bajo la cruz y después la deserta deliberadamente, se ha robado a sí mismo la salvación. Todo lo que le queda es “una horrenda expectación de juicio y de hervor de fuego que ha de devorar a los adversarios”.

Note la dura palabra con la que designa a los pecadores deliberados, son “adversarios” de Dios. No hay término medio, ni leve neutralidad, sólo oposición directa a Dios y a su plan de salvación por gracia. Para ellos el futuro es terrible, lleno sólo de horrible expectativa del justo juicio de Dios y la perspectiva de los hirvientes fuegos del infierno. La misericordia de Dios satisfizo la justicia de Dios, pero no la ahogó, todavía permanece, como descubrirán para eterno horror los que rechazan lo que su misericordia ha preparado en Cristo.

Sigue una ilustración para mostrar la seriedad de este pecado contra el Espíritu Santo. La Ley de Moisés, dada por Dios, era altamente respetada por los judíos, y rechazar sus instrucciones deliberadamente demandaba severo castigo. Cuando se comprobaban de manera apropiada por dos o tres testigos, crímenes como la idolatría se castigaban con la muerte (Deuteronomio 17:2-7). Para esos ofensores no había misericordia, sólo la muerte por lapidación. Entonces, ¿Qué castigo habrá para los que rechazan a Jesús, quien es mucho más grande que Moisés, o que rechazan su nuevo pacto de gracia, que es muy superior al antiguo pacto de la ley? ¿Con cuánta mayor severidad serán castigados?

El autor detalla con tres frases lo horrible y deliberado que es este pecado. La primera frase habla de: “El que pisotee al Hijo de Dios.” Con premeditado y sucio pie, ese pecador pisotea al más alto y mejor de todos los seres y ha tenido “por inmunda la sangre del pacto en la cual fue santificado”. Con increíble insolencia, ese pecador ignora deliberadamente la sangre que una vez reconoció que lo había limpiado, y ahora la considera como nada más que la sangre de cualquiera otro. De la frase “ofenda al Espíritu de gracia”, viene la expresión “pecado contra el Espíritu Santo”, porque ese pecador blasfema contra el mismo agente por el cual le ha sido dada la gracia de Dios. Tenemos dificultades hasta para describir tan horrible pecado, para no mencionar el pensar cómo alguien podría cometerlo, pero ocurre. Por eso el autor les advierte a sus lectores y a nosotros.

Esta advertencia no es una vana amenaza, como lo debían saber el autor y sus lectores por la historia del Antiguo Testamento. En Deuteronomio 32, Moisés en su canto de despedida a Israel hizo un recuento de lo que ocurrió cuando los israelitas con corazón endurecido, y aunque sabían que no lo debían hacer, se apartaron del Señor. El autor cita al Señor en Deuteronomio 32:35 cuando dice: “Mía es la venganza, yo daré el pago”. Al igual que Pablo en Romanos 12:19, el autor no cita el versículo exactamente, sino según su sentido, y se destaca la certeza de la venganza de Dios. El hombre no puede pecar impunemente contra Dios; vendrá el juicio y el pecador recibirá lo que ha ganado.

La segunda cita de Deuteronomio 32:36 refuerza el pensamiento: “El Señor juzgará a su pueblo”. La antigua Israel, aunque era el pueblo de Dios, no escapó a su justo juicio. El nombre externo puede estar bien, pero si el corazón está vacío, vendrá el juicio. ¡Y qué horrenda cosa es ese juicio!

“Caer en manos del Dios vivo”, sumergirse en sus solícitos brazos en el día de la necesidad es ciertamente maravilloso, pero caer en esas manos cuando el corazón está lleno de incredulidad y pecado es cosa horrenda, porque el Dios viviente no es compañero que da palmadas en la espalda y dice con un guiño de ojo: “Muy

bien”. Habla con eterna seriedad cuando dice en Marcos 16:16: “El que no crea, será condenado”. Que el predicador del siglo 21 haga sonar fuertemente la sirena de esta advertencia tan claramente como lo hizo en el primer siglo el autor de la carta a los Hebreos. ¡Y que lo oigan cuidadosamente los pecadores de todos los siglos!

³² Pero traed a la memoria los días pasados, en los cuales, después de haber sido iluminados, sostuvisteis un fuerte y doloroso combate; ³³ por una parte, ciertamente, con vituperios y tribulaciones fuisteis hechos espectáculo, y por otra, llegasteis a ser compañeros de los que estaban en una situación semejante: ³⁴ porque de los presos también os compadecisteis, y el despojo de vuestros bienes sufristeis con gozo, sabiendo que tenéis en vosotros una mejor y perdurable herencia en los cielos.

Como pastor sabio y amoroso, el autor no se queda en el lado negativo más de lo necesario, sino rápidamente pasa de la advertencia a la animación al hacer volver a sus lectores a los “días pasados” en la fe, exhortándolos a traer “a la memoria los días pasados, en los cuales, después de haber sido iluminados”. Cuando el Espíritu Santo iluminó en el principio sus corazones con la fe, los amigos los abandonaron y los enemigos los persiguieron; aquellos primeros días no fueron fáciles sino de “gran combate de padecimientos”. “Combate” es una palabra griega de la cual viene nuestra palabra *atletismo* y señala la fortaleza que se necesita.

Su sufrimiento había sido intenso, pero habían sostenido “gran combate”. En el primer florecimiento de la fe, perseveraron como los primeros cristianos de Jerusalén en Hechos 5:41, regocijándose “de haber sido tenidos por dignos de padecer afrenta por causa del Nombre”.

Siguen los detalles del “gran combate”. A veces los creyentes fueron “expuestos públicamente a ultrajes y aflicciones”. “Expuestos públicamente” es una expresión que se usa sólo aquí

en el Nuevo Testamento y es la misma de la que proviene nuestra palabra *teatro*. De alguna manera aquellos hebreos cristianos habían sido públicamente expuestos y afrentados por los enemigos de la fe. Los insultos y las persecuciones siempre hieren y más todavía cuando se infligen públicamente.

Otras veces los creyentes estuvieron en problemas por ser “compañeros” de los que eran perseguidos. Aunque el silencio podía significar seguridad para ellos, en vez de eso, valientemente “os compadecisteis de los presos”. En ese tiempo los prisioneros frecuentemente tenían que depender de los familiares y amigos para suplir sus necesidades diarias, esa es una razón por la que Cristo dice en Mateo 25:36: “[Estuve] en la cárcel, y fuisteis a verme”. Visitar a los cristianos en prisión significaba identificarse con ellos y correr el riesgo de compartir su destino. Aquellos comprensivos cristianos habían corrido valientemente el riesgo, y cuando fueron identificados como cristianos, también sufrieron la destrucción de sus casas y el despojo de los bienes.

¿Recordaban los lectores esos primeros días? Entonces también tenían que recordar que sólo bien había salido de ellos. La persecución había forjado lazos de compañerismo de modo que llegaron a ser compañeros de los otros creyentes. La persecución había desarrollado una fe fuerte, de modo que podían aceptar “con gozo” la pérdida de los bienes. La persecución había afinado sus prioridades de modo que la “mejor y perdurable posesión en los cielos” era más estimada.

Otros pueden tolerar las dificultades, pero sólo los creyentes pueden tomarlas con gozo ya que conocen la promesa del Salvador en Mateo 5:11,12: “Bienaventurados seréis cuando por mi causa os insultan, os persigan y digan toda clase de mal contra vosotros, mintiendo. Gozaos y alegraos, porque vuestra recompensa es grande en los cielos.” ¿Podría ser que la ausencia de persecución y la presencia de prosperidad le hayan restado algún valor a los tesoros de Cristo y algo de la urgencia a la tarea de la iglesia para los cristianos modernos? ¡Piense en esto!

³⁵ No perdáis, pues, vuestra confianza, que tiene una gran recompensa, ³⁶ pues os es necesaria la paciencia, para que, habiendo hecho la voluntad de Dios, obtengáis la promesa.

³⁷ «Porque aún un poco y el que ha de venir vendrá, y no tardará.

³⁸ Mas el justo vivirá por fe; pero si retrocede, no agradecerá a mi alma.»

³⁹ Pero nosotros no somos de los que retroceden para perdición, sino de los que tienen fe para preservación del alma.

El recuerdo de la ayuda de Dios en los antiguos días dispone el escenario para la exhortación del autor: “No perdáis, pues, vuestra confianza”. Bajo la tensión de la persecución actual no iban a rechazar neciamente lo que antes habían reconocido como de tan gran valor. Sin importar lo que viniera, debían aferrarse a su confianza en Cristo. “Tiene una gran recompensa”, les promete el autor. El cielo que el Dios fiel ha prometido es real y rico más allá de toda medida.

No era el momento de perder la confianza y desplomarse como atletas agotados o soldados cansados de la batalla; por el contrario, se necesitaba “paciencia”, una palabra rica en significado para soportar con perseverancia bajo cargas pesadas. Lo que los esperaba era demasiado valioso para perderlo. Los que hacen la voluntad de Dios recibirán plena salvación en el cielo. Para que no pensemos que el hacer la voluntad de Dios implica mérito de nuestra parte y una ganancia parcial del cielo por causa de nuestras obras, citamos a Jesús en Juan 6:40: “Y esta es la voluntad del que me ha enviado: que todo aquel que ve al Hijo y cree en él tenga vida eterna; y yo lo resucitaré en el día final”. Las palabras de Apocalipsis 2:10: “Sé fiel hasta la muerte y yo te daré la corona de la vida”, son un buen comentario a este versículo.

Ya hemos visto cómo el autor vivía en la Escritura, por eso no nos sorprendemos cuando lo encontramos reforzando sus exhortaciones con una cita del antiguo Testamento. Esta vez se

vuelve a Habacuc 2:3,4, y el lector perspicaz notará que el autor cita libremente, pero sin alterar el significado. El Espíritu Santo utiliza la pluma del autor de la carta a los Hebreos para transmitir el sentido pleno de las palabras de Habacuc. Son palabras de Dios, dadas por el Espíritu a Habacuc y ahora interpretadas por él a través del autor de Hebreos.

“El que ha de venir” se refiere a Cristo, que vino a Belén y vendrá otra vez el último día. “Vendrá” les recuerda positivamente el autor a los lectores y luego refuerza negativamente: “No tardará”. La persecución que venía sobre esos cristianos iba a ser drástica y el regreso de Cristo podía parecer distante, pero es sólo “un poco” cuando se compara con la eternidad. A través de los tiempos, el acosado pueblo de Dios ha encontrado aliento en el mensaje de la venida de Cristo. Mientras esperamos este poco, es muy importante la fidelidad.

El que ha sido hecho “justo” por la fe en Cristo “vivirá por fe”: vive en una atmósfera de confianza, apoyado en las promesas de Dios. Aprende a ver lo invisible; espera la eternidad. Lo opuesto es retroceder como un cobarde desertor y experimentar la aflicción eterna implicada cuando Jesús dice: “No agrada a mi alma”.

¿Cuál de estas dos cosas sucederá con los titubeantes cristianos hebreos? El autor los ha prevenido vehementemente, pero no es el momento de abandonarlos. Se identifica con ellos y declara con confianza: “Pero nosotros no somos de los que retroceden para destrucción, sino de los que tienen fe para preservación del alma”.

¿Hay cristianos cansados leyendo estas palabras? ¿Guerreros agotados que han encontrado que el mundo todavía sabe cómo perseguir a las almas que se atreven a hablar por Cristo? ¿Existen personas recuperándose de heridas invisibles recibidas por estar en contra de lo que es malo y a favor de lo que es justo? ¿Algunas, quizás por causa de ser tentado por la comodidad a dejar que la bandera del Salvador se hunda y la confesión escritural sea arrastrada por el suelo? Entonces, es el momento de volver a leer esos versículos de Hebreos.

Martín Lutero, en el extremadamente difícil año de 1517 cuando fijó los 95 Tesis, comentó con sus estudiantes en la exposición que les hizo de esta sección de Hebreos: “El que confía en Cristo por medio de la fe es llevado en los hombros de Cristo”. El creyente es llevado en los hombros de un amoroso Salvador y lo lleva con toda seguridad a las mansiones celestiales. A él nos acercamos, no retrocedemos. ¡Y esto se hace sólo por medio de su palabra!

Recordemos a los héroes de la fe

11 Es, pues, la fe la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve. ² Por ella alcanzaron buen testimonio los antiguos.

Habiendo terminado la sección anterior refiriéndose a la necesidad de la fe, era apenas natural que el autor comentara más sobre ese pensamiento. Lo que sigue es el más grande capítulo que hay sobre la fe en la Biblia. Sin embargo, el autor no pretende decir aquí todo lo que hay que decir sobre la fe. No nos da tanto una definición como una descripción de la fe. Lo hace de manera muy concreta, señalando ejemplos de fe en el Antiguo Testamento. Hace desfilar ante nosotros a los héroes de la fe, hombres y mujeres que tuvieron una visión perfecta en la fe, y como resultado, confiaron en las promesas de Dios, que no podían ver con sus ojos naturales y soportaron persecución que no hubieran podido sobrellevar por su propia fortaleza. Un paseo por esta galería de santos, por este salón de la fama de la fe, le hará mucho bien al lector de cualquier siglo.

¿Qué quiere decir el autor con la palabra “fe”? No es seguir una corazonada, ni un salto a ciegas. Tampoco es esperar lo mejor, dejando a un lado despreocupadamente los hechos y suponiendo que todo saldrá bien. La fe es “la certeza de lo que se espera”, declara el autor. “La certeza” significa sólida confianza. La fe trae

el futuro al presente, porque hace tan reales las cosas que esperamos como si ya las tuviéramos. La segunda venida de Cristo en gloria y nuestro gozo total de la salvación eterna no son sólo algo que se espera, sino también algo real para el creyente. La fe es estar convencido “de lo que no se ve”, sigue diciendo el autor. La “convicción” y la “seguridad” son sinónimos; ambos describen la sólida confianza de la fe. “Lo que se espera” señala más al futuro, mientras que “lo que no se ve” es mucho más amplio, y encaja todas las realidades divinas desde el primer día de la creación hasta el último día del universo.

Aunque no hemos visto la creación ni la crucifixión, aunque no estuvimos presentes para dar testimonio de que las aguas del diluvio subieron sobre las cimas de las montañas o de que el Salvador se levantó triunfante de la tumba en la Pascua, aunque no hemos oído literalmente su voz perdonando nuestros pecados y prometiendo su regreso, aun así creemos. Para el creyente la fe es un sexto sentido que hace visibles y ciertas las cosas invisibles.

El autor pudo haber dicho mucho más sobre la fe: pudo haber señalado su origen, cómo es obrada por el Espíritu por medio del evangelio en palabra y sacramento. También pudo haber señalado más completamente la base de la fe, cómo yace en la Palabra eterna de Dios. Como dice 1 Pedro 1:25: “Permanece para siempre”. No obstante, se contenta con describir la naturaleza de la fe, y señalando los ejemplos de los héroes de la fe del Antiguo Testamento, les muestra a sus lectores que la fe confía absolutamente en Dios, que la fe está convencida de que lo que Dios dice es verdad y que lo que él promete sucederá. Esos “antiguos” tuvieron esa confianza tanto en el futuro como en lo que no se veía, y por eso, fueron alabados por Dios. Les dio la máxima calificación al registrar su fe en las páginas del Antiguo Testamento. Para los hebreos cristianos que empezaban a dudar de las promesas de Dios y estaban tentados a caminar por vista en vez de por fe, este registro era importante. ¡Y para nosotros también!

³ Por la fe comprendemos que el universo fue hecho por la palabra de Dios, de modo que lo que se ve fue hecho de lo que no se veía.

Antes de llevarnos de paseo por la galería de la fe, el autor vuelve a la primera página de la Escritura. El primer renglón de la Biblia presupone y demanda una fe como la que el autor acaba de describir, no había nadie más allí cuando “el universo fue hecho”, sólo el Dios eterno, y él ha registrado lo que ocurrió. Fue “por la palabra de Dios” que llegaron a existir el cielo y la tierra y todo lo que los llena en todos los tiempos. “Haya” dijo Dios, se registra en Génesis 1, “fue así”.

Sólo por fe podemos aceptar que todo lo que vemos no fue hecho de cosas visibles para nosotros, no ponemos nuestra confianza en lo que tienen que decir o teorizar otros que no estuvieron allí, sino en lo que le ha complacido decirnos a aquel que estaba allí. ¿Pudo haber encontrado el autor un ejemplo mejor para la fe cuando la describió?

⁴ Por la fe Abel ofreció a Dios más excelente sacrificio que Caín, por lo cual alcanzó testimonio de que era justo, dando Dios testimonio de sus ofrendas; y muerto, aún habla por ella.

⁵ Por la fe Enoc fue traspuesto para no ver muerte, y no fue hallado, porque lo traspuso Dios; y antes que fuera traspuesto, tuvo testimonio de haber agradado a Dios. ⁶ Pero sin fe es imposible agradar a Dios, porque es necesario que el que se acerca a Dios crea que él existe y que recompensa a los que lo buscan.

⁷ Por la fe Noé, cuando fue advertido por Dios acerca de cosas que aún no se veían, con temor preparó el arca en que su casa se salvaría; y por esa fe condenó al mundo y fue hecho heredero de la justicia que viene por la fe.

El primer retrato en la pared de la galería de la fe es el de Abel. Génesis 4:1-15 registra la historia de su fe. Abel ofreció “más excelente sacrificio que Caín”, no por lo que llevó, sino por el motivo que tuvo. Entonces, como ahora, Dios miró más allá de la ofrenda, al dador y al corazón del que venía. Génesis 4:4 registra este hecho: “Y miró Jehová con agrado a Abel y a su ofrenda”, señalando primero al oferente y después a la ofrenda. Entonces, como ahora, cuando el Señor da testimonio de la fe, lo hace señalando las ofrendas que trae la fe. Lo mismo será en el último juicio, como nos recuerda Jesús en Mateo 25:34-40.

Dios aprobó a Abel como “justo”, alguien que podía permanecer justo y santo en su divina presencia, no por lo que hizo, sino por lo que era por la fe. Abel confió en las promesas invisibles de Dios sobre la venida del Salvador, y sus actos lo demostraron. Dios le otorgó su aprobación al registrar su fe en los pasajes de la Sagrada Escritura, de modo que el primer hombre que murió pueda hablarnos todavía hoy. “El camino de la fe puede ser escabroso”, nos recordaría Abel, “pero la gracia de Dios es suficiente y su sonrisa de aprobación es dulce”.

El siguiente retrato colgado en la pared es el de Enoc. Su biografía ocupa unos pocos renglones en Génesis 5:21-24, pero ¡cuánto nos dicen esas líneas! Tuvo testimonio de haber “agradado a Dios”, dice el autor, utilizando la traducción de la Septuaginta del hebreo que en Génesis 5:24 dice: “Caminó... Enoc con Dios”. Enoc hizo eso “por fe”. Confió y caminó en las promesas de Dios. La aprobación de Dios se mostró cuando lo llevó al cielo en cuerpo y alma sin experimentar la muerte, como le sucedió a Elías más tarde. Este traslado milagroso y maravilloso le fue concedido por un Dios de gracia. ¡Qué visión anticipada del último día cuando, como registra San Pablo en 1 Corintios 15:51,52: “No todos moriremos; pero todos seremos transformados, en un momento, en un abrir y cerrar de ojos, a la final trompeta”!

Aunque el registro del Antiguo Testamento no utilizó la palabra *fe* de Enoc, el autor nos recuerda que eso fue. “Sin fe”,

dice, “es imposible agradar a Dios”. Utilizó la palabra “imposible” para destacar la necesidad de la fe. Los que vengan a Dios en devota confianza deben estar convencidos de que él existe y que por su gracia recompensa a los que buscan auténticamente sus promesas. Enoc tuvo esa fe por la gracia de Dios, y Dios la aprobó de manera muy impresionante. “Crear es ver”, nos diría Enoc, desde el punto de vista tanto terrenal como celestial.

Como es de esperar, sigue el retrato de Noé. ¡Habla de estar convencido de “cosas que aún no se veían”! Noé vivió en tierra seca; quizás nunca había visto el mar. Lo más seguro es que nunca había visto un diluvio que pasara por encima de la montaña más alta, pero cuando fue “advertido”, es decir, cuando Dios lo instruyó de manera sobrenatural, comenzó a construir el arca. El “temor” (temor de Dios) lo llevó a la acción porque el temor incrédulo aterroriza y paraliza; mientras que el temor piadoso es reverente a Dios y va a la acción por su mandato.

Así, por fe, Noé construyó esa arca acorazada en tierra seca. Durante 120 años, este “pregonero de justicia”, como lo describe 2 Pedro 2:5, construyó y “condenó al mundo”, no sólo con sus actos, sino también con sus palabras. Casi solo en un mundo totalmente corrupto, confió en Dios y en sus promesas y se hizo poseedor de la justicia que viene sólo por fe. Noé fue salvado, no sólo de las aguas del diluvio, sino también de los fuegos del infierno, por medio de la fe en las promesas de Dios.

¿Sentimos que estamos solos en el mundo, que quizás estamos equivocados y los demás tienen la razón? “No piense eso”, diría Noé, “en mi tiempo, ocho tenían la razón y todos los demás perecieron”.

⁸ Por la fe Abraham, siendo llamado, obedeció para salir al lugar que había de recibir como herencia; y salió sin saber a dónde iba. ⁹ Por la fe habitó como extranjero en la tierra prometida como en tierra ajena, habitando en tiendas con Isaac y Jacob, coherederos de la misma promesa, ¹⁰ porque

esperaba la ciudad que tiene fundamentos, cuyo arquitecto y constructor es Dios.

Antes de mostrar el retrato de Abraham, el autor quiso que sus lectores tuvieran una pausa un poco más larga. Era apenas natural que quisiera asignarle el punto central en la galería de la fe al padre de la feligresía. Abraham confió en Dios constantemente, creyó en su palabra y siguió sus instrucciones aun cuando no había nada visible, y más cuando lo que se podía ver señalaba sólo lo aparentemente imposible. Sin saber a donde iba, confiando en la guía de Dios, salió de su tierra natal en Mesopotamia; sin mapa en la mano, pero con el llamado de Dios en el corazón, Abraham salió a lo desconocido. ¡La fe es así! Es querer seguir adelante con los ojos vendados porque confía en la guía de Dios.

Esa tierra desconocida iba a ser su heredad, pero todo lo que poseyó de Canaán fue una parcela que compró cuando murió su amada Sara para sepultarla (Génesis 23). Dios “no le dio herencia en ella ni aun para asentar un pie”, relató Esteban en Hechos 7:5, admirado por la fe del patriarca. Como un forastero, trasladó su tienda de un lugar a otro en la tierra que le había sido prometida, y no hubo diferencia alguna para su hijo Isaac y su nieto Jacob; murieron sin haber visto, pero habiendo confiado en la promesa de Dios.

¿Cómo pudo Abraham hacer eso? El autor tiene la respuesta: “Por la fe”; por la fe Abraham vio lo invisible. Verdaderamente sorprende lo lejos que vio la fe de Abraham, incluso pudo ver más allá de la Canaán terrenal, la ciudad eterna en el cielo. En esa ciudad, que le pertenece por completo a Dios porque él fue su artífice y constructor, Abraham vio su verdadero hogar, la ciudad “que tiene fundamentos”. Las tiendas sólo tienen estacas que se sacan y se trasladan, las ciudades terrenales tienen murallas que duran más pero que se derrumban, pero esta ciudad permanece para siempre. El autor la describe como “la ciudad del Dios vivo, Jerusalén la celestial” (12:22), de modo que no podemos

malentender. Abraham “esperaba” este hogar celestial, vivió y finalmente murió esperándolo. ¡Cuán miopes somos a veces! ¡Cuán necios somos cuando volteamos los binoculares al revés y nos enfocamos en la arena de la tierra en lugar de las playas del cielo!

¹¹ Por la fe también la misma Sara, siendo estéril, recibió fuerza para concebir; y dio a luz aun fuera del tiempo de la edad, porque creyó que era fiel quien lo había prometido.

¹² Por lo cual también, de uno, y ése ya casi muerto, salieron como las estrellas del cielo en multitud, como la arena innumerable que está a la orilla del mar.

“Por la fe” también Abraham “recibió fuerza para concebir”. Tenía 99 años y había pasado la edad para concebir un hijo cuando le fue anunciado el nacimiento de Isaac. Sara también era estéril, y aun así, los dos concibieron un hijo por la obra milagrosa de Dios. De ese pequeño comienzo, “de uno”, y de un comienzo tan milagroso, de “ése ya casi muerto”, vinieron descendientes tan incontables como las proverbiales estrellas del cielo y la arena a la orilla del mar.

Físicamente, todo Israel tiene su comienzo en Abraham; espiritualmente, todos los creyentes en su más grande descendiente, Cristo, lo llaman padre. ¡Qué rica fue la cosecha que vino de él por medio de la fe! Abraham “creyó que era fiel quien lo había prometido”, es decir, que confió en un Dios que nunca podría ser infiel y, por tanto, en una promesa que no podría permanecer sin cumplimiento. Cuando se refiere a Dios y a sus promesas, la palabra *imposible* no pertenece al vocabulario del cristiano.

¹³ En la fe murieron todos estos sin haber recibido lo prometido, sino mirándolo de lejos, creyéndolo y saludándolo, y confesando que eran extranjeros y peregrinos sobre la tierra. ¹⁴ Los que esto dicen, claramente dan a

entender que buscan una patria,¹⁵ pues si hubieran estado pensando en aquella de donde salieron, ciertamente tenían tiempo de volver.¹⁶ Pero anhelaban una mejor, esto es, celestial; por lo cual Dios no se avergüenza de llamarse Dios de ellos, porque les ha preparado una ciudad.

El autor tenía más que decir sobre la fe de Abraham, pero, antes de hacerlo, se detiene para destacar algunas cualidades comunes que se encuentran en la fe de Abraham y en la fe de los otros patriarcas. Todos ellos murieron sin haber recibido las cosas prometidas, Abraham e Isaac, Jacob y José nunca vieron cumplidas las promesas de Dios. Aunque Abraham vivió para ver el nacimiento de Isaac, nunca vio la gran nación que iba a venir de él. Aunque Jacob y José vieron que su nación comenzaba a crecer, nunca vieron al Mesías que iba a venir de ella. ¡Pero aun así creyeron! Como Moisés en el monte Nebo, que vio a la distancia la tierra prometida (Deuteronomio 32:52), ellos vieron las promesas de Dios desde lejos y las creyeron. El telescopio de la fe hizo visibles las promesas de Dios, de modo que se describe a los patriarcas esperándolas en gozosa anticipación.

Admitieron que “eran extranjeros y peregrinos sobre la tierra”. Esa fue la confesión de Abraham en Génesis 23:4 cuando compró la parcela para sepultar a Sara, pero también fue una característica de todos los héroes de la fe. Ellos fueron “extranjeros”, gente de descendencia y cultura extranjera que vivía en otra tierra. Fueron “peregrinos”, personas que residían temporalmente en un lugar distinto de su verdadero hogar; con esta confesión se mencionaba más que a Canaán. El autor concluye correctamente: “Los que esto dicen, claramente dan a entender que buscan una patria”. “Patria” significa *tierra paterna*, el hogar del que uno viene y al que añora. La fe implanta en el creyente un instinto de hogar que no le permite echar raíces o descansar aquí en la tierra.

Los patriarcas no pensaban en Mesopotamia cuando esperaban su hogar. Si Abraham hubiera querido regresar allá, le hubiera sido fácil, todo lo que tenía que hacer era empacar sus maletas, sacar

las estacas de su tienda e irse. Jacob, después de haber servido a su tío Labán durante veinte años en esa misma tierra, no estaba satisfecho. En Génesis 30:25, le rogó a su tío: “Déjame ir a mi lugar, a mi tierra”, es decir, a Canaán.

Ni Mesopotamia ni Canaán estaban en su mente ni en su corazón, sino “una [patria] mejor, esto es celestial”. Ellos extendieron la mano de su fe hacia la Canaán celestial y la nueva Jerusalén, preparadas para ellos por Dios, en fervorosa espera todos sus días. No sorprende que Dios no se avergüence de llamarse Dios de ellos.

Es maravilloso que Dios nos haya dado su nombre al llevarnos a la fe y a su familia. Nos deja atónitos su gracia por el hecho de que haya tomado nuestro nombre por la fe que él nos ha dado. En Éxodo 3:6, se llama a sí mismo: “el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob”, y Jesús en Mateo 22:32 dice lo mismo. ¡Dios conceda que nuestros nombres se añadan a la lista!

¿Puede usted leer esta sección sin ser amonestado y animado? Nos gusta cantar “Voy al cielo, soy peregrino” (HFA 308), pero con frecuencia la realidad de la vida es diferente. Los ojos que se deberían elevar al cielo, se quedan fijos en la tierra; los pies que deberían ir hacia las costas de Canaán, se enlodan en los pantanos de la tierra; las manos que deberían alcanzar los tesoros eternos, se aferran la joyería de fantasía; las espaldas que se deberían esforzar en el Reino, se doblan en la búsqueda de cosas sin valor.

Qué reprimenda nos dan esos retratos de la fe, pero también qué estímulo. “Avancen”, nos dicen, “vale la pena. El Dios en quien usted confía es absolutamente confiable y hace lo que promete. Dijo que el cielo es su hogar y seguramente usted estará allá, con nosotros, a su diestra.”

17 Por la fe Abraham, cuando fue probado, ofreció a Isaac: el que había recibido las promesas, ofrecía su unigénito, 18 habiéndosele dicho: «En Isaac te será llamada descendencia», 19 porque pensaba que Dios es poderoso para



Abraham sacrifica a Isaac

levantar aun de entre los muertos, de donde, en sentido figurado, también lo volvió a recibir.

El autor nos quiere llevar una vez más a mirar el retrato de Abraham. En Génesis 22 encontramos la fe de Abraham en su cima. Lo que Dios le pidió que hiciera le debe haber parecido no sólo increíble sino completamente contrario a todo lo que había prometido. Abraham tenía que tomar a su único hijo nacido de Sara, el hijo tan amado nacido en su vejez y sacrificarlo a Dios. Aun más, ese hijo era aquel por medio del cual Dios había prometido en Génesis 21:12 que le sería “llamada descendencia”. Romanos 9:6-9 muestra el significado amplio de esa promesa. De Isaac iba a venir no sólo el Israel físico sino también el Israel espiritual, compuesta por todos los verdaderos creyentes en Cristo, la más grande semilla de Abraham. Sacrificar a Isaac parecía significar la cancelación del cumplimiento de esa gloriosa promesa.

Sin embargo, la prueba de Dios fue recibida por la fe obediente de Abraham. La Biblia no dice nada acerca del Getsemaní por el que pasó Abraham la noche después de recibir el mandato de Dios, sino sólo registra la obediencia de su fe. A la mañana siguiente, temprano, Abraham siguió adelante de acuerdo con el mandato de Dios. El autor de Hebreos dice inclusive que Abraham “ofreció a Isaac”. En la mente de Abraham, el acto se dio por hecho, tan obediente era su fe al mandato de Dios.

Cuando fue probada su fe, Abraham obedeció y también confió en las promesas de Dios. Abraham consideró que “Dios es poderoso para levantar aun de entre los muertos”, y demostró esa fe cuando al pie del monte Moriah en Génesis 22:5 les dijo a sus siervos: “Esperad aquí... Yo y el muchacho iremos hasta allá, adoraremos y *volveremos* a vosotros”. Con la lógica de la fe, Abraham razonó que Dios quien le había dado a Isaac cuando estaba ya casi muerto, podía devolver a Isaac de entre los muertos y, figurativamente hablando, eso fue lo que ocurrió. Abraham

había ofrecido a Isaac de todo corazón a Dios sólo para recibirlo de nuevo como si regresara de entre los muertos.

Señor, danos una fe como esa, una fe que no sólo pueda mover montañas, sino también desafiar la muerte, una fe que por causa de la muerte y la resurrección de la más grande semilla de Abraham, el Cristo, pueda ahora proclamar con Pablo en 1 Corintios 15:55,57: “¿Dónde está, muerte, tu aguijón? ¿Dónde está, sepulcro, tu victoria? ... Pero gracias sean dadas a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro señor Jesucristo.”

²⁰ Por la fe bendijo Isaac a Jacob y a Esaú respecto a cosas venideras.

²¹ Por la fe Jacob, al morir, bendijo a cada uno de los hijos de José y adoró apoyado sobre el extremo de su bastón.

²² Por la fe José, al morir, mencionó la salida de los hijos de Israel y dio mandamiento acerca de sus huesos.

Los siguientes tres patriarcas cuyos retratos se presentan, ilustran la visión de largo alcance de la fe. Aunque el autor pudo haber seleccionado varias escenas de su vida, escoge sólo una por persona, todas de sus últimos días. Estas tres escenas presentan la fe de Isaac, de Jacob y de José viendo más allá de su muerte; confiaban en que Dios cumpliría sus promesas aunque no vivieran para verlas. Isaac, ciego y anciano, no pudo ver cuál de sus hijos se arrodilló ante él, pero con los ojos de la fe pudo ver lo que el futuro tenía para cada uno de ellos. Génesis 27:1–28:5 registra cómo le dio a Jacob la promesa de que el Salvador vendría de su simiente y a Esaú le hace promesas de naturaleza terrenal.

Jacob en sus primeros días se había apoyado muy fuertemente en sus propios recursos y habilidades, pero en su lecho de muerte se apoyó en su bordón en devota confianza en la fidelidad de Dios. Sólo su bendición a los dos hijos de José, a quienes Jacob había adoptado como propios, se menciona aquí, mientras que el relato total se puede leer en Génesis 47:28–49:33. El moribundo

patriarca, al hablar de las bendiciones muy lejanas en el futuro, las vio como ya cumplidas.

José, aunque pudo haber tenido su cuerpo impresionantemente conservado en alguna pirámide egipcia, miró al futuro con los ojos de la fe a Canaán, a través de la bruma de 400 años. Génesis 50:22-26 registra cómo este poderoso hombre de Egipto comprometió a su familia por un juramento a sepultarlo en Canaán, una tierra en la que había pasado sólo los primeros diecisiete años de su vida. Sus palabras sobre el éxodo de Egipto y sus instrucciones sobre sus huesos revelaron su fe en las promesas de Dios. Sus huesos fueron sepultados en la tierra donde se iba a cumplir la promesa de salvación. Qué gran ejemplo de una fe con la firme seguridad “de lo que se esperan, la convicción de lo que no se ve” (11:1). Qué aliciente para nosotros, porque nuestra fe a menudo confía muy poco y nuestros ojos muy pocas veces ven a lo lejos.

²³ Por la fe Moisés, cuando nació, fue escondido por sus padres por tres meses, porque lo vieron niño hermoso y no temieron el decreto del rey. ²⁴ Por la fe Moisés, hecho ya grande, rehusó llamarse hijo de la hija del faraón, ²⁵ prefiriendo ser maltratado con el pueblo de Dios, antes que gozar de los deleites temporales del pecado, ²⁶ teniendo por mayores riquezas el oprobio de Cristo que los tesoros de los egipcios, porque tenía puesta la mirada en la recompensa. ²⁷ Por la fe dejó a Egipto, no temiendo la ira del rey, porque se sostuvo como viendo al Invisible. ²⁸ Por la fe celebró la Pascua y la aspersion de la sangre, para que el que destruía a los primogénitos no los tocara a ellos.

En la galería de la fe hay sólo un paso desde Génesis y los patriarcas hasta el Éxodo y Moisés. El autor hace una pausa antes del retrato de Moisés para darnos algunos ejemplos de su fe. ¿Trataba el autor de decirles algo a los lectores que estaban tentados a desertar del cristianismo y de Cristo por el judaísmo y

Moisés? Que miren más de cerca a Moisés y que encuentren en él uno de los más grandes ejemplos de fe en Cristo.

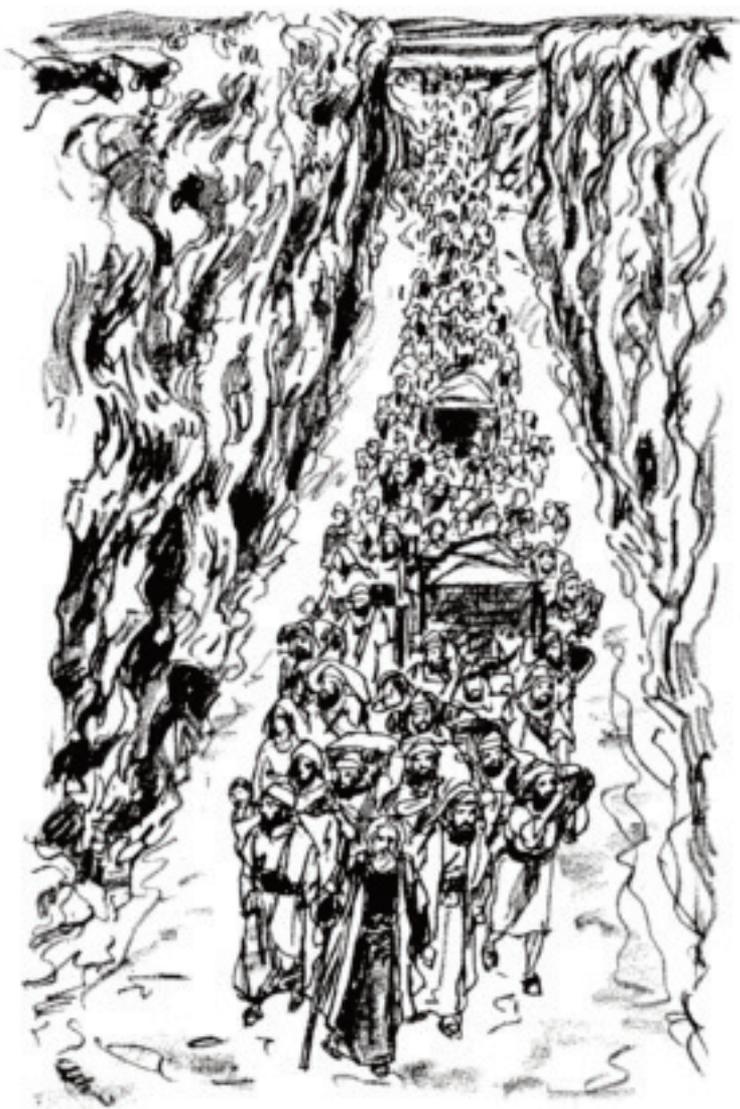
El autor nos regresa a Éxodo 1–2 donde comienza el relato con los padres de Moisés, temerosos de Dios. En Éxodo 1:22, el gran faraón de Egipto había dado la orden: “Echad al río a todo hijo que nazca, preservad la vida de toda hija”. Los padres de Moisés no tuvieron miedo del edicto real, sino que escondieron su niño durante tres meses después de su nacimiento.

El gozo por el nacimiento se debe haber oscurecido por la preocupación cuando vieron que era un niño. La ansiedad debe haber ensombrecido cada uno de los días de esos tres meses mientras luchaban por mantener en silencio y en secreto a un niño que crecía. Pero lo hicieron “por la fe”, y “lo vieron niño hermoso”, o sea, como dice también en Éxodo 2:2, “viéndole que era hermoso”.

Los padres, que conocían la promesa de Dios del éxodo, y viendo la condición excepcional de su hijo, ¿esperaban que fuera el que iba a sacar de Egipto al pueblo de Dios? No se nos dice, pero sabemos esto: por la fe escondieron a ese niño, confiando en que de alguna manera Dios lo iba a proteger. Aquí había fe que confiaba en Dios para lo que no veían y esperaban.

El autor nos lleva del niño de tres meses al adulto. Esteban nos recuerda los privilegios que tuvo Moisés, en Hechos 7:21,22: “La hija de Faraón le recogió y lo crio como a hijo suyo. Moisés fue instruido en toda la sabiduría de los egipcios; y era poderoso en sus palabras y obras”. Ahora, como adulto, quizás a la edad de 40 años (Hechos 7:23), Moisés hizo una decisión de “rehusar”, es decir, que negó su puesto elitista y los privilegios exaltados que tenía como hijo de la hija de Faraón. Lo hizo “por la fe”, sabiendo lo que le iba a costar la decisión; deliberadamente se sacudió la posición de realeza y eligió la identificación con el pueblo de Dios.

Con esta decisión demostró fe en el destino futuro de aquellos a quienes miraba sólo como esclavos, y esta decisión le trajo maltrato propinado por el pueblo de Dios. No había otro camino



Las aguas se dividieron

para este hombre de fe, para él hubiera sido pecado permanecer en la corte de Faraón después de haber sabido que Dios lo había llamado para rescatar a Israel (Hechos 7:25). Los placeres del pecado son efímeros cuando se comparan con lo que Dios tiene guardado para su pueblo. ¿Estaban oyendo y pensando los lectores hebreos? Moisés enfrentó una situación muy parecida a la de ellos y por la fe escogió a Cristo.

El autor tenía más que decir sobre la elección de Moisés. Los tesoros de Egipto eran enormes, como han documentado bien los historiadores y los arqueólogos. Sin embargo, Moisés conocía un tesoro mayor: “El oprobio de Cristo”. Estimó el oprobio sufrido por causa de Cristo como un honor invaluable. Sí, Moisés sabía de Cristo; él mismo lo dijo en Deuteronomio 18:15, cuando exhortó a Israel a que esperara y a que oyera a ese mayor profeta que iba a venir. Jesús dijo lo mismo cuando les dijo a los fariseos en Juan 5:46: “De mí escribió [Moisés]”. Moisés vio con los ojos de la fe a Cristo que venía y se identificó con él al unirse a su pueblo.

¿Qué importaba si esto le traía sufrimiento? Moisés “tenía puesta la mirada en la recompensa”. Los ojos de la fe ven no sólo el presente sino especialmente el futuro. La sabiduría de la fe calcula no sólo el comienzo sino especialmente el final. Por la fe, Moisés esperó la misma ciudad celestial que Abraham (11:10) y los patriarcas (11:16). El ejemplo de ellos nos recuerda las palabras de Pablo en 2 Corintios 4:18: “No [miramos] nosotros las cosas que se ven, sino las que no se ven, pues las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas”. ¿No nos exhorta el ejemplo de ellos a revisar nuestros cálculos?

Cuarenta años antes, Moisés había huido a Madián por temor de ese poderoso faraón (Éxodo 2:15), ahora conduce a Israel afuera para no regresar jamás. La ira del faraón se desataría y haría perseguir con ardor a los salientes israelitas, pero Moisés no tenía temor, estaba firme “como viendo al Invisible”, iría a donde su Señor lo enviara y el Señor le daría la fortaleza necesaria. ¿Cómo

pudo Moisés ver y creer a aquel que es invisible? Con los ojos de la fe, nos recuerda el autor. Así hace Pedro en 1 Pedro 1:8: “Vosotros, que lo amáis sin haberle visto, creyendo en él aunque ahora no lo veáis, os alegráis con gozo inefable y glorioso”. ¿Cómo es nuestra visión?

Plaga tras plaga habían venido, nueve en total, pero el faraón no había dejado ir a Israel. Luego vino el anuncio de la décima plaga: el primogénito de todo hogar de Egipto iba a morir, excepto donde la sangre del cordero había sido rociada en los dinteles y en los postes de las puertas. También el pueblo tenía que comer la comida de la Pascua y estar listo, esperando la señal para marchar. ¡Y Moisés creyó lo que no había visto!

Vino el ángel destructor, pero no tocó las casas rociadas con sangre. Israel salió de Egipto y Moisés, como Dios le había mandado, estableció la Pascua como un recordatorio anual de la liberación hecha por Dios. ¡Todo esto lo hizo por la fe! Él, que habría podido ganarse uno o dos renglones en la historia de Egipto, es en cambio inmortalizado en las páginas de la Santa Palabra de Dios y privilegiado con la aparición en el monte de la Transfiguración con el Salvador, cuya venida había esperado (Mateo 17:3).

²⁹ Por la fe pasaron el Mar Rojo como por tierra seca; e intentando los egipcios hacer lo mismo, fueron ahogados.

³⁰ Por la fe cayeron los muros de Jericó después de rodearlos siete días. ³¹ Por la fe Rahab la ramera no pereció juntamente con los desobedientes, porque recibió a los espías en paz.

El pueblo compartió la fe de Moisés, al menos al principio; después su fe se iba a convertir en amarga murmuración de incredulidad en el desierto, pero en el Mar Rojo todavía resplandecía. Éxodo 14 cuenta cómo todo Israel caminó por tierra seca en medio de aquellas altas paredes de agua hacia la seguridad en la orilla opuesta, y eso fue más que valor. El faraón y las

formidables tropas de Egipto también tenían valor, pero las arrolladoras aguas del Mar Rojo ahogaron hasta el último hombre. Israel pasó sin sufrir ningún daño, por la confianza en la promesa de Dios. El Mar Rojo no fue una barrera para su fe, ni lo fueron las murallas de la sólida fortaleza de Jericó. Esas murallas fueron construidas para resistir los asaltos de poderosos ejércitos, pero no el ruido de los pasos, el rodeo y el triunfante grito de la fe. Increíblemente, los muros cayeron en aquel séptimo día como la fe lo había visto.

Dentro de los muros de Jericó había una que también vio por la fe, Rahab la prostituta. Por la maravillosa gracia de Dios, esta mujer de manchada profesión y de fondo pagano había llegado a conocer y a confiar en el Dios de Israel. Josué 2 registra su fe y sus actos al esconder a los espías de Israel que habían venido por anticipado a Jericó. Por la fe ella arriesgó la vida y terminó salvándola. Mientras que los otros habitantes, descritos como “desobedientes”, porque eso es lo que es la incredulidad, murieron, Rahab y su familia fueron guardados en la caída de Jericó. Y por la gracia de Dios su retrato cuelga en la galería de la fe.

³² ¿Y qué más digo? El tiempo me faltaría para hablar de Gedeón, de Barac, de Sansón, de Jefté, de David, así como de Samuel y de los profetas. ³³ Todos ellos, por fe, conquistaron reinos, hicieron justicia, alcanzaron promesas, taparon bocas de leones, ³⁴ apagaron fuegos impetuosos, evitaron filo de espada, sacaron fuerzas de debilidad, se hicieron fuertes en batallas, pusieron en fuga ejércitos extranjeros. ³⁵ Hubo mujeres que recobraron con vida a sus muertos; pero otros fueron atormentados, no aceptando el rescate, a fin de obtener mejor resurrección. ³⁶ Otros experimentaron oprobios, azotes y, a más de esto, prisiones y cárceles. ³⁷ Fueron apedreados, aserrados, puestos a prueba, muertos a filo de espada. Anduvieron de acá para allá cubiertos de pieles de ovejas y de cabras, pobres, angustiados, maltratados. ³⁸ Estos hombres, de los cuales el mundo no era

digno, anduvieron errantes por los desiertos, por los montes, por las cuevas y por las cavernas de la tierra.

Al autor se le está acabando el tiempo, no los ejemplos. ¿Cómo podría mencionar a todos los héroes de la fe de la historia de Israel? Por eso generaliza, relacionando seis nombres notables, no en orden cronológico, sino como el Espíritu los pone en su mente y también relacionando algunas proezas y sufrimientos de los héroes de la fe.

De los seis nombres, cinco son del período oscuro de los Jueces. Por la fe Gedeón, como registra Jueces 6–8, derrotó al poderoso ejército de Madián con un puñado de 300 hombres. Por la fe, Barac, como se registra en Jueces 4–5, con Débora, fue el hombre de Dios a la hora de derrotar a los cananitas. Por la fe, Sansón, como se relata en Jueces 13–16, derrotó a los filisteos varias veces. Por la fe, Jefté enfrentó a los amonitas y los venció con el poder de Dios como se relata en Jueces 11–12.

De los jueces, el autor prosigue a los reyes y menciona uno eminente. Todos quisieran saber de los hechos de David tanto contra Goliat como a favor de Israel. De los profetas menciona sólo uno, Samuel, que fue un faro de la fe en un capítulo decadente de la historia de Israel.

Vea con qué cuidado el autor escoge los ejemplos. ¿Acaso los hebreos estaban enfrentando algunas dificultades? Aquí tenemos a seis hombres sin esperanza alguna, pero al final triunfan. Su fe no era sólo de dientes para afuera, sino que la vivían en plena confianza.

Como un tambor, el autor toca el redoble de los intrépidos logros de la fe de ellos que lucharon contra reinos y los pusieron en el polvo. ¿Pensaba el autor en las victorias de David registradas en 2 Samuel 8? “Hicieron justicia” en las políticas que seguían como líderes. 2 Samuel 8:15 dice: “Reinó David sobre todo Israel, actuando con justicia y rectitud para con todo su pueblo”. Gedeón, Barac y David son sólo unos pocos de los que marcharon contra

el enemigo sobre la base de las promesas de Dios y encontraron que esas promesas eran verdad.

Daniel afrontó a los leones en el foso y los encontró con la boca cerrada (Daniel 6:21-23). Sadrac, Mesac y Abednego fueron echados por orden de Nabucodonosor en el horno de fuego siete veces calentado y salieron sin ni siquiera oler a fuego (Daniel 3:27). Elías y otros se movieron entre espadas desenvainadas que no los pudieron alcanzar (1 Reyes 19:1-3). La debilidad de Sansón se convirtió en fuerza cuando el ciego, pero penitente guerrero, derribó el templo de Dagón sobre las cabezas de miles de filisteos (Jueces 16:30). David, cuando derribó al poderoso Goliat (1 Samuel 17:50), e Israel cuando venció fuerzas enemigas muy superiores, son ejemplos de aquellos que “se hicieron fuertes en batallas, pusieron en fuga ejércitos extranjeros”.

¿Se ha acertado la mano de Dios y se ha reducido su poder? ¿Son menos ciertas sus promesas hoy y su presencia menos cercana? Entonces empuñemos de nuevo la espada del Espíritu y luchemos valientemente contra la triple alianza impía del diablo, el mundo y nuestra carne. Sólo la muerte le pone término a esa guerra y sólo Dios puede conceder la victoria. La fe lo sabe y es valiente.

De los ejemplos de la fe osada el autor pasa a ejemplos de la fe que resiste. 1 Reyes 17:17-24 cuenta cómo la viuda de Sarepta recibió a su hijo de regreso de la muerte por la oración de Elías y el poder del Señor. También la sunamita en 2 de Reyes 4:18-37 recibió a su hijo de manos de Eliseo. Ambas madres probaron la amarga tristeza de una pérdida, pero se les convirtió en gozo por la resurrección. Otros, cuando fueron torturados por su fe, murieron esperando una mejor resurrección. “Atormentados” se refiere a un horripilante instrumento de tortura en forma de rueda, sobre el cual las víctimas eran estiradas y luego golpeadas hasta que se fracturaban o exhalaban el último suspiro. Una sencilla negación de Cristo los hubiera podido mantener lejos o ser liberados de esa horrenda rueda, pero también los habría hecho

perder la eternidad. Esos mártires apreciaron la resurrección que había de venir como de mucho más valor que la vida terrenal.

Los profetas de Dios conocieron bien las burlas crudas y crueles. 2 Crónicas 36:16 nos dice: “Pero ellos se mofaban de los mensajeros de Dios, y menospreciaban sus palabras, burlándose de sus profetas, hasta que subió la ira de Jehová contra el pueblo, y no hubo remedio”. Jeremías 20:2 registra cómo ese gran profeta sintió el aguijón de la paliza. José, por su parte, supo de cadenas y prisiones (Génesis 39:20) así como también Miqueas (1 Reyes 22:27).

La lista de las deshonras sufridas por causa de Cristo continúa. Algunos, como el profeta Zacarías, encontraron la muerte por lapidación a manos de sus compatriotas (2 Crónicas 24:20,21); otros, como afirma la tradición sobre Isaías, fueron horriblemente “partidos en dos a espada”. 1 Reyes 19:10 dice que Israel ha “matado a espada a tus profetas”. Años después, en su parábola de la viña en Mateo 21:35,36, Jesús le recordó tristemente a Israel: “Los labradores, tomando a los siervos [de Dios], a uno golpearon, a otro mataron y a otro apedrearon. Envió de nuevo otros siervos, más que los primeros; e hicieron con ellos lo mismo.” Los que escaparon a duras penas pudieron conservar la vida, escasamente vestidos con pieles de ovejas y de cabras, careciendo de muchas cosas esenciales de la vida, constantemente maltratados y perseguidos por aquellos a quienes habían venido a servir, andaban por el país, siempre en movimiento, como animales silvestres, vagando por el desierto y la montaña, escondiéndose y durmiendo en cuevas malsanas y en oscuros huecos en la tierra.

¡No importa! No sienta pesar por ellos, porque estimaron como pequeña la comodidad terrenal comparada con el Cristo eterno. La seguridad terrenal fue secundaria cuando la compararon con la salvación eterna. El hogar terrenal se empequeñece cuando se compara con las mansiones celestiales. ¡No estaban dispuestos a negar a su Señor! Aquellos a quienes el mundo valoró poco, Dios los llama mucho más valiosos que el mundo entero. Vea cómo

Dios estima la fe que perdura ante el sufrimiento y cómo da fortaleza para soportar. Frecuentemente nosotros titubeamos en vivir por fe para que el mundo no nos lance sus sucios sarcasmos y nos ponga un mote burlesco.

³⁹ Pero ninguno de ellos, aunque alcanzaron buen testimonio mediante la fe, recibió lo prometido, ⁴⁰ porque Dios tenía reservado algo mejor para nosotros, para que no fueran ellos perfeccionados aparte de nosotros.

En nuestro paseo por la galería de la fe, el autor, al dar nombres y ejemplos, ha llamado la atención hacia muchos héroes, y su inclusión en las páginas del Antiguo Testamento muestra la aprobación que Dios le da a su fe. Sus impresionantes ejemplos están delante de nosotros, para mostrarnos cómo Dios, cuando obra la fe, mueve a personas ordinarias a hacer cosas extraordinarias. Una cosa les faltaba todavía a todos los héroes de la fe que mencionó: habían recibido y visto cumplidas muchas promesas de Dios, pero la venida de Cristo a la cruz y su venida en el último día no habían ocurrido durante su vida. Sólo desde la distancia, con el telescopio de la fe, vieron estos eventos.

¡Esa tardanza fue por causa de nosotros! El propósito que tiene Dios al mantener a esos héroes de la fe del Antiguo Testamento en la espera del cumplimiento de sus promesas es para que nosotros podamos unirnos a sus filas. Dios todavía da tiempo porque “vendrán muchos del oriente y del occidente, y se sentarán con Abraham, Isaac y Jacob en el reino de los cielos”, como señaló Jesús en Mateo 8:11. Con los ojos de la fe nos unimos al escritor del himno, anticipando la escena cuando “Al fin en tu gloria por gracia entraré, y allí con los santos loor te daré; por siglos eternos a cantarte voy, Jesús, si te amaba, yo te amo más hoy” (HFA 292:4).

Note, sin embargo, que el autor escribe: “Dios tenía reservado algo mejor para nosotros”. Los héroes de la fe del Antiguo

Testamento no son ciudadanos de segunda clase en el cielo, la cruz de Cristo alcanza con su redención tanto a ellos en el pasado como a nosotros en el presente, pero esos héroes de la fe funcionaron con mucho menos que nosotros, porque les faltaba la venida de Cristo. Ellos vivieron en la sombra y aun así se atrevieron y murieron por Cristo, tuvieron muy poco y aun así hicieron mucho.

¿Nos damos cuenta del reto que pone el autor delante de sus lectores del Nuevo Testamento? El pleno triunfo de la cruz es nuestro, las plenas verdades de las promesas de Dios están en nuestras manos, ahora ¿qué haremos y a qué nos atreveremos por él? ¿Serán agregados nuestros retratos, por la gracia de Dios, en las paredes de la galería de la fe? ¿Nos contará el Dios de gracia entre los que han hecho las únicas y verdaderas cosas que este mundo haya visto?

Dame más fe, Señor Jesús;
Dame la fe, ¡Oh Salvador!,
Que al afligido da la paz,
La fe que salva del temor;
Fe de los santos galardón,
Gloriosa fe de salvación (CC 224:1).

Crezcamos en la fe por medio de la disciplina de Dios

12 Por tanto, nosotros también, teniendo en derredor nuestro tan grande nube de testigos, despojémonos de todo peso y del pecado que nos asedia, y corramos con paciencia la carrera que tenemos por delante, ² puestos los ojos en Jesús, el autor y consumidor de la fe, el cual por el gozo puesto delante de él sufrió la cruz, menospreciando el oprobio, y se sentó a la diestra del trono de Dios.

³ Considerad a aquel que sufrió tal contradicción de pecadores contra sí mismo, para que vuestro ánimo no se canse hasta desmayar,

El autor bosquejó diestramente en el último capítulo la importancia de la fe persistente. Como una gran nube, los héroes de la fe del Antiguo Testamento rodean a los lectores, dando ejemplo vívido de la resistencia y el triunfo final de la fe. “¡No se rindan!” nos claman esos héroes de la fe desde las páginas de la Sagrada Escritura. “¡Sigán en la carrera, van por la senda correcta!”

Esta es una imagen conocida que emplea el autor ahora en su exhortación sobre la perseverancia en la fe. Al decir: “carrera”, el autor utiliza la palabra griega de la que viene nuestra palabra *agonía*, la cual habla de una competencia que implica esfuerzo y lucha. También habla de una competencia constante, porque escribió en el griego: “sigamos corriendo” y habla de una competencia de extrema dificultad, que requiere perseverancia. La perseverancia significa mantenerse firme bajo la tensión, sin desfallecer ni detenerse por ninguna razón. La carrera de la fe no es un embalaje de cien metros, sino un largo maratón de toda la vida. En la pista de la fe el corredor no puede desfallecer después de una o dos vueltas, pero necesita correr a toda velocidad todo el tiempo.

Además de correr a toda velocidad, el corredor serio elimina todo lo que lo pueda obstaculizar. Un peso extra de cualquier tipo, ya sea en el cuerpo o en el vestido, puede entorpecer al corredor, y por eso el atleta griego usaba la menor cantidad de ropa. En particular, nos debemos despojar “del pecado que nos asedia”. Como un manto suelto, cualquier tipo de pecado se puede enrollar en las piernas del corredor y hacerlo tropezar en el camino.

Judas es un ejemplo de advertencia de los que comenzaron la carrera de la fe pero nunca la terminaron por causa de las marañas del pecado. De Pablo, uno de los más grandes atletas espirituales de todos los tiempos, viene un ejemplo positivo. En Filipenses 3:13,14 exhorta: “Una cosa hago: olvidando ciertamente lo que queda atrás y extendiéndome a lo que está delante, prosigo a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús”.

Los héroes del Antiguo Testamento que corrieron con éxito la carrera de la fe pueden animarnos, mas no fortalecernos. Para proseguir con fortaleza y vigor necesitamos tener “puestos los ojos en Jesús, el autor y consumidor de la fe”. El autor usa nuevamente el tiempo presente en el griego para recordarnos que mantengamos fijos nuestros ojos en Jesús. Note también el uso del nombre personal “Jesús”. Él es el que se hizo carne para otorgarnos la salvación; es el que crea, continúa y lleva nuestra fe a la perfección en el cielo. De la A a la Z, él es el objeto y la causa de nuestra fe, que nos da algo para creer y la fe para creerlo.

El ejemplo de Jesús es un incentivo poderosísimo para nosotros. “Sufrió la cruz”, dice el autor, utilizando la misma raíz de la palabra “paciencia” del versículo uno. La cruz con su tortura y su oprobio no fue ligera de llevar para nuestro Señor, pero se levantó debajo de ella. La vergüenza que implicó fue sobrepasada en gran manera por el gozo que encontró en terminar la obra de la salvación y sentarse triunfante a la diestra de Dios. En Juan 17:4, le dice a su Padre con gozo: “Yo te he glorificado en la tierra; he acabado la obra que me diste que me hiciera”.

En el último día oiremos también ese gozo en las palabras del Salvador para nosotros: “Venid, benditos de mi Padre, heredad el Reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo” (Mateo 25:34). ¿Por qué sufrió Jesús? ¿Por qué fue a la cruz y a la tumba voluntaria y hasta gozosamente? El amor y la gracia que hay en la respuesta nos dejan sin palabras; lo hizo para redimirnos.

A un Jesús así tienen que “considerar” los lectores, mirándolo bien y observándolo desde todos los lados. Cuando los pies se sienten como de plomo y pensamos que no podemos dar otro paso, cuando el corazón está tan pesado como nuestras piernas y las almas están listas a rendirse, entonces es el momento de considerar a Jesús. Qué hostilidad tuvo que soportar nuestro Señor Jesús sin pecado, de parte de los pecadores a quienes había venido a socorrer. Afrontó una oposición como nunca afrontaron los lectores hebreos ni afrontaremos jamás. Sin embargo, él triunfó sin desanimarse y sin desmayar.

“Puestos los ojos en Jesús”, exhorta el autor, “considerad a aquel”. Jesús ha ido a donde vamos ahora nosotros; donde él está, nosotros estaremos. De él viene no sólo el ejemplo de cómo correr sino el poder por la fe para acelerar y alargar el paso en el camino al cielo.

⁴ pues aún no habéis resistido hasta la sangre, combatiendo contra el pecado; ⁵ y habéis ya olvidado la exhortación que como a hijos se os dirige, diciendo:

«Hijo mío, no menosprecies la disciplina del Señor ni desmayes cuando eres reprendido por él, ⁶ porque el Señor al que ama, disciplina, y azota a todo el que recibe por hijo.»

Para Jesús, afrontar la oposición de los hombres significó derramar su sangre en el Gólgota. Algunos de los héroes del Antiguo Testamento también tuvieron un final sangriento, pero no era así para los hebreos cristianos. Habían tenido días difíciles en el pasado (10:32-34), pero ahora estaban encerrados en una lucha contra el pecado mientras los enemigos trataban de aterrorizarlos para que abandonaran la fe en Jesús. Quizás el futuro demandara su sangre, pero ahora no había tiempo para estar confundidos o faltos de claridad sobre el papel de la aflicción, o como la llama el autor, la “disciplina”. Así que sigue con una gran sección, dándonos no todas las respuestas al problema del sufrimiento, sino lo suficiente para animarnos a soportar.

Primero que todo, el autor les recuerda a los lectores lo que dice Dios sobre la disciplina. ¿Habían olvidado la palabra de estímulo que se registra en Proverbios 3:11,12? Citando de la Septuaginta, el autor muestra la estrecha conexión que establece la Palabra de Dios entre la condición de hijo y la disciplina. La disciplina es el entrenamiento necesario para llevar al hijo a la madurez, es la instrucción y la corrección, la guía y la advertencia que un padre le da constantemente a su hijo para que moldee su carácter y alcance la madurez.

A veces esa disciplina viene directamente de la mano de Dios, otras veces viene por la mano de un enemigo, como para esos hebreos cristianos, pero Dios la moldea para ajustarla a sus propósitos de gracia. Dios siempre envía o inclina esa disciplina para el beneficio de sus hijos. Esto es lo que significa para él ser nuestro Padre y para nosotros ser sus hijos. Significa, como dice tan apropiadamente en Romanos 8:28 que: “a los que aman a Dios, todas las cosas los ayudan a bien”.

¿Cómo deben reaccionar los hijos a la disciplina? “No [la] menosprecies”, exhorta el autor. Cuando Dios disciplina, la indiferencia no es la respuesta adecuada. Dios puede estar diciendo algo importante que sus hijos pueden oír mejor cuando tiemblan en la tormenta que cuando gozan del calor del sol; despreciar la disciplina de Dios puede ser perder el mensaje.

Tampoco debemos “desmayar” por causa de la disciplina; Dios nunca desampara a los suyos. Cuando pone pruebas también da fortaleza. No importa que tan dura sea la disciplina, su gracia la cubrirá. En 1 Corintios 10:13, Pablo nos consuela de la siguiente manera: “Fiel es Dios, que no os dejará ser probados más de lo que podéis resistir, sino que dará también juntamente con la prueba la salida, para que podáis soportarla”.

La reacción correcta ante la disciplina de Dios es la confianza en su amor. Él disciplina a los que ama, y a veces eso incluye también un azote con el látigo, como indica la palabra “reprendido”. El entrenamiento correcto incluye tanto la instrucción en el camino que se debe seguir como la corrección cuando el comportamiento es descarriado. Detrás de esa acción también está el amor supremo, tan inmensurable como Dios mismo y grandioso en propósito; de ese amoroso padre nunca viene más, ni menos, disciplina de la necesaria para sus hijos.

⁷ Si soportáis la disciplina, Dios os trata como a hijos; porque ¿qué hijo es aquel a quien el padre no disciplina?
⁸ Pero si se os deja sin disciplina, de la cual todos han sido participantes, entonces sois bastardos, no hijos. ⁹ Por otra

parte, tuvimos a nuestros padres terrenales que nos disciplinaban, y los venerábamos. ¿Por qué no obedeceremos mucho mejor al Padre de los espíritus, y viviremos?

En segundo lugar, el autor les recuerda a los lectores en toda su plenitud la compasión de Dios que hay en la disciplina. “Soportad la disciplina”, exhorta a sus lectores. Sus dificultades actuales eran en realidad para su enseñanza la cual era una señal visible de que eran hijos de Dios. ¿No se espera que los padres eduquen a sus hijos para que maduren en vez de que permanezcan en la infancia?

Proverbios 13:24 expresa el mismo pensamiento: “El que no aplica el castigo aborrece a su hijo; el que lo ama, lo corrige a tiempo”. Sólo los hijos ilegítimos permanecen sin educación porque no tienen padre que se preocupe por ellos. ¿Querían los lectores hebreos apartarse de la disciplina de Dios? La falta de disciplina puede sonar bien, pero en realidad muestra un problema serio; revela la ausencia de la calidad de hijo y lleva a resultados trágicos.

Otra vez el autor utiliza el ejemplo de nuestra familia terrenal. “Tuvimos a nuestros padres terrenales que nos disciplinaban”, les recuerda a los lectores. Ciertamente las madres cristianas también disciplinan, pero los padres, como cabeza del hogar, son finalmente los responsables ante Dios de esa disciplina. Cuando nuestro padre nos disciplinaba, quizás al principio nos resentimos con él, pero más tarde lo respetamos porque nos dimos cuenta de lo que trataba de hacer.

¡Cuánto más deberemos someternos a nuestro Padre celestial, que trata no sólo con nuestra existencia física, sino también con nuestra existencia espiritual! Cuando tiene que corregirnos por alguna falta, no es para desahogar su ira, sino para reivindicar y reubicar a sus hijos descarriados. Este Padre tiene un amor que no puede fallar y una sabiduría que no puede errar; ver su mano compasiva detrás de las pruebas de la vida y someterse a su disciplina formadora es vivir en el pleno sentido de la palabra.

¹⁰ Y aquellos, ciertamente por pocos días nos disciplinaban como a ellos les parecía, pero éste para lo que nos es provechoso, para que participemos de su santidad.

¹¹ Es verdad que ninguna disciplina al presente parece ser causa de gozo, sino de tristeza; pero después da fruto apacible de justicia a los que por medio de ella han sido ejercitados.

¹² Por eso, levantad las manos caídas y las rodillas paralizadas, ¹³ y haced sendas derechas para vuestros pies, para que lo cojo no se salga del camino, sino que sea sanado.

En tercer lugar, el autor les recuerda a los lectores, en toda su plenitud, el propósito que Dios tiene cuando nos disciplina. Nuevamente va de menor a mayor: los padres terrenales sólo pueden disciplinar “por pocos días”, sólo durante el breve tiempo en que sus hijos están creciendo. Además, los padres terrenales sólo pueden disciplinar como piensan que es mejor, y en consecuencia a veces cometen errores.

En la disciplina de Dios no hay error; siempre hay únicamente provecho para sus hijos. El provecho que tiene en mente es “que participemos de su santidad”. “Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto”, explica Jesús en Mateo 5:48. El santo Dios, que se aparta y reacciona contra todo pecado, quiere que sus hijos sean como él. Primero los hace santos llevándolos al Salvador; después los lleva a andar más y más en los santos pasos de ese Salvador y finalmente los corona con perfecta santidad en el cielo. Podemos ver la importancia que tiene la disciplina cuando la vemos a la luz de su propósito de gracia.

En verdad, en ese momento, la disciplina puede ser dolorosa, pero es porque rara vez vemos inmediatamente el resultado; como el fruto en un árbol, la maduración lleva tiempo. Los que ven la disciplina del Señor como el gimnasio para el entrenamiento de su alma recogerán “fruto apacible de justicia”. Al estar reconciliados con Dios por medio de la fe en la obra expiatoria de Cristo, andarán más y más en la conducta correcta para con Dios.

El resultado es “paz”, una pequeña palabra para ese gran sentimiento que viene de saber que los pecados están perdonados por causa de Cristo y que la vida recibe el poder para servirle. Ese concepto de disciplina nos ayuda a desechar las quejas y la inconformidad de la fe.

Dios disciplina para fortalecer, y los que saben eso quieren hacer el mejor esfuerzo por sí mismos y por otros. Con palabras tomadas de Isaías 35:3, el autor exhorta a sus lectores, que estaban al borde del colapso espiritual, a levantar las manos caídas para la batalla espiritual y vigorizar las rodillas cojas para la carrera de la fe. Con palabras tomadas de Proverbios 4:26 los exhorta también: “Haced sendas derechas para vuestros pies, para que lo cojo no se salga del camino, sino que sea sanado”.

Los que son fortalecidos por la disciplina de Dios deben limpiar el camino de cualquier obstáculo para hacerlo más fácil para los débiles. Los cristianos cojos, que no saben qué camino tomar y están en peligro de apartarse de Cristo, necesitan la ayuda de los fuertes. Cuando el camino de la fe es áspero, como el de aquellos hebreos cristianos, el peligro de que el cojo se inhabilite por completo aumenta de manera alarmante. Es por eso que el autor exhorta tan vehementemente: “Levantad las manos caídas y las rodillas paralizadas; y haced sendas derechas para vuestros pies”. Ya ha señalado el poder para esa revitalización espiritual exhortando a todo el que corre la carrera a tener los ojos puestos en Jesús, el autor y consumidor de nuestra fe.

¿Quién de entre nosotros no ha gustado la disciplina de Dios? A veces viene en dosis punzantes y rápidas y nos deja casi sin aliento; otras veces viene en olas lentas y duraderas que casi nos agotan y cuando viene. ¿Quién entre nosotros no se ha preguntado: “¿Por qué?”? Cosa curiosa, les podemos decir a nuestros hijos, cuando los disciplinamos, que no pregunten por qué, sólo para lanzarle la misma pregunta a nuestro Padre celestial. Nuestros hijos tienen que aceptar nuestra sabiduría como infalible, pero al mismo tiempo nos sentimos libres para cuestionar los caminos del Todopoderoso.

Cuando viene la disciplina, la pregunta apropiada no es *por qué*, sino *qué*. El por qué se nos ha dicho con suficiente frecuencia y el autor de Hebreos nos lo ha repetido otra vez: es porque nuestro Padre nos ama y quiere madurarnos para el cielo. El qué nos lo mostrará si le damos tiempo mientras fortalece nuestra fe y nos usa para fortalecer a otros. Su disciplina no perdurará para siempre, vendrá el día en que aquel en quien fijamos nuestros ojos en fe regresará, y cuando lo haga, veremos cara a cara y conoceremos tan cabalmente como somos conocidos (1 Corintios 13:12).

ADVERTENCIA:
NO RECHACE A DIOS EN EL MONTE SION Y
PEREZCA

¹⁴Seguid la paz con todos y la santidad, sin la cual nadie verá al Señor. ¹⁵Mirad bien, para que ninguno deje de alcanzar la gracia de Dios, y para que no brote ninguna raíz de amargura que os perturbe y contamine a muchos. ¹⁶Que no haya ningún fornicario o profano, como Esaú, que por una sola comida vendió su primogenitura. ¹⁷Ya sabéis que aun después, deseando heredar la bendición, fue desechado, y no tuvo oportunidad para el arrepentimiento, aunque la procuró con lágrimas.

El autor tiene todavía presente la carrera de la fe y lo que podemos hacer para ayudar a cada uno de los otros a correrla. “Seguid la paz con todos”, exhorta. Debían permanecer en el seguimiento de la paz como los corredores siguen su meta. Seguir la paz, ya difícil por la irascible y egoísta naturaleza del hombre, se hace todavía más arduo cuando aparecen los problemas; en esos momentos los nervios se alteran por completo y la frustración se transmite fácilmente a los que están cerca. La persecución no debía producir falta de armonía entre esos hebreos cristianos, sino hacer que persiguieran la paz uno con otro con más ahínco. ¿No es a eso

a lo que anima el Salvador en Mateo 5:9: “Bienaventurados los pacificadores, porque ellos serán llamados hijos de Dios”?

La meta era la paz para con los hermanos en la fe y la santidad para con Dios. Santificados por la sangre de Jesús y por la obra del Espíritu, los creyentes deben procurar ahora la santidad. Más y más, se trasplanta la fe del semillero del corazón al jardín de la vida diaria; más y más los creyentes se esfuerzan en caminar en los pasos de su Maestro. En 2 Corintios 5:17, Pablo nos dice: “Si alguno está en Cristo, nueva criatura es: las cosas viejas pasaron; todas son hechas nuevas”. La vida no sigue siendo como era, sino como Cristo quiere.

Una vida así santificada no viene por sí misma, el creyente la debe perseguir y seguirla persiguiendo hasta que el final de la vida lo lleve a la perfecta santidad en el cielo. Cuando se cansa de la persecución, necesita tomar energía del evangelio en Palabra y en Sacramento. Los que dicen que son cristianos, pero no demuestran que persiguen la santidad en la vida, no han visto al Señor. ¡Ni lo verán! El autor dice, como Santiago en 2:20: “La fe sin obras está muerta”. Jesucristo es el único boleto al cielo, pero nuestra persecución de la santidad es prueba de que Dios en su gracia nos ha dado ese boleto.

“Mirad bien”, continúa el autor, utilizando un verbo poco usual para animar el interés constante por los compañeros creyentes. Cada creyente debe ejercer vigilancia observando y alertando, guiando y guardando para que no sea que alguno “deje de alcanzar la gracia de Dios”. El verbo que emplea aquí significa rezagarse en el camino, y ese rezago puede ser fatal, puede llevar a la pérdida del don gratuito de la salvación dado por Dios. ¿Estaban haciendo exactamente eso algunos de los hebreos cristianos, tentados por la persecución a rezagarse? Entonces era el momento para que los más fuertes se quedaran atrás, pusieran el brazo alrededor de ellos y los animaran señalándoles la gracia de Dios.

Los que pierden la gracia de Dios sufren perjuicio eterno y constituyen un verdadero peligro para otros. En Deuteronomio

29:18, Moisés, hablando en el campamento de Israel sobre abandonar al Señor, advirtió: “No sea que haya en medio de vosotros raíz que produzca hiel y ajenjo”. El autor de Hebreos toma la imagen para advertir contra el mismo pecado. El abandonar a Cristo es como una raíz venenosa en el campo, crece lentamente y esparce finalmente su contaminación también a su entorno. ¿Estaban pensando en abandonar a Cristo aquellos hebreos cristianos? “Mirad bien”, les advierte el autor, tal abandono es contagioso, perturba a otros y finalmente los hace indignos de estar en la presencia de Dios cuando se pierde la fe.

Para dar un ejemplo de lo que les podría pasar a los lectores, el autor alude a Esaú al que describe como “fornicario”. Como el Antiguo Testamento no relaciona en ninguna parte a Esaú con un acto de inmoralidad sexual, buscamos otra explicación. Utilizando la figura de la infidelidad sexual para describir la infidelidad a Dios, Jueces 2:17 dice literalmente en el hebreo que los israelitas se prostituyeron con “dioses ajenos, los cuales adoraron”. Quizás el autor utiliza la misma figura para describir la infidelidad de Esaú para con Dios y sus promesas.

El autor también tilda a Esaú de “profano”, una palabra que significa mundano o sin Dios. Génesis 25:29-34 cuenta un incidente que reveló claramente la falta de aprecio de Esaú por cualquier cosa espiritual. Un plato de guiso rojo para su hambriento estómago fue más real para él que sus derechos de primogénito y más valioso que recibir la promesa de que el Salvador vendría de su descendencia. Trató sus sagrados derechos de herencia como cosa común, que podía permutar. Como todos los impíos, Esaú vivió para lo inmediato, no para lo postrero.

¿No iba a ser exactamente lo mismo la apostasía de los lectores? Abandonar a Cristo para escapar de la persecución sería como la permuta que hizo Esaú al cambiar su herencia del linaje de Cristo por un plato de guiso y un pedazo de pan. El alivio sería inmediato, pero el resultado postrero sería una horrible pérdida.

La advertencia de Esaú permanece. Más adelante, como sabían los lectores por Génesis 27:30-40, Esaú se lamentó de su acción y

trató de cambiar la decisión de su padre Isaac. Aunque imploró con amargas lágrimas, fue rechazado porque la bendición con la promesa del linaje del Salvador se le dio a su hermano Jacob y no podía devolverse a él. Nada se dice aquí del arrepentimiento de Esaú, sólo de la irreversibilidad del daño que causó su acción. ¡Qué advertencia para los tentados a abandonar a Cristo! Que consideren el daño postrero para sí mismos y para otros.

¹⁸No os habéis acercado al monte que se podía palpar y que ardía en fuego, a la oscuridad, a las tinieblas y a la tempestad, ¹⁹al sonido de la trompeta y a la voz que hablaba, la cual los que la oyeron rogaron que no les siguiera hablando, ²⁰porque no podían soportar lo que se ordenaba: «Si aun una bestia toca el monte, será apedreada o asaetada.» ²¹Tan terrible era lo que se veía, que Moisés dijo: «Estoy espantado y temblando.»

El ejemplo de Esaú, que perdió irreversiblemente las bendiciones prometidas, preparó el escenario para la sección final de advertencia de esta epístola. La intención del autor a través de la carta ha sido ganar la lealtad de sus lectores para un Cristo superior y advertirlos para que no dejen su mejor pacto. Una vez más el autor hace sonar la advertencia, resumida en la fervorosa súplica: “Mirad que no desechéis al que habla” (12:25).

Esta sección, que compara el antiguo pacto con el nuevo, es una de las más dramáticas de la Biblia. El autor muestra vívidamente a lo que los creyentes renunciarán si regresan al judaísmo. Primero, hace volver al lector al monte Sinaí donde se dio la ley mosaica; hace eco de las palabras de Éxodo 19–20 y Deuteronomio 5 donde se registraron las sobrecogedoras escenas del Sinaí. El monte Sinaí era terrenal y palpable; todavía permanece escabroso y real en el desierto.

¡Lo que pasó en ese monte fue completamente extraterreno! El fuego resplandeciente, la nube espesa de humo, la oscuridad impenetrable, la tempestad, el sonido de trompeta atemorizó al

pueblo y le dio un profundo sentido de la presencia y del poder de Dios. Para el pueblo, que ya estaba temblando, la voz de Dios que pronunciaba los mandamientos era demasiado, le rogaron a Moisés: “Habla tú con nosotros, y nosotros oiremos; pero no hable Dios con nosotros, para que no muramos” (Éxodo 20:19).

Su temor se aumentó por los mandamientos que Dios les dio en Éxodo 19:9-13 sobre la conducta que debían tener en ese sobrecogedor evento. Aquí se menciona sólo uno de los divinos edictos, un mandamiento que los acobardó completamente: cualquier animal que tocara la montaña debía ser lapidado. La gente tampoco debía tocar el animal extraviado, sino matarlo lanzándole piedras o disparándole dardos (Éxodo 19:13).

Si ese era el castigo para un animal irracional, ¿qué les pasaría a los que podían comprender la advertencia? Toda la escena en el Sinaí estaba tan llena de temor y premoniciones que el mismo Moisés, su líder y amigo de Dios, estaba temblando. Sus palabras exactas, “estoy espantado y temblando”, no están registradas en el relato del Antiguo Testamento. Evidentemente Moisés estaba incluido en la declaración de Éxodo 19:16 de que “todo el pueblo que estaba en el campamento se estremeció”. Todos los que fueron testigos cuando se dio la Ley en el Sinaí se sobrecogieron por la demostración sobrenatural de la santidad y del poder de Dios.

¿Era eso lo que querían los lectores? ¿En realidad querían regresar al judaísmo con su antiguo pacto de ley? La ley con sus truenos y sus trompetas no puede dar perdón a los corazones atribulados, ni paz a las conciencias desgarradas por el pecado. Todo lo que ofrece es la aterradora revelación de las exigencias de la justicia de Dios y el pavoroso temor de su justo castigo por las infracciones. Todo lo que puede hacer es señalar la distancia infranqueable e imposible que pone el pecado entre el hombre y Dios, pero la ley no puede ofrecer nada para salvar del abismo.

No hay futuro en el monte Sinaí; no hay acceso a Dios, ni aceptación por Dios, ni eternidad con Dios. ¡Y aun así el hombre lo intenta! Engañados por el diablo, desorientados por su propia altivez, hasta mal informados por sus iglesias, se atreven a pensar

que pueden aproximarse al Dios santo por medio de lo que hacen. ¡Qué tragedia es tratar de tocar al santo Dios de esa forma sólo para recibir la muerte eterna en el infierno!

²² Vosotros, en cambio, os habéis acercado al monte Sión, a la ciudad del Dios vivo, Jerusalén la celestial, a la compañía de muchos millares de ángeles, ²³ a la congregación de los primogénitos que están inscritos en los cielos. Os habéis acercado a Dios, Juez de todos, a los espíritus de los justos hechos perfectos, ²⁴ a Jesús, Mediador del nuevo pacto, y a la sangre rociada que habla mejor que la de Abel.

“En cambio”, comienza el autor el marcado contraste, “os habéis acercado”, señalando lo lejos que habían sido llevados y dónde estaban ahora por la gracia de Dios. Ya habían ido al “monte Sión”. Sión era una de las colinas sobre las que se construyó Jerusalén y se utiliza aquí para referirse al cielo, la morada del Altísimo. Ya en la tierra el creyente posee el cielo; ya hoy posee el mañana. Allá en Sión está “la ciudad del Dios vivo, la Jerusalén celestial”. Allá está la ciudad de la cual la Jerusalén terrenal era sólo una débil sombra, y allá mora el Dios viviente en la ciudad eterna de la cual él es el arquitecto y constructor.

En esa ciudad tenemos gran compañía con “la compañía de muchos millares de ángeles”. Los ángeles estaban en el Sinaí compartiendo en la solemne dación de la Ley como se registra en Gálatas 3:19. El Padre los envía a la tierra a servir a los que “están inscritos en los cielos” como ya se mencionó en 1:14, pero en el cielo se reúnen en asamblea festiva para maravillarse ante el amor de Dios por los pecadores. Apocalipsis 5:12 registra su canción festiva: “El Cordero que fue inmolado es digno de tomar el poder, las riquezas, la sabiduría, la fortaleza, la honra, la gloria y la alabanza”. Ya en la tierra, aunque fuera de tono, los creyentes se unen a los ángeles en ese himno de alabanza que se cantará finalmente en la perfecta armonía celestial.

Los creyentes tienen más acompañantes porque son parte de “la congregación de los primogénitos que están inscritos en los cielos”. Todos los creyentes tienen el rango de primogénitos a los ojos de Dios, son herederos de su salvación con todo lo que ella ofrece. Dios ha inscrito sus nombres en el registro de su familia celestial más cuidadosamente que como lo hacían los judíos en sus registros genealógicos terrenales.

La Escritura ama la expresión “escrito en el cielo”. En Lucas 10:20, Jesús les dijo a sus discípulos: “Regocijaos de que vuestros nombres están escritos en los cielos”. Y en Filipenses 4:3, Pablo hace referencia a sus colaboradores, “cuyos nombres están en el libro de la vida”. Cada creyente porta documentos de ciudadanía para el cielo escritos en la indeleble tinta de la gracia de Dios, y cada creyente sobre la tierra tiene una morada reservada en la casa del Padre.

La mención de “Dios, Juez de todos” en medio de esa gloriosa escena no debe angustiar al creyente. Que teman los que desprecian o abandonan su gracia, él juzgará a todos los hombres y lo hará justamente, pero los que están delante de él como sus primogénitos, revestidos con la justicia de su Hijo, no deben temer. Cuando pasemos el juicio, nos uniremos a “los espíritus de los justos hechos perfectos”. Estar con Moisés y Abraham, oír a Pablo y a Juan, hablar con Lutero y con nuestros predecesores será ciertamente celestial. Las almas de los creyentes justificados han alcanzado la meta perfecta del cielo, aunque nosotros esperamos que las antiguas tumbas entreguen sus cuerpos.

Sin Jesús y su sangre del nuevo pacto no tendríamos libre acceso al trono del Padre, ni herencia en la casa del Padre, ni compañía con los ángeles que se regocijan, ni otros creyentes como compañeros en el camino, ni misericordia en el juicio, ni esperanza más allá de la tumba. No sorprende que el autor termine la lista de las bendiciones que han recibido sus lectores como creyentes señalando a “Jesús el Mediador del nuevo pacto, y a la sangre rociada que habla mejor que la de Abel”.

Lo llama “Jesús”, recordándonos cómo Dios se encarnó para salvarnos. También describe a Jesús como Mediador de un nuevo pacto, regresándonos a 8:6. Jesús es el Mediador que puso en vigencia el pacto de gracia de Dios derramando su preciosa sangre. Mientras que la sangre de Abel derramada en Génesis 4:10 se describe clamando venganza a Dios, la sangre de Cristo derramada por el pecador habla de perdón y paz. Por la última de un total de doce veces, el autor utiliza la palabra “mejor”, esta vez para describir el bendito mensaje evangélico de perdón hablado por la sangre de Jesús.

¿Cuál sería para los lectores? ¿Sinaí o Sión? ¿El trueno ensordecedor de la ley o el tierno amor del evangelio? ¿La maldición de ley: “Vuestras iniquidades han hecho división entre vosotros y vuestro Dios” (Isaías 59:2), o el clamor del evangelio que invita: “Venid, que ya todo está preparado” (Lucas 14:17)? ¿La catástrofe de un infierno sin fin o la consumación de un cielo imperecedero? La respuesta se encuentra sólo en el mensaje evangélico de la sangre de Jesús y en la fe obrada por el Espíritu por medio de ese mensaje. Dios nos ayuda día a día a llenar los pulmones de la fe con el aire puro del cielo incluso cuando oramos: “Jesús, en tu misericordia llévanos a la amada tierra de descanso, donde estás con Dios el Padre y el Espíritu, siempre bendito” (*The Lutheran Hymnal* 605:5, traducción libre del inglés).

²⁵ Mirad que no desechéis al que habla, pues si no escaparon aquellos que desecharon al que los amonestaba en la tierra, mucho menos nosotros, si desechamos al que amonesta desde los cielos. ²⁶ Su voz conmovió entonces la tierra, pero ahora ha prometido diciendo: «Una vez más conmovaré no solamente la tierra, sino también el cielo.» ²⁷ Y esta frase: «Una vez más», indica la remoción de las cosas movibles, como cosas hechas, para que queden las inmovibles. ²⁸ Así que, recibiendo nosotros un Reino inmovible, tengamos gratitud, y mediante ella sirvamos a

Dios agradándole con temor y reverencia,²⁹ porque nuestro Dios es fuego consumidor.

A más privilegio, más responsabilidad; abusar de un mayor privilegio conduce a una culpa mayor. Dios habló en el monte Sinaí en la tierra por la ley y desde el monte Sión celestial por el evangelio. Los que se niegan a oír lo que él ha dicho en la ley pronto sabrán qué tan en serio hablaba. Cuando Israel le dijo “no” al Señor y a sus mandamientos, como cuando adoró el becerro de oro y un incidente después de otro durante su duro paseo por el desierto, no escaparon. Sus huesos quedaron en las tumbas del desierto y perdieron también la Canaán celestial.

Los hebreos cristianos habían oído a Dios “amonestar” o hablar mensajes divinos para ellos desde el cielo. Pedro explica lo que esto significa en 1 Pedro 1:12, cuando dice que el evangelio es predicado “por el Espíritu Santo enviado del cielo”. El evangelio es la voz de Dios que viene del cielo, y por medio de él su Espíritu ruega en amor, cortejando y ganando el corazón de los pecadores con el gran poder del amor. Rechazarlo cuando habla en tierno amor es hacerse más reprehensible que los que rechazaron el trueno de su ley, para estos no hay escape de la condenación porque no hay otra provisión para el pecado. En otras palabras, a lo que exhorta el autor a los hebreos cristianos es a escuchar con más atención y a aferrarse más estrechamente al mejor mensaje de perdón y paz por medio de Cristo.

Además, la voz que habla ahora desde el Calvario con el evangelio de gracia hablará de nuevo. En el Sinaí cuando él habló, la montaña tembló. Éxodo 19:18 registra cómo “Jehová había descendido sobre él en medio del fuego” y cómo “todo el monte se estremecía violentamente”. Sin embargo, ese asombroso temblor de tierra no era nada comparado con lo que venía. En Hageo 2:6, el Señor dio su promesa que todavía permanece, como revela el autor citando en forma libre. Una vez más el Señor hará algo estremecedor. Cuando Cristo regrese en el último día, no sólo se sacudirá y tambaleará la tierra, sino también los cielos. Las

“cosas hechas” que parecían permanentes perecerán, todas las cosas sacudidas serán removidas. Ese día “los cielos, encendiéndose, serán deshechos”, dice 2 Pedro 3:12, “y los elementos, siendo quemados, se fundirán”.

Sólo permanecerán “las incommovibles”. El autor no explica qué es lo incommovible, porque ya nos lo ha dicho antes. Es la Jerusalén celestial, la ciudad con fundamentos, el monte Sión, donde mora el Dios viviente y donde todos sus hijos vivirán con él para siempre.

¿Se atreverá algún lector a negarse a oír la voz de ese Rey presentada en este último gran acto? Dicho de otra manera, lo que el autor les está diciendo a sus lectores es que oigan más atentamente y se aferren más estrechamente a esa palabra de evangelio del cielo de modo que puedan ser parte de lo que permanecerá eternamente incommovible en ese último gran día.

Una vez más el autor les recuerda a sus lectores lo que tienen. El judaísmo con su ritual externo y su anacrónico pacto mosaico eran cosas que podían ser sacudidas, pero los tesoros que ya habían recibido en Cristo y el reino celestial eterno, ya suyo en parte, no pueden desaparecer y siguen “incommovibles”. Sólo podría haber una reacción apropiada ante tan incommovible tesoro: no jugar con él ni dejarlo a un lado, sino “tengamos gratitud”, y para mostrar esa gratitud, “sirvamos a Dios agradándole con temor y reverencia”. La palabra “sirvamos” es de significado amplio, incluye el servicio en general. El creyente agradecido ofrece su vida al servicio de Dios con reverencia, con los ojos bajados humildemente en la presencia de un Dios santo, y la ofrece también con temor reverencial y con diligente interés para evitar todo lo que pueda desagradar a su Señor.

Esta es una súplica solemne que pone el autor delante de nosotros, combinando la fe y el temor. Los que poseen el reino incommovible no tienen asuntos que les hagan perder el tiempo ni que dividan su lealtad. Es todo o nada para Dios, que nos ha dado todo y nos prometió más. “Nuestro Dios es un fuego consumidor”, concluye sombríamente el autor, citando Deuteronomio 4:24

donde Moisés advirtió a Israel para que nunca dejara al Señor ni cayera en el error de la idolatría.

Pero incluso cuando el autor nos advierte contra el deterioro y el abandono, notamos su tono evangélico, “Nuestro Dios”, dice. Su fuego consumidor de juicio viene sólo si no queremos permitirle ser nuestro Dios; jugar con su gracia es recibir su terrible ira y vivir en su gracia es vivir para siempre.

“Si oís hoy su voz, no endurezcáis vuestros corazones” (3:8,15; 4:7).

Vivamos en fe para con los que nos rodean

13 Permanezca el amor fraternal. ² No os olvidéis de la hospitalidad, porque por ella algunos, sin saberlo, hospedaron ángeles.

³ Acordaos de los presos, como si estuvierais presos juntamente con ellos; y de los maltratados, como si vosotros estuvierais en su mismo cuerpo.

Cristo y el pacto, la fe y el temor, han sido bien explicados por el autor. Ahora sigue una sección de conclusión llena de aplicaciones prácticas sobre la fe en acción y el amor en obra. Comienza diciendo: “Permanezca el amor fraternal”, para realzar la sección. La llama del amor fraternal había brillado en medio de ellos y seguramente no se iba a apagar ahora. Cuando llega la persecución, le es difícil al amor fraternal continuar con su brillo cuando la gente se retira. Se vuelve cautelosa de su identidad y se preocupa por su seguridad. Por eso el autor los exhorta a practicar la clase de amor y de preocupación que se espera para con los nacidos del mismo vientre.

Mucho mayor es la bondad y servicio que se debe mostrar entre los nacidos del mismo Espíritu. Jesús mismo lo dijo a sus discípulos el Jueves Santo: “Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis unos a otros; como yo os he amado, que también os améis unos a otros” (Juan 13:34). Los apóstoles lo repitieron. Pablo, en

1 Tesalonicenses 4:9, les recuerda a sus lectores: “Vosotros mismos habéis aprendido de Dios que os améis unos a otros”. En 1 Pedro 1:22, el apóstol exhorta: “Amaos unos a otros entrañablemente”; y el gran apóstol del amor, que lo repitió una y otra vez, resumió en 1 Juan 3:11: “Este es el mensaje que habéis oído desde el principio: que nos amemos unos a otros”.

¿Necesitamos el recordatorio? ¿Qué vemos cuando miramos a los compañeros cristianos que nos rodean? ¿Qué vemos cuando nos miramos a nosotros y a nuestras actitudes y acciones para con los compañeros creyentes? ¿Vemos amor para el otro como hermano y el deseo de ayudarlo a prosperar, o vemos pensamientos egoístas que producen una competencia feroz con él? ¿Vemos preocupación fraternal por sus necesidades o la insensible búsqueda de nuestro propio bien? ¿Aceptación de sus talentos y colaboración en su desarrollo, o crítica cáustica de lo que dice y hace? El amor fraternal, como nuestro Señor pide de nosotros, requiere práctica constante y un poder concentrado que sólo puede venir de la cruz de nuestro Hermano Mayor.

Ese amor se muestra no sólo por los conocidos y cercanos, sino también por los extranjeros. En el mundo antiguo donde las posadas no eran suficientes ni su reputación decente, la hospitalidad era una virtud apreciada. Los cristianos que fueron forzados a huir de sus ciudades por causa de la persecución o que viajaban en misión de predicación tenían particular necesidad de hospitalidad. Grande fue el beneficio de Abraham en Génesis 18:3 y de Lot en 19:2 cuando invitaron a los extranjeros a su casa y resultaron ser ángeles.

Probablemente nunca agasajaremos ángeles cuando ayudemos extranjeros, y aunque cada vez se está haciendo más difícil ayudar extranjeros, no olvidemos el valor que le da nuestro Señor a la hospitalidad cristiana. Qué sorpresa será oír de él el último día: “En cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí me lo hicisteis” (Mateo 25:40). También, como los compañeros cristianos se movilizan y viajan más, aseguremonos de que nuestras iglesias sean cálidas en la hospitalidad. Demos la

bienvenida a los extranjeros a nuestros servicios y a miembros nuevos en medio de nosotros calurosamente en lugar de mirarlos con precaución desde lejos.

No sólo los extranjeros debían recibir el amor fraternal, también los que sufren. Los prisioneros y los perseguidos necesitan más que compasión, necesitan amor que comparta sus sentimientos y actúe por ellos. 1 Corintios 12:26 describe a los cristianos como un cuerpo donde “si un miembro padece, todos los miembros se duelen con él”. Los hebreos cristianos habían respondido exactamente de esa manera en los primeros días de la persecución, y como señaló en 10:32-34, no debían dejar de mostrar simpatía hacia los santos que sufrían.

Ciertamente es más fácil cerrar los ojos y los oídos a las necesidades de nuestros hermanos, hasta puede parecer más seguro unirse al sacerdote y al levita en la parábola del buen samaritano y pasar por el otro lado. ¡Pero eso no es amor fraternal! Los creyentes ridiculizados en las universidades, excluidos por familias incrédulas, suficientemente valientes para defender los principios cristianos en el trabajo, necesitan más que nuestro silencioso aplauso; necesitan amor fortalecedor.

⁴ Honroso sea en todos el matrimonio y el lecho sin mancilla; pero a los fornicarios y a los adúlteros los juzgará Dios.

**⁵ Sean vuestras costumbres sin avaricia, contentos con lo que tenéis ahora, pues él dijo: «No te desampararé ni te dejaré.» ⁶ Así que podemos decir confiadamente:
«El Señor es mi ayudador; no temeré
lo que me pueda hacer el hombre.»**

El autor se vuelve a otra área donde se expresa el amor: al matrimonio y particularmente al lecho matrimonial. El mundo pagano necesitaba que se le dijera que el matrimonio era una institución de Dios dada, gobernada y guardada por él. Existía aun antes de la entrada del pecado, pero el pecado ha deshonrado el

matrimonio y ha mancillado el lecho matrimonial. El autor exhorta “sea honroso en todos”, pero lo que Dios dio como un don precioso es degradado, desgraciado y abandonado. El don del sexo trae bendiciones sólo en el lecho matrimonial; los que lo profanen fuera del matrimonio serán juzgados. Las cortes humanas lo pueden permitir y los ojos humanos pueden no verlo, pero Dios ciertamente verá e inexorablemente juzgará toda violación. Que la iglesia proclame valientemente la santa voluntad de Dios en este asunto vital aunque la mayor parte del mundo no quiera oírlo. Que el creyente encuentre el poder de nadar contra la presente corriente de inmoralidad y sea bendecido por Dios.

Después el autor habla de otro amor, esta vez sólo para advertir: “Sean vuestras costumbres sin avaricia”. De la advertencia contra la inmoralidad se vuelve al amor al dinero con mucha naturalidad, porque la Escritura con frecuencia enlaza la inmoralidad y el amor al dinero (1 Corintios 5:11; Efesios 5:3). Una persona codiciosa le pone poca atención al bienestar de otro mientras persigue egoístamente sus propios objetivos sean sexuales o financieros. Los cristianos deben mantener su vida, su manera de pensar y de vivir, libre de ese amor al dinero. Los que no lo hacen, cuyo avaro corazón y dedos codiciosos se extienden más al oro que a Dios, harían muy bien en recordar la advertencia de Pablo en 1 Timoteo 6:10: “Codiciando algunos [el dinero], se extraviaron de la fe y fueron atormentados con muchos dolores”.

El antídoto es estar “contentos” con lo que tenemos. Los cristianos confían en que Dios sabe lo que es mejor para ellos, todo lo que tienen lo consideran proveniente de él y administrado por él. ¡Y ahí se detienen! Ir más allá invita a la preocupación pecaminosa o a la codicia impía. En un mundo que gira en torno a los bienes materiales que uno tiene y a la posición social que alcanza, no es fácil practicar el contentamiento, ni es fácil unirse a Pablo en las palabras de Filipenses 4:11: “He aprendido a contentarme, cualquiera que sea mi situación”.

¿Cuál es el secreto del contentamiento? El autor lo señala; es recordar la promesa de nuestro Dios: “No te dejaré, ni te

desampararé”, la cual fue dada primero a Josué cuando tomó posesión del pesado cargo de Moisés (Deuteronomio 31:6, Josué 1:5). Esta promesa de gracia se aplica también a nosotros; él nunca nos desamparará ni nos dejará. Siempre va con nosotros y es siempre nuestro recurso eterno. ¿Qué más podríamos querer? El constante cuidado de la paternal presencia de Dios y sus promesas que nunca fallan son la clave del contentamiento.

Cuando Dios habla, el creyente responde, con valor confiado declara sobre la base del Salmo 118:6: “Jehová está conmigo; no temeré lo que me pueda hacer el hombre”. Contento con la perfecta provisión de Dios, cubierto con su perfecta protección, el creyente camina sin temor hacia las playas del cielo. Sabe que con Dios a su lado tiene plena seguridad, sin importar qué temores enfrente. ¿Estaban oyendo esos hebreos cristianos temerosos por la persecución? ¿Y nosotros estamos oyendo?

⁷Acordaos de vuestros pastores, que os hablaron la palabra de Dios; considerad cuál haya sido el resultado de su conducta e imitad su fe.

⁸Jesucristo es el mismo ayer, hoy y por los siglos. ⁹No os dejéis llevar de doctrinas diversas y extrañas. Es mejor afirmar el corazón con la gracia, no con alimentos que nunca aprovecharon a los que se han ocupado de ellos.

El autor nunca pierde de vista su meta. Los cristianos debilitados debían ser animados, y los descarriados advertidos. Es por eso que les recuerda a sus lectores sus antiguos dirigentes: “Acordaos de vuestros pastores que os hablaron la palabra de Dios”. Su fiel proclamación de la verdad divina les había llevado a los lectores mucho beneficio en el pasado y ese beneficio se podía tener también durante la persecución, recordando a aquellos pastores y sus enseñanzas.

Exhorta también: “Considerad cuál haya sido el resultado de su conducta”. Los lectores debían escudriñar cuidadosamente la vida fiel y la muerte libre de temor de sus antiguos pastores. Sea

que la muerte hubiera llegado mediante el martirio o por causa natural, su dormir en Jesús les daba inspiración a todos, especialmente a los que afrontaban violencia por la persecución.

El autor los exhorta además: “Imitad su fe”. Aquellos pastores habían sido fieles a Cristo hasta el final; ninguno se debilitó ni vaciló en la fe como algunos de los lectores estaban tentados a hacerlo. Aquí había ejemplos que los judíos cristianos debían considerar y seguir. ¿Hemos tenido líderes así? ¡Gracias a Dios por ellos! Sólo esos líderes fieles merecen ser seguidos. ¡Dios nos ayude a imitarlos!

Los antiguos pastores se habían ido, pero lo que enseñaron y creyeron permanece eternamente. Su Salvador es nuestro Salvador y será el Salvador de nuestros hijos. Él es siempre el contemporáneo del creyente, lo que hizo por los creyentes en el pasado lo hará por nosotros. Note su nombre completo: “Jesús”, para referirse a Dios encarnado para salvarnos y “Cristo” para referirse a su gran oficio de Profeta, Sacerdote y Rey. Los vientos del tiempo invariablemente mueven las arenas de la tierra, pero dejan intacto al Salvador. Jesucristo y todo lo que él ofrece, Jesucristo y todas sus promesas, “es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos”. Los creyentes de todos los siglos no tienen más que un fundamento para su fe y una meta para su vida: “Jesucristo”.

El autor continúa con la advertencia de no enseñar cualquier otra cosa que sea distinta al Cristo eterno y su palabra inalterable. Esa advertencia era pertinente, porque los lectores estaban en peligro de ser descarriados “por doctrinas diversas y extrañas”. No se nos dice específicamente cuáles eran esas doctrinas diversas y extrañas, tanto el autor como los lectores lo sabían. La expresión “alimentos” parece indicar alguna propaganda del judaísmo a expensas del cristianismo. Para los judíos cristianos que afrontaban persecución por causa de Cristo y de su palabra, el judaísmo con sus muchos rituales parecía ofrecer una retirada segura y satisfactoria, pero el autor les advierte que dicha acción sería oír las cosas erróneas y seguir el camino equivocado. Las comidas ceremoniales no tienen valor alguno para el corazón, la santidad

no viene de ritos externos, sino de la obra redentora de Cristo y de la gracia santificadora de Dios.

¿Necesitaban aquellos lectores fortalecimiento para su fe? En Juan 17:17, el Salvador en su oración al Padre por los creyentes muestra el único camino: “Santificalos en tu verdad: tu palabra es verdad”. Sólo la gracia de Dios puede fortalecer la vida interior del hombre y lo hace sólo por medio de la palabra. ¿Deseamos el fortalecimiento de la fe? ¡Entonces, acudamos a la palabra, el eterno evangelio de la gracia de Dios!

¹⁰ Tenemos un altar, del cual no tienen derecho de comer los que sirven al Tabernáculo, ¹¹ porque los cuerpos de aquellos animales cuya sangre a causa del pecado es introducida en el santuario por el sumo sacerdote, son quemados fuera del campamento. ¹² Por lo cual también Jesús, para santificar al pueblo mediante su propia sangre, padeció fuera de la puerta. ¹³ Salgamos, pues, a él, fuera del campamento, llevando su oprobio, ¹⁴ porque no tenemos aquí ciudad permanente, sino que buscamos la por venir.

¿Qué querían esos judíos cristianos con el judaísmo? ¿Buscaban templos visibles, altares y sacrificios? Entonces que consideren lo que ya tenían en el cristianismo. “*Tenemos un altar*”, señala el autor triunfantemente; ese altar es la cruz donde Cristo se sacrificó a sí mismo y nos aseguró la salvación eterna. Los que todavía quieren “servir en el tabernáculo”, es decir, aferrarse en adoración a los antiguos rituales relacionados con el judaísmo, no tienen derecho a las bendiciones de la cruz. Las comidas ceremoniales tienen más significado para ellos que la gracia de Dios en Cristo.

Una vez más el autor señala a Cristo y su mejor sacrificio. La cruz de Jesús y su sacrificio en ella son todo lo que se necesita, aun el gran Día de la Expiación del Antiguo Testamento había sido una prefiguración de esto. En ese día, como ya hemos oído anteriormente en la epístola, el sumo sacerdote llevaba al Lugar

Santísimo la sangre de un becerro como ofrenda por sus pecados y la sangre de un macho cabrío como ofrenda por los pecados del pueblo, pero sobre el altar de la cruz fluyó la sangre de las venas de Emanuel en un solo sacrificio satisfactorio por todos los pecados. En el Día de la Expiación, después de que esa sangre de un animal había sido rociada sobre el propiciatorio, los cuerpos se quemaban fuera del campamento (Levítico 16:27). El fuego que ardía afuera del campamento hacía que el pueblo de Israel recordara la remoción del pecado.

¡Qué prefiguración de Jesús! Su cruz estaba colocada afuera de la puerta de la ciudad. Juan 19:20 la describe como “cerca de la ciudad”. La cruz misma era un signo del horror del pecado como nos recuerda Gálatas 3:13: “Maldito todo el que es colgado de un madero”. Esa cruz colocada fuera de las puertas de la ciudad habla de la más profunda desgracia, pero sus benditos resultados son para siempre. Por su sangre, a diferencia de los litros de sangre de un animal derramada durante años, el pueblo es hecho santo. El sacrificio de Jesús en la cruz del Calvario hizo lo que aquellos repetidos sacrificios animales nunca pudieron hacer, sacó al pueblo del mundo pecador a la santa familia de Dios.

¿Abandonar ese altar con un sacrificio tan maravilloso? No, en vez de eso el autor emite su intrépido llamado: “Salgamos, pues, a él, fuera del campamento, llevando su oprobio”. El judaísmo no tenía nada que ofrecerles a los creyentes que conocen a Jesús y a su cruz del todo suficiente. Volverse al judaísmo significaría dejar la cruz y perder sus beneficios. El rompimiento con el judaísmo era vital, pero peligroso. La identificación con Cristo en la fe podría significar también “llevar su oprobio”, los gentiles los perseguirían y los compañeros judíos los vilipendarían como renegados de Dios y de la fe de sus padres.

Sin embargo, este osado paso de fe bien valía la pena como ha dicho el autor a través de este libro. Adelante está la Jerusalén celestial con su herencia, la cual Pedro nos dice es “incorruptible, incontaminada e inmarcitable” (1 Pedro 1:4). Este es el imán que lleva los ojos de la fe del creyente siempre hacia arriba. La

persecución puede lastimar su espalda, pero no podrá detenerlo. El reproche puede poner lágrimas en sus ojos, pero ninguna lágrima apartará esos ojos de las playas del cielo. ¡Qué necesidad es cambiar un tesoro así por un puñado de arena y un momento de seguridad!

¿Están oyendo los lectores del siglo 21? ¿Hemos sentido las piedras del sarcasmo y las agudas flechas del ridículo? ¿Hemos experimentado lo delgada que es la piel de la fe y cuan fácilmente se lastima? ¿Hemos descubierto que el Maestro sabía de lo que hablaba cuando dijo en Mateo 16:24: “Si alguien quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame”? Quizás sea el momento de examinar cuidadosamente nuestro corazón y nuestra vida, quizás sea el momento de escuchar de nuevo el urgente llamado del autor: “Salgamos, pues, a *él*, fuera del campamento”.

¹⁵ Así que, ofrezcamos siempre a Dios, por medio de él, sacrificio de alabanza, es decir, fruto de labios que confiesan su nombre. ¹⁶ Y de hacer el bien y de la ayuda mutua no os olvidéis, porque de tales sacrificios se agrada Dios.

Los que permanecen en la fe debajo de la cruz de Cristo se dan cuenta de que no hay más necesidad de ofrendas por el pecado, pero sienten la necesidad de otras ofrendas. El amor agradecido los impulsa a responder con ofrendas voluntarias de gratitud. Esas ofrendas no se limitarán a momentos y ocasiones específicos, sino que se elevarán a Dios continuamente. El autor menciona primero el “sacrificio de alabanza... el fruto de labios que confiesan su nombre”. “De la abundancia del corazón habla la boca”, observó Jesús en Mateo 12:34, como lo es con la alabanza. Esta es el corazón del creyente que se eleva con sus aleluyas a un Dios de gracia. Usted no tiene que sacar la alabanza a presión del corazón o pegarla en sus labios, sino que, como un fruto, la alabanza madura automáticamente.

La alabanza se muestra particularmente en la valiente confesión del nombre de Jesús: “Miren lo que Dios ha hecho por mí; miren lo que hará por usted”. ¡Qué recordatorio para los que por causa de la persecución estaban tentados a caer en el silencio y hasta apartarse de ese Salvador y de lo que ofrecía! ¡Qué recordatorio para nosotros que tenemos tanto por qué alabarlo y tantos a quienes confesar su nombre salvador!

De la confesión que no se avergüenza, el autor se vuelve al servicio caritativo. El fruto no sólo se muestra con los labios, sino con la vida. “No os olvidéis”, dice el autor, “de hacer el bien y de la ayuda mutua”. “Hacer el bien” es un mandato general que nos recuerda que todo lo que hagamos por los demás lo hagamos bien. “Ayuda” es más específica, porque incluye lo tangible como nuestro dinero y bienes, y lo intangible como el consuelo a los afligidos y el interés por los que están en problemas. Las palabras de alabanza y las obras de amor son sacrificios que agradan a Dios, pero sólo “por medio de [Jesús]”, como nos recuerda el autor al poner esa frase en una posición enfática.

Sólo por medio de Jesús puede volverse agradecido el corazón, preparado a dar ofrendas. Sólo por medio de Jesús se limpian las impurezas que todavía se adhieren a las ofrendas que llevamos de modo que Dios se complace. “Yo soy la vid, vosotros los pámpanos”, dijo el Salvador de manera similar en Juan 15:5, “el que permanece en mí, y yo en él, este lleva mucho fruto, porque separados de mí, nada podéis hacer”.

¹⁷ Obedeced a vuestros pastores y sujetaos a ellos, porque ellos velan por vuestras almas como quienes han de dar cuenta, para que lo hagan con alegría, sin quejarse, porque esto no os es provechoso.

En el versículo siete, el autor exhortó a recordar a los antiguos líderes, ahora regresa a los líderes del presente y tiene algo que decir sobre ellos: “Obedeced a vuestros pastores... sujetaos a

ellos”. Aunque la Escritura dice mucho sobre los líderes espirituales, sus requisitos y responsabilidades, dice poco sobre nuestras reacciones ante ellos, así que oigamos este versículo con especial atención.

Debemos obedecer a nuestros pastores, algo que no es muy difícil cuando estamos de acuerdo con ellos. Sin embargo, debemos hacer también lo que es más difícil, someternos a su autoridad cuando no estamos de acuerdo. Evidentemente los líderes espirituales de esos hebreos cristianos seguían siendo verdaderos maestros; seguían confesando fielmente a Cristo y por lo tanto merecían obediencia. Podemos imaginar que el autor exhortaba a sus lectores a seguir a sus líderes y a atender sus advertencias contra abandonar a Cristo en pos de la supuesta seguridad del judaísmo.

Era necesaria la reacción correcta ante los líderes porque, como señala el autor, “ellos velan por vuestras almas, como quienes han de dar cuenta”. Como pastores cuidadosos, esos líderes permanecían en insomne vigilia sobre cada oveja del rebaño, guiándolas a los pastizales de la palabra, guardándolas de todo peligro del pecado, llevando delicadamente a las débiles y lastimadas, yendo amorosamente tras las extraviadas. Cada alma era preciosa para ellos, porque de cada alma debían dar cuenta al Pastor Supremo.

Esa tremenda responsabilidad desafía al pastor, exigiendo que dé lo mejor que pueda en cada sermón y lección, en cada visita y contacto. Tan seria responsabilidad también hace demandas a cada oveja del rebaño. Cuando la oveja sigue de buena voluntad, la tarea del pastor es gozosa. Sin embargo, cuando las ovejas ponen obstáculos o desobedecen, el gozo del pastor se convierte en gemidos, y la marcha del rebaño hacia delante se hace más lenta o hasta se detiene. “Esto no os es provechoso”, le advierte el autor al rebaño al que escribe.

Dios nos guarde de pastores que se preocupen más por su fama y ganancias que por el rebaño. Dios nos guarde de ser ovejas que

sigan sólo cuando les parece y que obedecen sólo cuando quieren. Dios nos dé pastores fieles y ovejas obedientes.

Instrucciones personales y saludos finales

¹⁸ Orad por nosotros, pues confiamos en que tenemos buena conciencia, ya que deseamos conducirnos bien en todo. ¹⁹ Y más os ruego que lo hagáis así, para que pueda volver a estar pronto con vosotros.

²⁰ Que el Dios de paz, que resucitó de los muertos a nuestro Señor Jesucristo, el gran pastor de las ovejas, por la sangre del pacto eterno, ²¹ os haga aptos en toda obra buena para que hagáis su voluntad, haciendo él en vosotros lo que es agradable delante de él por Jesucristo; al cual sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

El autor ha increpado fuertemente a sus lectores y los ha advertido intensamente, pero todavía los considera hijos de Dios y hermanos suyos. Por eso les pide sus oraciones continuas. “Orad por nosotros”, los exhorta, anhelando sus oraciones para él y para sus colaboradores. Pide sus oraciones en particular para que les sea restaurado pronto.

Alguna fuerza ajena a su control lo había separado de aquellos hebreos cristianos. ¿Pudo haber sido la prisión, la enfermedad, otra misión? No se nos dice, pero él deseaba grandemente volver a ellos y ellos necesitaban su presencia como ha mostrado el contenido de su carta.

También parece que algunos de ellos le dirigían críticas a él y a sus colaboradores. Quizás los que invocaban el judaísmo encontraron ventajoso criticar los actos del autor y sus motivos. Si era así, entonces se puede explicar la referencia del autor a una “buena conciencia” y “ya que deseamos conducirnos bien en todo”. Aquí había un líder que con buena conciencia le podía pedir sin reservas a su gente que orara por él.



El Buen Pastor

Aquí había también un líder que sabía cómo orar por su gente. Resume breve y bellamente toda la epístola en la forma de una ferviente oración por ellos, y en sólo una frase les desea todo lo que Cristo tenía para ofrecer. La cristiandad tiene al “Dios de paz”. Sí, él es el gran Juez que estremecerá el cielo y la tierra con su terror, pero para nosotros es el Dios de nuestra salvación, de él viene la paz “que sobrepasa a todo entendimiento” (Filipenses 4:7), la paz que los corazones conturbados deben tener, la paz de la comunión restaurada con Dios.

Una vez más el autor les recuerda a los lectores vívida y claramente cómo Dios trajo esta paz. Les señala a “nuestro Señor Jesucristo”, ligando su propia fe con la de sus lectores en el Salvador, que era al mismo tiempo divino “Señor” y humano “Jesús”. Dios trajo a este Salvador de entre los muertos por medio de la sangre del pacto eterno. El autor ha hablado frecuentemente sobre “pacto” en su carta, pero esta es la primera vez que menciona la resurrección de Cristo. Note lo estrechamente que las conecta: la sangre de Cristo, derramada en la cruz del Calvario pagó el castigo de los pecados y estableció el pacto de salvación de Dios, pero esa preciosa sangre se hubiera perdido en el polvo del Calvario si Cristo hubiera permanecido en la tumba. Su resurrección de entre los muertos es la prueba viviente de que el pecado fue pagado y los cielos abiertos. La cruz llena y la tumba vacía son los sellos de nuestra salvación. Ese pacto de gracia es eterno, no necesita jamás ser actualizado o reemplazado.

También es la única vez que el autor se refiere a Jesús como “Pastor”. El “gran” Pastor lo llama, porque con su muerte y resurrección Jesús ha ganado el más alto rango. Los creyentes pueden confiar completamente en este Pastor, aun cuando la persecución golpea. El sangrante Pastor es el que los guiará y los sostendrá hasta que alcancen “fuentes de las aguas vivas”, donde “Dios enjugará toda lágrima de los ojos de ellos” (Apocalipsis 7:17).

El autor pide al Dios de paz, quien ha hecho tanto por ellos en Cristo: “Os haga aptos en toda obra buena para que hagáis su

voluntad, haciendo él en vosotros lo que es agradable delante de él”. Hacer la voluntad de Dios y obrar como es agradable delante de él son los asuntos más importantes de la vida. La voluntad de Dios es que los pecadores se arrepientan y vivan. También es su voluntad que los pecadores se esfuercen con fe agradecida en seguir sus santos mandamientos.

Todo esto suena muy fácil. Sin embargo, es imposible para el hombre. Sólo cuando Dios dota al hombre con la fe en el corazón y le da poder a esa fe en la vida diaria, puede el hombre seguirlo. En Filipenses 2:13, Pablo dijo lo mismo: “Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad”. Dios da la fe que demanda por medio de su gracia en Palabra y Sacramento, el fruto que él busca en el árbol de la fe también crece por medio de la misma gracia.

“Por Jesucristo”, les recordó el autor a sus lectores una última vez, no por medio de los pactos mosaicos y sacrificios animales, sino por medio de Jesucristo da Dios el perdón, la paz y el poder. A ese perfecto Salvador le pertenece la gloria por los siglos de los siglos. Los lugares celestiales repicarán con el eterno cántico: “Al que nos ama, nos ha lavado de nuestros pecados con su sangre y nos hizo reyes y sacerdotes para Dios, su Padre, a él sea la gloria e imperio por lo siglos de los siglos” (Apocalipsis 1:5,6). Dios conceda que todos los lectores pasados y presentes de esta epístola estén ahí para reflejar el triunfante “Amén” de la fe.

²² Os ruego, hermanos, que soportéis la palabra de exhortación, pues os he escrito brevemente. ²³ Sabed que está en libertad nuestro hermano Timoteo, con el cual, si viene pronto, iré a veros.

²⁴ Saludad a todos vuestros pastores y a todos los santos. Los de Italia os saludan.

Terminada su oración, el autor escribe una conclusión. Primero muestra interés por la reacción de los lectores a su carta. Ha escrito

con cierta extensión y aun así dice que lo hace “brevemente” por los asuntos trascendentales que ha cubierto. Ha escrito de una manera directa y hasta brusca a veces y aun así no quiere que los lectores se rebelen. Ahora solicita afectuosamente la aceptación de su palabra de exhortación. Como un pastor que con preocupación ha dado un sermón oportuno, sólo desea que los creyentes acepten y sigan la verdad.

También les tenía noticias sobre Timoteo, a quien conocían bien. Timoteo ya había sido puesto en libertad o de alguna misión y pronto estaría de regreso con el autor, para volver estar con los lectores. Mientras tanto, los que recibían esta carta debían saludar a los pastores y a todos los santos, una expresión común para los creyentes en la iglesia primitiva. “Los de Italia” también enviaron saludos con el autor. Para algunos esta expresión parece indicar creyentes de Italia que vivían fuera de ese país, que les enviaban saludos a los de su iglesia madre en Roma. No podemos decir de dónde eran, pero sí que eran creyentes interesados por el bienestar espiritual de otros, que enviaban saludos a sus compañeros creyentes.

²⁵ La gracia sea con todos vosotros. Amén.

Este versículo final, que se encuentra en varias formas en muchas de las epístolas del Nuevo Testamento, es más que nuestra despedida convencional “Atentamente”, es una oración para que el inmerecido favor de Dios en Cristo Jesús se pose plenamente en todos los lectores. ¡Qué apropiado cierre para una carta tan llena del mensaje de la rica gracia en Cristo!

Así termina el recorrido por uno de los libros más profundos y ricos del Nuevo Testamento. Quiera Dios que nuestro estudio nos haya recordado nuevamente el supremo tesoro que tenemos en Cristo y lo que debemos hacer con él.

*A él sea la gloria
por los siglos de los siglos.
Amén.*

ANTIGUO TESTAMENTO

GÉNESIS	ECLESIASTÉS
ÉXODO	CANTARES
LEVÍTICO	ISAÍAS
NÚMEROS	JEREMÍAS
DEUTERONOMIO	LAMENTACIONES
JOSUÉ	EZEQUIEL
JUECES	DANIEL
RUT	OSEAS
1º SAMUEL	JOEL
2º SAMUEL	AMÓS
1º REYES	ABDÍAS
2º REYES	JONÁS
1º CRÓNICAS	MIQUEAS
2º CRÓNICAS	NAHUM
ESDRAS	HABACUC
NEHEMÍAS	SOFONÍAS
ESTER	HAGEO
JOB	ZACARÍAS
SALMOS	MALAQUÍAS
PROVERBIOS	

NUEVO TESTAMENTO

MATEO	1º TIMOTEO
MARCOS	2º TIMOTEO
LUCAS	TITO
JUAN	FILEMÓN
HECHOS	HEBREOS
ROMANOS	SANTIAGO
1º CORINTIOS	1º PEDRO
2º CORINTIOS	2º PEDRO
GÁLATAS	1º JUAN
EFESIOS	2º JUAN
FILIPENSES	3º JUAN
COLOSENSES	JUDAS
1ª TESALONICENSES	APOCALIPSIS
2ª TESALONICENSES	

La Biblia Popular es una serie de comentarios de la Biblia para todas las personas. Los autores de la serie han servido como pastores de congregaciones, profesores universitarios, o profesores de seminario, muchos en más de una de estas actividades. Cada autor comenzó con el texto original en Hebreo o Griego y después trabajó para presentar el mensaje de la Palabra de Dios a los cristianos quienes enfrentamos presiones y tentaciones cada día de la vida. Dos verdades importantes sirven de guía a todos los comentarios. Primero, la Biblia es la Palabra inspirada de Dios y por lo tanto es verdadera y confiable. Segundo, el mensaje central de toda la Biblia es Jesucristo.

La carta a los Hebreos afirma que Dios por medio de Jesucristo hizo su final y completa revelación a la humanidad. La carta es un puente entre los Antiguo y Nuevo Testamentos, sustenta que Jesús es mayor que el Antiguo Pacto, y anima a los cristianos a perseverar, a pesar de sus pruebas y tentaciones.